Eliécer Cárdenas

Polvo y ceniza

Versión adaptada por Gloria Riera Rodríguez
Ilustrada por Diego Larriva Calle



litterae



Polvo y ceniza



Eliécer Cárdenas

Polvo y ceniza

Versión adaptada por Gloria Riera Rodríguez
Ilustrada por Diego Larriva Calle



UNIVERSIDAD DEL AZUAY | Casa Editora

POLVO Y CENIZA

© Herederas de Eliécer Cárdenas
© De la adaptación: Gloria Riera Rodríguez, 2026
© De las ilustraciones: Diego Larriva Calle, 2026
© De esta edición: Universidad del Azuay. Casa Editora, 2026

ISBN: 978-9942-54-029-4
e- ISBN: 978-9942-54-030-0
epub ISBN: 978-9942-54-031-7

Cuidado de la edición: Cristóbal Zapata
Diseño, diagramación e ilustración: Diego Larriva Calle .
Corrección de texto: Silvia Ortiz Guerra

Libro arbitrado por pares: Carlos Pérez Agustí, Susana Moreno Ortiz y Catalina Sojos

Foto del autor: Gustavo Landívar, c.1983. Archivo Histórico Fotográfico, Biblioteca Víctor Manuel Albornoz, Museo y Parque Arqueológico Pumapungo, Ministerio de Cultura y Patrimonio del Ecuador

Impresión: PrintLAB de la Universidad del Azuay.

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio, sin la autorización expresa del titular de los derechos.

La Casa Editora de la Universidad del Azuay consigna su profundo agradecimiento a las herederas de Eliécer Cárdenas: Carmen Patiño Ullauri, Berenice y Soledad Cárdenas Patiño, por su generosa disposición y cooperación para hacer posible este proyecto.

CONSEJO EDITORIAL / UNIVERSIDAD DEL AZUAY

Francisco Salgado Arteaga
Rector

Genoveva Malo Toral
Vicerrectora Académica

Raffaella Ansaloni
Vicerrectora de Investigaciones

Toa Tripaldi Proaño
Directora de la Casa Editora





Presentación

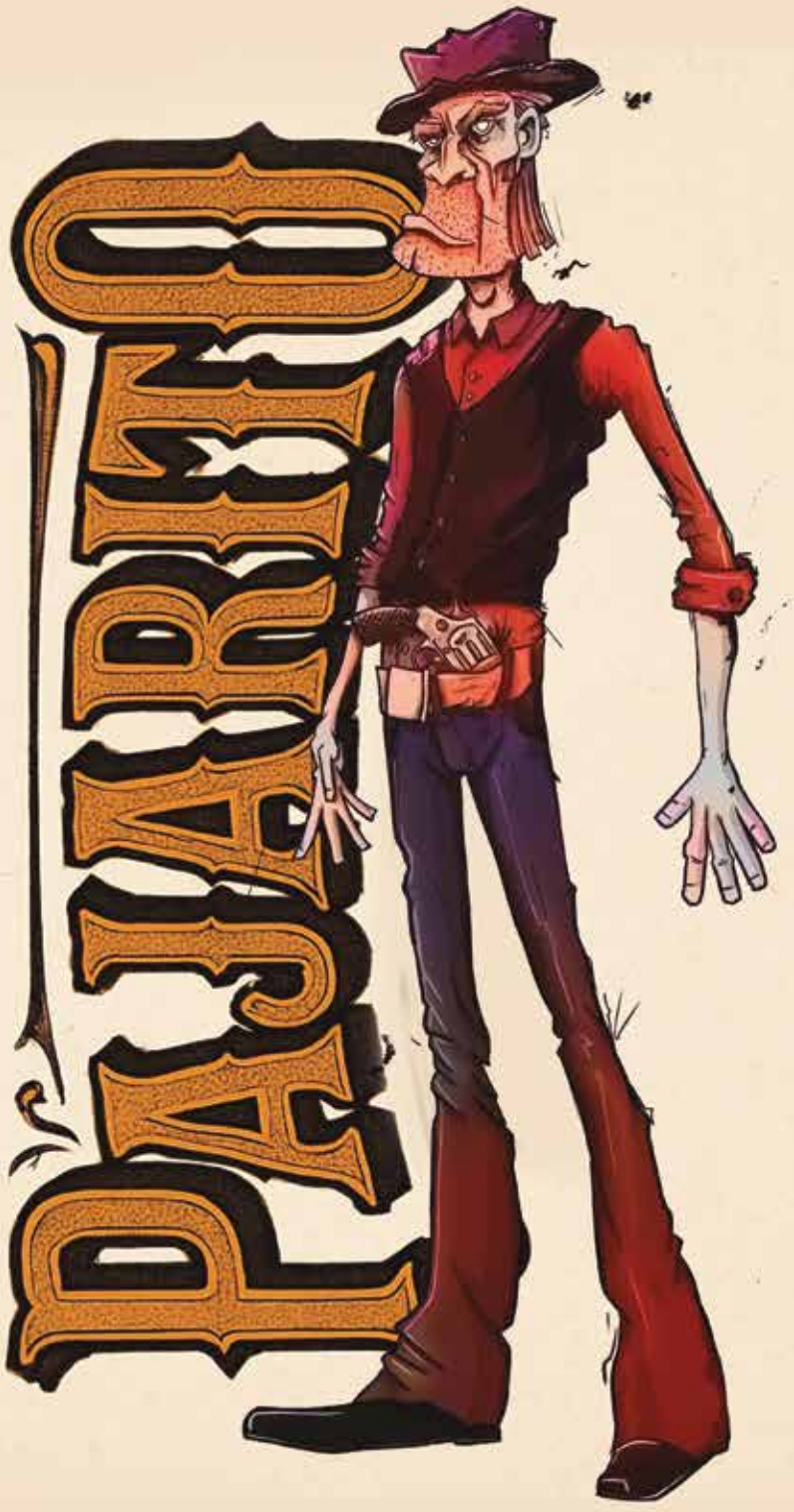
Hace algún tiempo ya, allá por el sur de la tierra ecuatoriana, vivió un hombre legendario. Se llamaba Naún Briones. No llegó al mundo para vivir en paz, sino para trastocar el orden, para incomodar a hacendados y ricos herederos. Héroe para algunos, villano para otros. Fue muchas cosas al mismo tiempo: un hombre que mató, aterrorizó y amó con pasión, que habló con dulzura y disparó con precisión a sus adversarios. Su vida, fugaz y feroz, se cuenta en esta historia. La obra se acerca al calor de los hechos, a las palabras que pudieron decirse, a los gestos que precedían y seguían a las balas, y lo hace no solo con palabras, sino mediante una reconstrucción visual que intenta traducir el mundo de ese hombre que sigue hablándonos en la memoria del tiempo. El libro, en definitiva, no cuenta solo una vida, porque Naún es más que eso. Abre el libro para saberlo. Aquí las letras recogen la ceniza, el polvo, el eco de los fusiles, del rumor de las guitarras y el galopar que se aleja. Aquí está la memoria misma de nuestra patria, el alma del mito llamado Naún.

Gloria Riera Rodríguez

La romántica figura de Naún Briones, creada en base exclusiva del deseo de cubrir muchos nombres, se destruye con una investigación algo rígida, y surge inmediatamente la figura no del hombre bueno que nos ha contado el mundo, sino la del delincuente que, acosado por la vida, infundió el terror en las provincias de Loja y El Oro, en el norte del Perú, y mató a mucha gente cuando ello fue necesario para completar sus golpes.

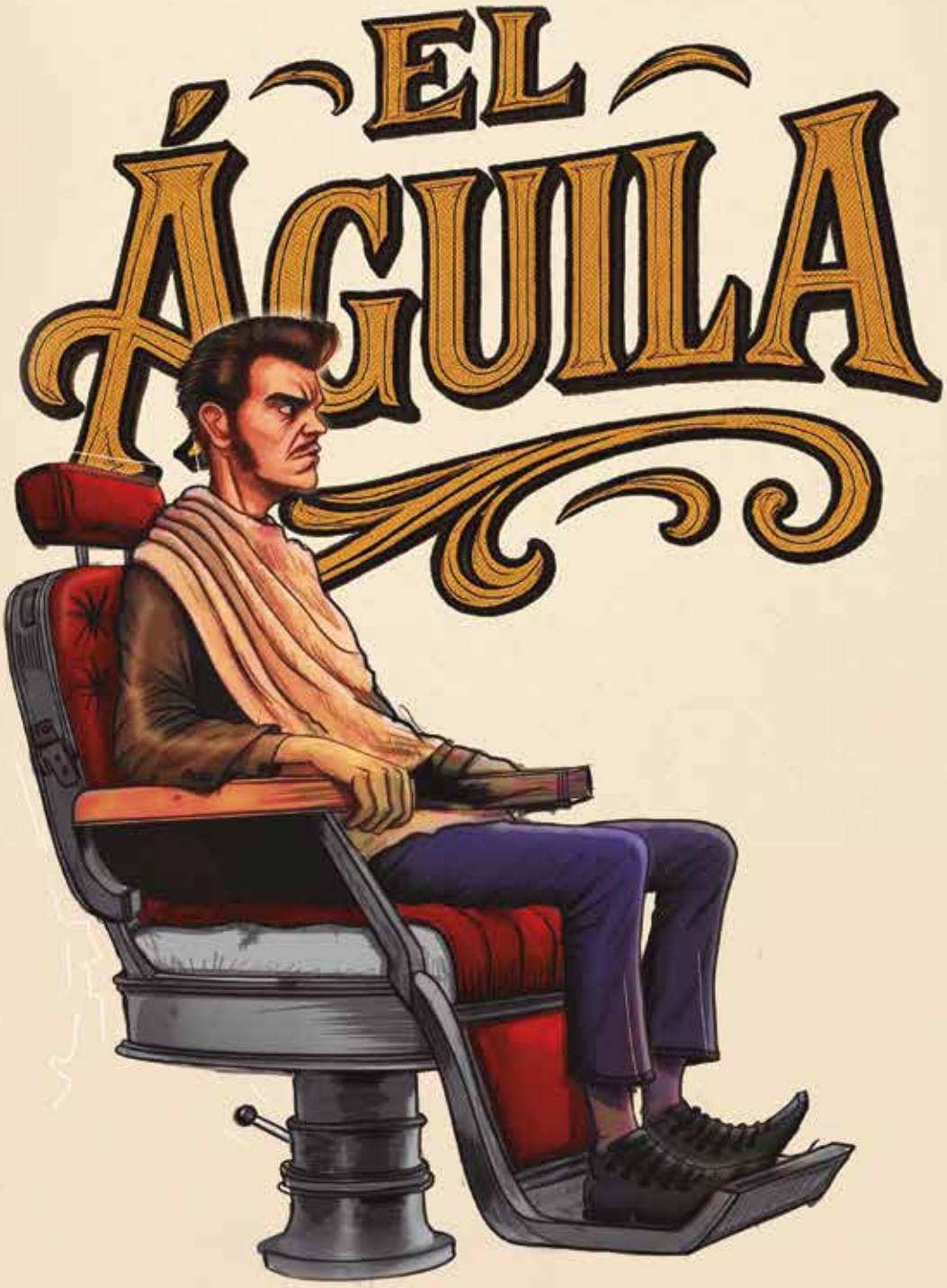
Revista *Vistazo,* junio, 1969


NAÚN


PAJARRO

CHIVO BLANCO



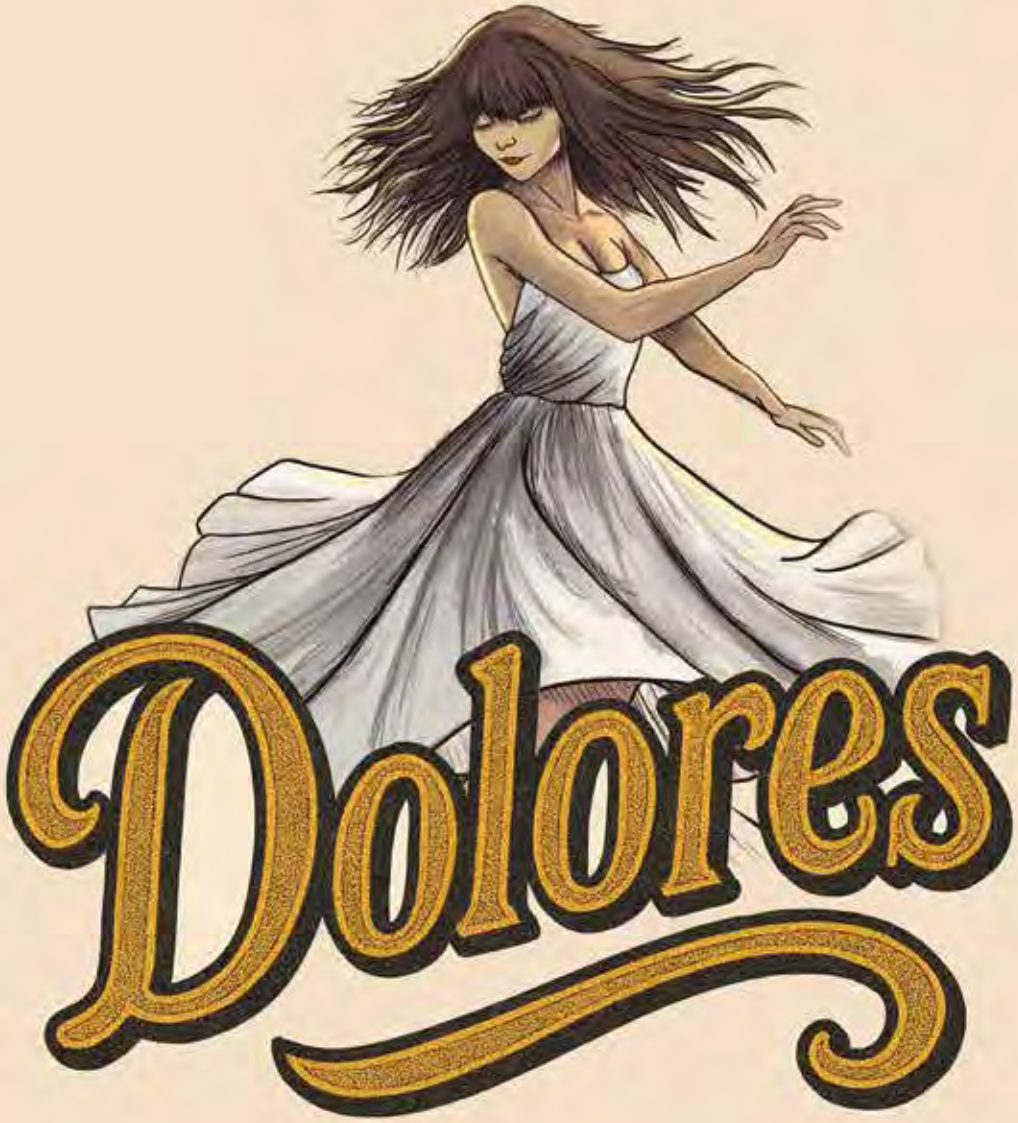

EL
ÁGUILA

DEIFILIO



DIÓGENES



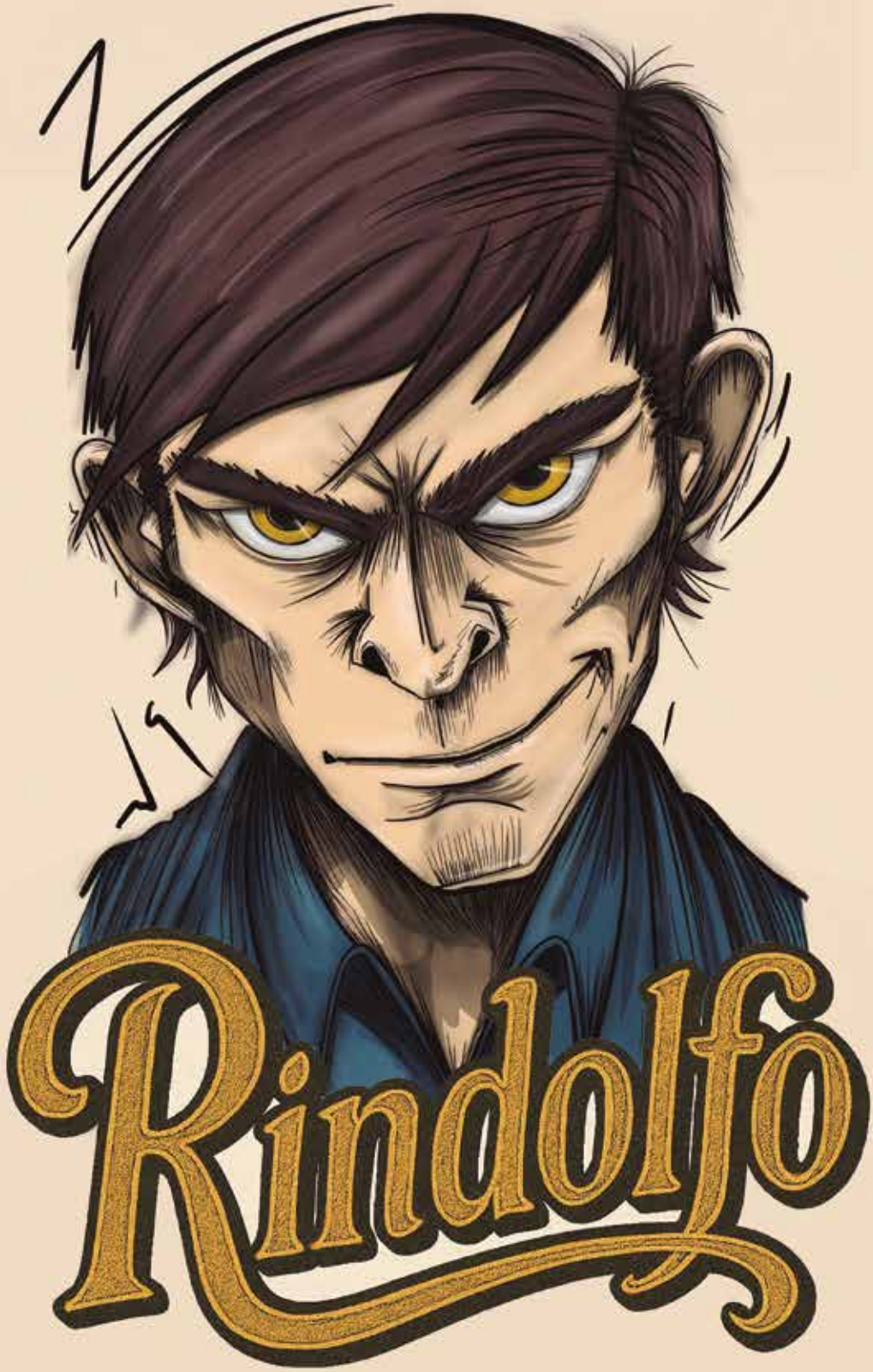

Dolores


EL
GORDO

MARCAVELI




QUIROZ


Rindolfo

VÍCTOR PARDO





El PRINCIPIO

No vayas —le advirtió el peón que removía el lodo con los pies descalzos, rompiendo paja en pedacitos con la mano.

Pero Naún, desoyendo su advertencia, ya estaba cruzando la plaza a la carrera.

—¡Cuídame la alfalfa, que vuelvo!

El miedo le apretaba duro el estómago. Conocía que la pistola de aquel famoso bandido solía responder con un doloroso estruendo al primer desconocido que quisiera hablarle. Pero no podía dejar de ir hasta la tienda donde sabía que estaba el viejo. Iba impulsado por aquello que lo perturbaba: la pobre mazamorra aguada que comía todos los días o el recuerdo del tío Mardoqueo, reclamando puntualmente, al amparo de las deudas de su padre, la cuadra de arvejas y maíz, la mula Felicia, las frazadas de lana, el cuadro grande de la Virgen del Cisne.

Decidido a entrar, su voz se suspendió en el aire, a milímetros de la puerta, cuando le llegó la voz del bandido gritándole al tendero, exigiéndole todo. Tuvo que elegir entre entrar o el pasado. Comprendió, entonces, que hasta un balazo en el estómago era mejor que lo que la vida le venía ofreciendo.



—¿Qué quieres? –le dijo el bandido–. ¿Querrás un sol de oro por no correr a decir que estoy aquí?, ¿un balazo en la nuca por curioso?, ¿solo un golpe por zonzo?



—Quiero irme con usted y su banda. ¡Quiero





ser un bandolero! –le respondió respetuosamente.

—¡Muy poco pides, patojito, para no calzar zapatos ni alpargatas y para andar con trazas de no haber comido en tres días! ¿Eres un valiente?, ¿no le tienes miedo a la muerte?

—Soy valiente y no le tengo miedo a la muerte –respondió sin dubitar, sin bajar la mirada, exhortado por el dolor de la pobreza.

Y así, en una cita impensada pero soñada, Naún conoció al Pajarito, el bandido peruano, el de la banda famosa de Chivo Blanco que desde el año 1909 asolaba corrales, quemaba sembríos, robaba muchachas, mataba a guardias y hacendados, capturaba dineros y diezmos, rompía las alcancías de los templos y disolvía fiestas a tiros. Pajarito era nada más y nada menos que uno de sus miembros más connotados, aunque ahora estaba ya muy viejo: sus ojos pequeñitos y azules se habían llenado con los años de los cuerpos de compañeros muertos, de los adioses de amigos presos, de las sonrisas de mujeres que no tuvo tiempo de querer.

—Ahora quieres irte conmigo, pero después maldecirás la hora que te dije bueno, ven conmigo. Mejor regresa a tus tierras, si es que las tienes, a tus necesidades, si es que las tienes. Carga, cultiva, ara, cosecha, vende. Así, al menos, nunca serás desgraciado. ¿Crees que un bandido es feliz porque roba o mata, porque dispara a los guardias y todos le temen? El robo es pecado, el ladrón es maldito y nunca recibe alguna alegría en la vida ni los santos



óleos en la muerte; muere callado, solo, lleno de vergüenza y rabia. ¡Hazme caso!

—¡Solo me importa ser bandolero! ¡Ese va a ser mi oficio: ¡robar lo que nunca, ni así me matara trabajando cien años, sería mío! No deseo ser honrado como los pobres porque ellos nunca tienen nada, todo lo deben, y mueren maldiciéndose por haber nacido y porque sus hijos les recuerdan su pobreza. A la final, los pobres igual son malditos, como si hubieran sido bandoleros o usureros.

—¡No sabes lo que dices! Pero si lo sabes... te espero esta noche en el camino a Zozoranga. Debes venir cabalgando.

—Pero no tengo caballo...

—Pues si quieres empezar de bandolero, debes tener uno.

Pajarito le lanzó un sol de oro al tendero, moneda que cayó tintineando sobre el mostrador grasiento. Afuera se escuchó el relincho manso y palabras que animaban el paso a la bestia que retiraba al viejo.

—No te preguntó ni el nombre –dijo don Sabas recogiendo la moneda y expirando el susto– No te va a aguardar. Mejor haz lo que te dijo, muchacho: busca un trabajo honrado, ve de arriero a Catacocha o fabrica cucharas de madera, platos de barro, o revende maíz, alverjas. Sueñas, Naún. Sueñas que ser bandido es lo mejor de la vida. No busques muerte o perdición, la cárcel o el desprecio.

Cuando llegó el ocaso y con el recuerdo del encuentro resonando en su mente, Naún, seguro de que el viejo lo aguardaría, saltó la cerca alta y dura que resguardaba las propiedades de su tío Mardoqueo. Cayó sin ruido sobre la tierra blanda, se ovilló a lo largo de los tiernos sembríos, evitó el roce de su cuerpo con las hojas para no delatarse a los perros.

Avanzó y vio la puerta del establo trancada, y escuchó el jadeo de las somnolientas bestias que descansaban. Con el corazón latiéndole a prisa, empujó la puerta que se movió graznando un oxidado chillido. Adentro, palmeó suavemente, con afecto, las ancas de Felicia, la mula que fue de su padre, que lo reconoció, mula que tan burdamente les había sido quitada por su tío. Abandonó el establo despacio, sujetando al animal por el cuello, pero el aullido de varios perros lo puso en alerta. Saltó sobre la mula, decidido a salir, evitó las dentelladas de los perros, pero entonces escuchó voces confusas, sofocados gritos exaltados de alarma. Luego sintió unas manos sombrías y enérgicas que lo derribaron de la cabalgadura y lo obligaron a caer al suelo, expuesto a los feroces mordiscos de los perros y los puntapiés.

En medio del vocerío, la voz del tío Mardoqueo comenzó a gritarle:

—Ladrón, ¿por qué quieres robarme? Yo mismo te vi saltando la cerca, yendo al establo.

Con los ojos hinchados, adoloridos por los golpes, Naún respondió:

—¡La mula era de mi padre! ¡Tú eres el verdadero ladrón, tú fuiste quien se la quitó!

Pero don Mardoqueo no estaba para escuchar razones. Ofendido, escupía la cara de Naún y le reiteraba los golpes. Y el escarmiento siguió. Dos guardias arrastraron al jinete atrapado y, con una soga ataron sus manos y lo condujeron a la cárcel de la ciudad. Naún, impotente, agraviado, frustrado, no hacía más que gritar para aplacar su ira:

—¡Van a ver quién es, quién es Naún Briones!



RETRATO

Él fue solo un hombreque
buscaba justicia, pero que no
sabía cómo hacerla.

Poblador de Cangonamá, 1935

Su padre fue un arriero pobre, muy pobre, que casi nunca tuvo mulas, como le correspondía a un campesino. De él aprendió que el mundo es uno solo, que el cielo es el mismo en todas partes, que el sol es único y que los ricos y los pobres son iguales en cada lado. De él también aprendió que la pobreza es mala porque hace malos a los hombres, pero que también es buena porque los hace buenos con los otros pobres. Y le enseñó cómo el viento cambia el color del día, cómo una estrella, en las noches claras, señala el norte, y otra, más brillante y fría, anuncia por dónde queda el sur. De él supo cómo nacemos, igual que la semilla en la tierra mojada, que retoñamos como ellas y nos vamos secando cuando ya no servimos más que para alimento. Él fue quien le contó cómo su madre lo fue regando con su propia sangre, como la lluvia riega los brotes tiernos de las cañas, cómo se fueron haciendo sus ojos, sus manos, su cuerpo entero hasta ser lo que era y será hasta el día de su muerte.

Pero aprender a entender esas cosas también lo llevó a comprender y analizar el mundo. Naún creía, a diferencia de su padre, que no, que nadie merece no tener nada y andar siempre debiéndole a alguien lo que crece y vive por la sola fuerza de su trabajo. Y pudo entender que no era justo ver podrir el grano de los hacendados mientras ellos, los pobres, se enfermaban de hambre. Que no era justo que la hija de don Julio, el rico, fuese tan



bonita mientras su hermana, sin dientes a los trece años, fuese más fea y flaca que un alma del purgatorio. Que no era justo que el hijo de don Julio tomase un vapor para Europa y estudiase abogacía y hasta que se hiciese poeta mientras él apenas si aprendía la forma de las letras en tan solo dos años de escuela. Y así fue cómo decidió cambiar su destino.

Se alistó con las gentes de Chivo Blanco. Tuvo como maestros al Pajarito y a otros cien bandoleros. Pronto se distinguió de entre todos. Se dice que su puntería era extraordinaria, que jamás erraba un tiro ni en la oscuridad y que todos le temían por eso. Prefirió siempre el revólver. Decían que con aquel tipo de arma su mano se acomodaba tanto que su cuerpo y bala eran una sola cuando disparaba. Tiempo después, ya listo, habría de ser conocido como el azote de la frontera, la amenaza de la Centinela del Sur, el monstruo de Catamayo, el hijo maldecido de Cangonamá, el vástago del Chivo Blanco, el nieto del Pajarito.

Pero, pese a que toda la comarca lo había escuchado, temido y admirado, muy pocos lograron mirar su rostro más de dos veces. La mayoría de sus víctimas no le conoció jamás o, de pronto, olvidó sus facciones por el puro miedo de volverlo a ver. Se dice que tenía el rostro redondo, un poco pálido, a pesar de que vivió en la intemperie; que tenía líneas gruesas, inconfundibles, como tallado



en madera o piedra; que tenía los ojos brillantes emboscados entre el grosor espeso de las cejas, color de la miel de caña, ojos profundos, algo achinados, con párpados gruesos y veloces; y se dice que su nariz era ancha y recta, sus labios casi siempre contraídos por la fatiga o la rabia, dientes blanquísimos, uniformes, fuertes; muy pocas veces se lo vio con esa barba espesa, cerdosa, castaña, descuidada. Y se dice que tenía piernas cortas, macizas, firmes en cada paso, gruesa la cintura y las manos velludas, chiquitas, amontonadas de sortijas con relieves e incrustaciones de pedrería, su única elegancia.

La gente, después de muerto y enterrado, siempre consiguió inventarle rostros. Tallaron su figura en madera, en barro, en paredes, con lápiz. Lo hicieron sobrevivir, a pesar de que los expedientes policiales intentaron borrar su nombre.



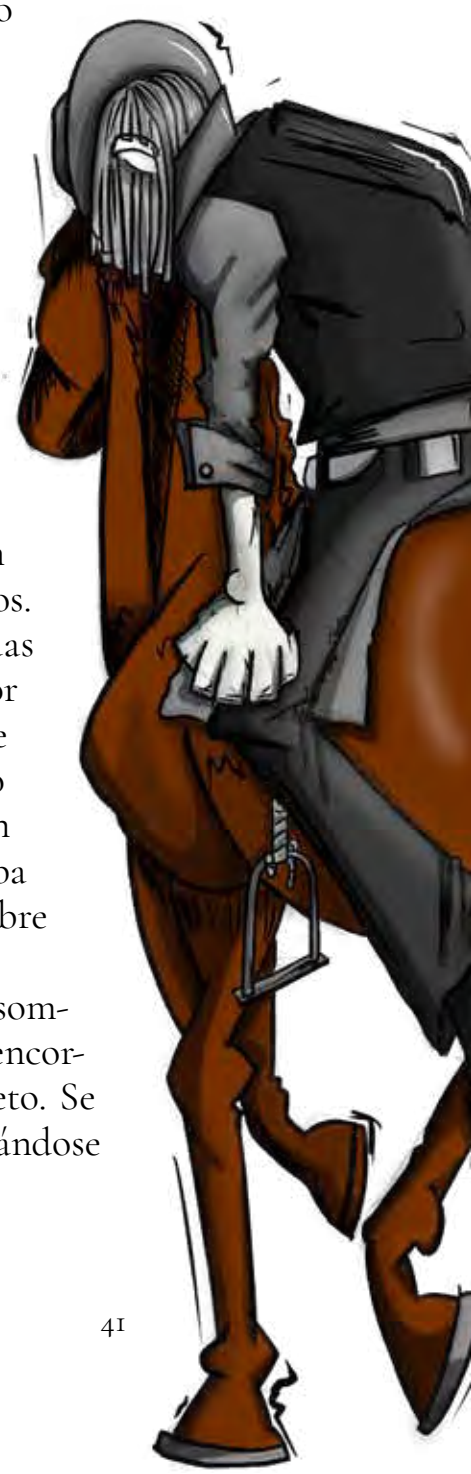

PAJARITO



El caballo del viejo se detuvo poco más allá de la mitad del río. El jinete se encorvó sobre la montura, aflojando las riendas, sin intentar volver el rostro para mirarlo.

—¿Por qué no se apura? ¿No ve cómo los rurales, con sus uniformes kakis, ya mismo coronan la cuesta?

No puede estar herido, pensó Naún, y se acercó al dolor de aquel viejo que tanto le enseñó. Pensaba que ninguna bala podía tocarle porque todos los santos de su tierra lo protegían, incluso muchos pensaban que tenía pacto con el que no se nombra. Decían que, mocito, él solo se robó quinientas cabezas de ganado, que en el año noventa y tres peleó solo contra un batallón de soldados matándolos a todos. Contaban que tuvo cien mujeres, todas bonitas, que se morían de amor por él por sus ojos azules y su nariz quebrada, que asoló haciendas en el Chira, que arrasó chacras en el Guásimo, que incendió un barrio entero en Macará, pero él negaba esas cosas, recordando que era solo un pobre ladrón que protegía su vida.



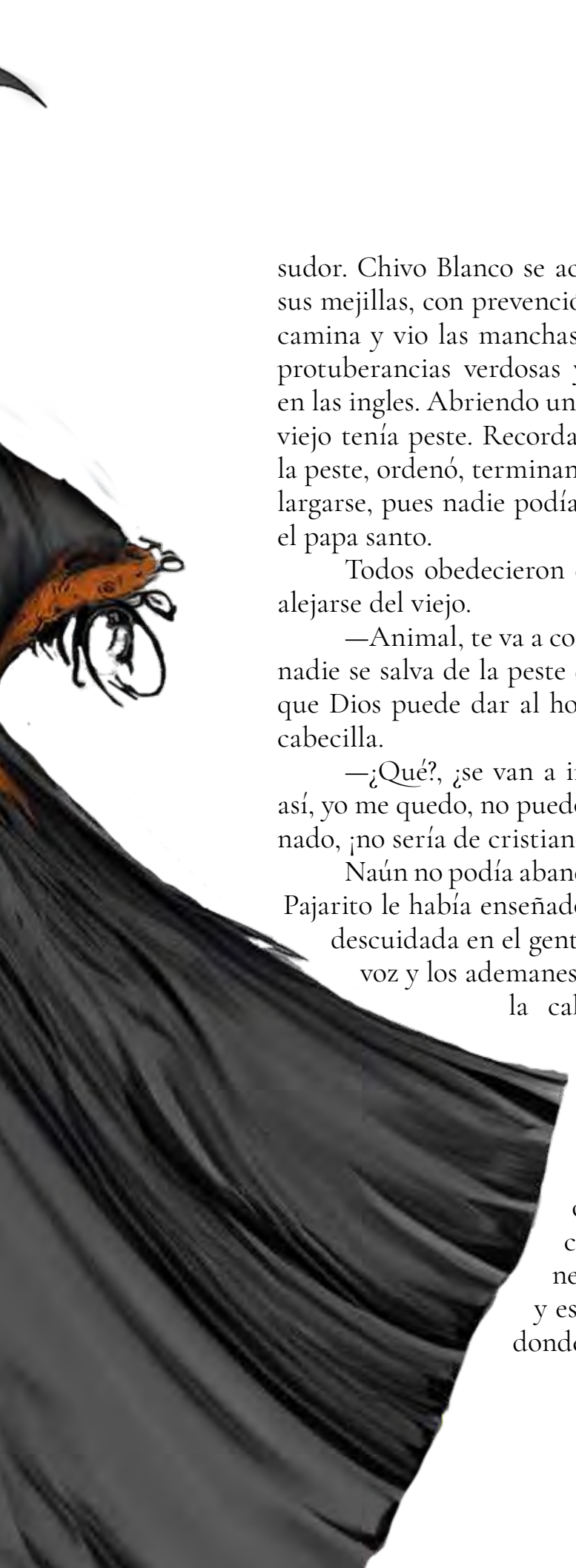
Pero el viejo, con su inmenso y fino sombrero de paja blanca, sí exhibía en el tenso encorvamiento de su cuerpo algún dolor secreto. Se llevaba las manos callosas al vientre quejándose

con los labios apretados, como avergonzado de mostrar su dolor ante un muchacho que aprendió de él a no quejarse, a soportarlo todo. “Es solo un dolorcito”, le dijo mientras se dejaba llevar hasta el otro lado del río. A lo lejos se levantaba la inconfundible polvareda de los rurales que descendían al galope a la pampa.

—No me dejes solo, por favor, no puedo sostenerme en el caballo.

Naún desmontó, cargó a Pajarito, lo puso en el anca de su caballo y trotó cuesta arriba sin hablar, sin presentir nada grave detrás de unas calenturas. Porque no pudo pensar que nada grave le sucedería jamás a ese viejo que, sin conocerlo, tuvo la paciencia de aguardarlo una noche entera, confiando en el muchacho decalzo que pidió unirse a la banda.

Con el calor enfermo del bandido, cabalgó sobre las huellas frescas de la banda, presintiendo el acoso de los guardias a la distancia. Cuando al mediodía floreció el sol, avistó dos casitas medio perdidas entre hojas de plátanos hasta distinguir el perfil de uno de los miembros de la banda de Chivo Blanco. Justificando la demora, descargó a Pajarito que temblaba quejándose bajito. Limpió su frente de los chorros vistosos de



sudor. Chivo Blanco se acuclilló junto al viejo, tanteó sus mejillas, con prevención y sospecha, desabrochó su camina y vio las manchas negras sobre su vientre, las protuberancias verdosas y endurecidas sobresaliendo en las ingles. Abriendo unos ojos asustados gritó que el viejo tenía peste. Recordando que nadie se salvaba de la peste, ordenó, terminante y empavorecido, ensillar y largarse, pues nadie podía hacer nada, ni el médico ni el papa santo.

Todos obedecieron excepto Naún, que no quiso alejarse del viejo.

—Animal, te va a contagiar, también vas a morir, nadie se salva de la peste que es el más grande castigo que Dios puede dar al hombre –le advirtió preciso el cabecilla.

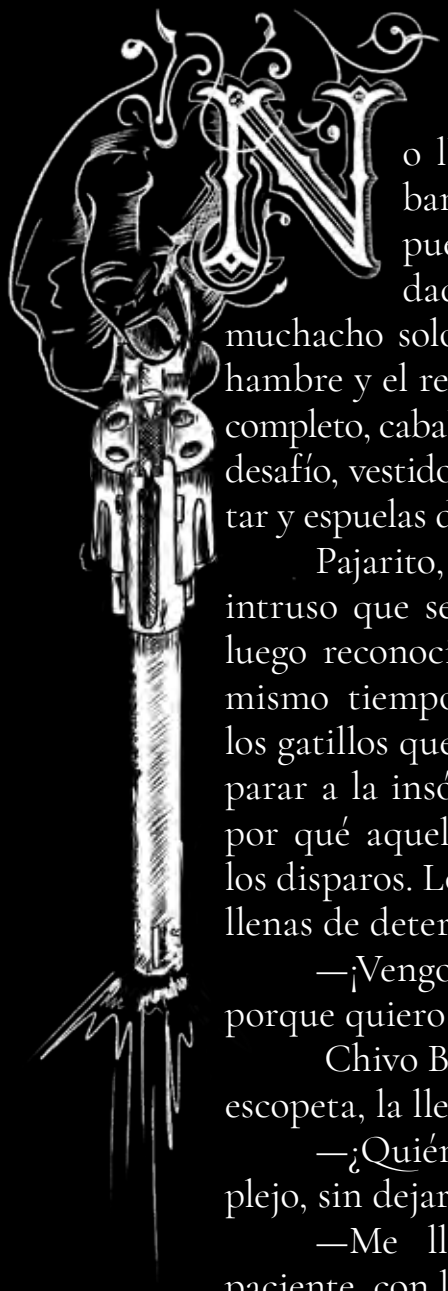
—¿Qué?, ¿se van a ir?, ¿lo van a dejar solo? Si es así, yo me quedo, no puedo dejarlo morir solo, abandonado, ¡no sería de cristianos!

Naún no podía abandonar a quien fue su maestro. Pajarito le había enseñado tanto, a disimular su facha descuidada en el gentío de las ferias, a disfrazar la voz y los ademanes conocidos, a presentir la cabalgata de un puñado de guardias, a apuntar el tiro cerrando el ojo derecho sin que el izquierdo se nuble o parpadee, a cambiar el timbre de la voz en tantas ocasiones como encuentros con extraños tenga, a sostener firme el pulso de la mano y escoger el sitio del cuerpo por donde más pronto llega la muerte





LOS PRIMEROS PASOS



No llegó aquella noche a su cita con el bandido, sino cinco o seis meses después, cuando Pajarito ya lo había olvidado pensando que el deseo de aquel muchacho solo había sido un triste desplante del hambre y el resentimiento. Llegó más hombre, más completo, cabalgando un alazán joven con premura y desafío, vestido de blanco, con largas botas de montar y espuelas de plata.

Pajarito, que lo vio venir, lo sintió como un intruso que se aproximaba sin demostrar miedo, luego reconoció esas facciones duras, altivas y al mismo tiempo risueñas. Gritó para apaciguar a los gatillos que ya lo aguardaban, dispuestos a disparar a la insólita y desconocida figura, sin saber por qué aquel muchacho adolescente no merecía los disparos. Los bandidos escucharon sus palabras llenas de determinación e impavidez:

—¡Vengo solo, no se preocupen! Estoy aquí porque quiero unirme al grupo.

Chivo Blanco se aproximó a él, elevó su vieja escopeta, la llevó a su rostro y disparó un tiro.

—¿Quién eres? –le preguntó, hosco y perplejo, sin dejar de apuntarlo.

—Me llamo Naún –respondió quieto y paciente, con los brazos cruzados sobre el pecho.

Intentando convencerlo, le contó que, por injusticias de la vida y el destino, estuvo cinco meses de cárcel, y cuando salió, solitario, asaltó

una hacienda en Catacocha, a plena luz del día. Y contó que robó un caballo, unas alforjas de cabuya con elegantes ropas, un pañuelo de seda celeste, un arma y una cajita de nogal repleta de pesos. Quería, conociendo la fama de la banda, cabalgar en su compañía por quebradas, montañas y valles, salteando o hiriendo, matando o huyendo.

Chivo Blanco torció sus saltones ojos enrojecidos para mirar al viejo:

—¿Le conoces, Pajarito? – preguntó intranquilo con un dedo jugueteando con el gatillo de su escopeta

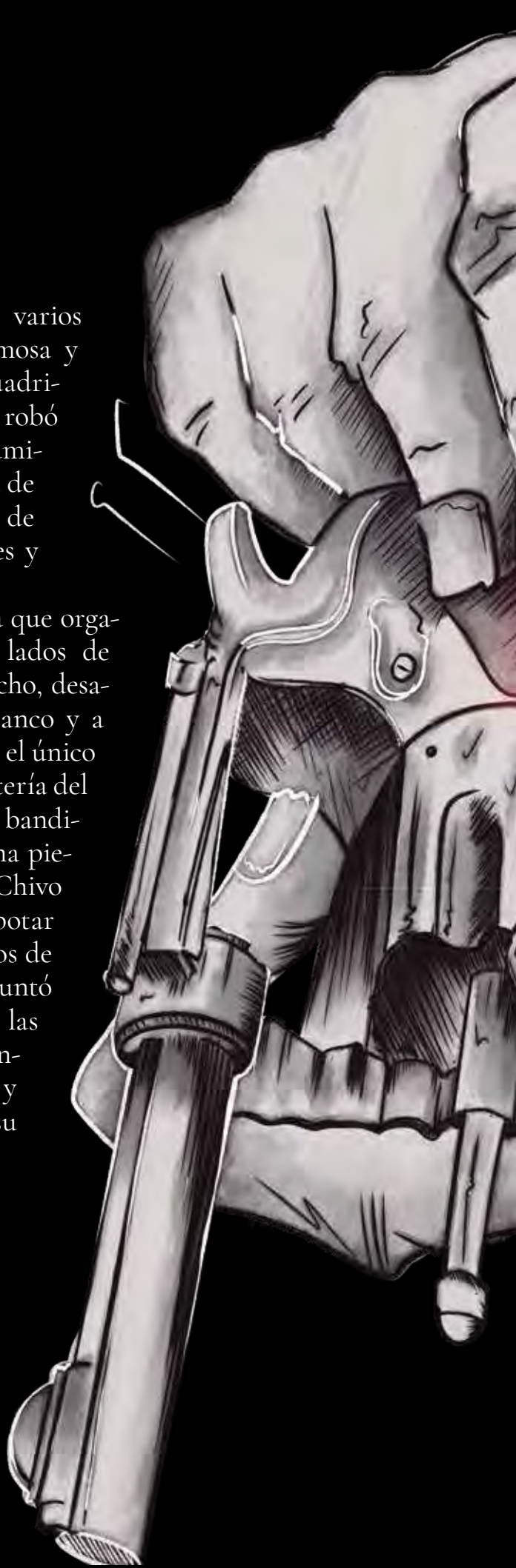
—Sí, una vez en Cangonamá. Muchacho valiente, no le teme a las balas.

El jefe de la banda, creyéndole porque el viejo tenía la fama de no mentir, desviando de su cuerpo el doble cañón de su escopeta, le dijo que podía pasar a la choza.



Desde entonces y hasta varios años después, estuvo en la famosa y temible banda, la criminal cuadrilla de Chivo Blanco que tanto robó y a tantos mató ante la rabia admirada, la desesperada impotencia de tenientes políticos, mayordomos de hacienda, cabos de guarniciones y destacamentos.

Un día, durante una fiesta que organizaron los bandidos por los lados de Macará, el Chivo Blanco, borracho, desafió a sus hombres al tiro al blanco y a apostar sus revólveres. Naún fue el único en aceptar el reto porque la puntería del retador era famosa. Uno de los bandidos puso un sol de oro sobre una piedra, cien metros lejos, que el Chivo apuntó, pero su bala fue a rebotar sobre la piedra a solo centímetros de la moneda, en cambio, Naún apuntó y dio en plena moneda ante las bocas abiertas de todos los bandidos. Chivo Blanco, corrido y furioso, se negó a entregarle su





arma y puso su borrachera como pretexto de su tiro errado. Naún, como respuesta soltó una carcajada, cargó el tambor de su revólver se cuadró al retador gritándole:

—¡Te voy a hacer cumplir la apuesta, badulaque!

El jefe de bandidos palideció, pidiendo con los ojos a sus hombres que lo ayudaran, pero todos le pidieron cumplir su palabra, que no fuera tramposo. Este, derrotado, tambaleándose, más por la rabia que por borrachera, le entregó el arma diciéndole:

—¡Te vas ahora mismo, los dos ya no cabemos en el mismo sitio!

Naún, contento, sin rencor, se despidió del grupo con la mano, montó su caballo blanco, y se alejó en dirección a la frontera.



LOS ROBOS

Naún sacaba reales
a todos los ricachos
que con mil y un rurales
solo eran mamarrachos.

(Canción)



ompieron las puertas a culetazos y patadas. Penetraron y fueron sorprendidos por la suavidad de las alfombras de la casa, felpudas, insensibles a las pisadas de botas enlodadas. Sin prisas y burlándose del lujo casi cruel que encerraba la sala, se detuvieron para mirar los retratos de hombres con gruesos bigotes y levitas ceñidas, y de damas circundadas por inmensos moños. Se precipitaron en montón sobre el armario sellado y brillante que destrozaron sin miramientos, y sacaron de esos cajones cuchillos y tenedores de plata, bandejas de porcelana, dijes de oro, peinetas de concha y perla. Y así, veintitrés hombres fueron guardando su botín, riéndose y festejando e suceso con bullicio.

En la casa, ellos, los peones, contemplaban la escena, asustados y con una alegría secreta porque la casa grande había sido rodeada por los facinerosos que, curiosamente, no les tenían miedo a sus patrones. Las mujeres, escondidas en lo más oscuro de sus cocinas, dando de mamar, cubrían bajo su manta a sus hijos, y deseaban secretamente que los bandidos vuelvan cenizas los libros esos donde estaban apuntadas sus deudas que los esclavizaban a los patrones. Ninguno quiso salir a defender a don Julio porque él nunca los había defendido del hambre.

Estando lejos de la hacienda desvalijada, a salvo, cuando caía la noche, empezaron las peleas





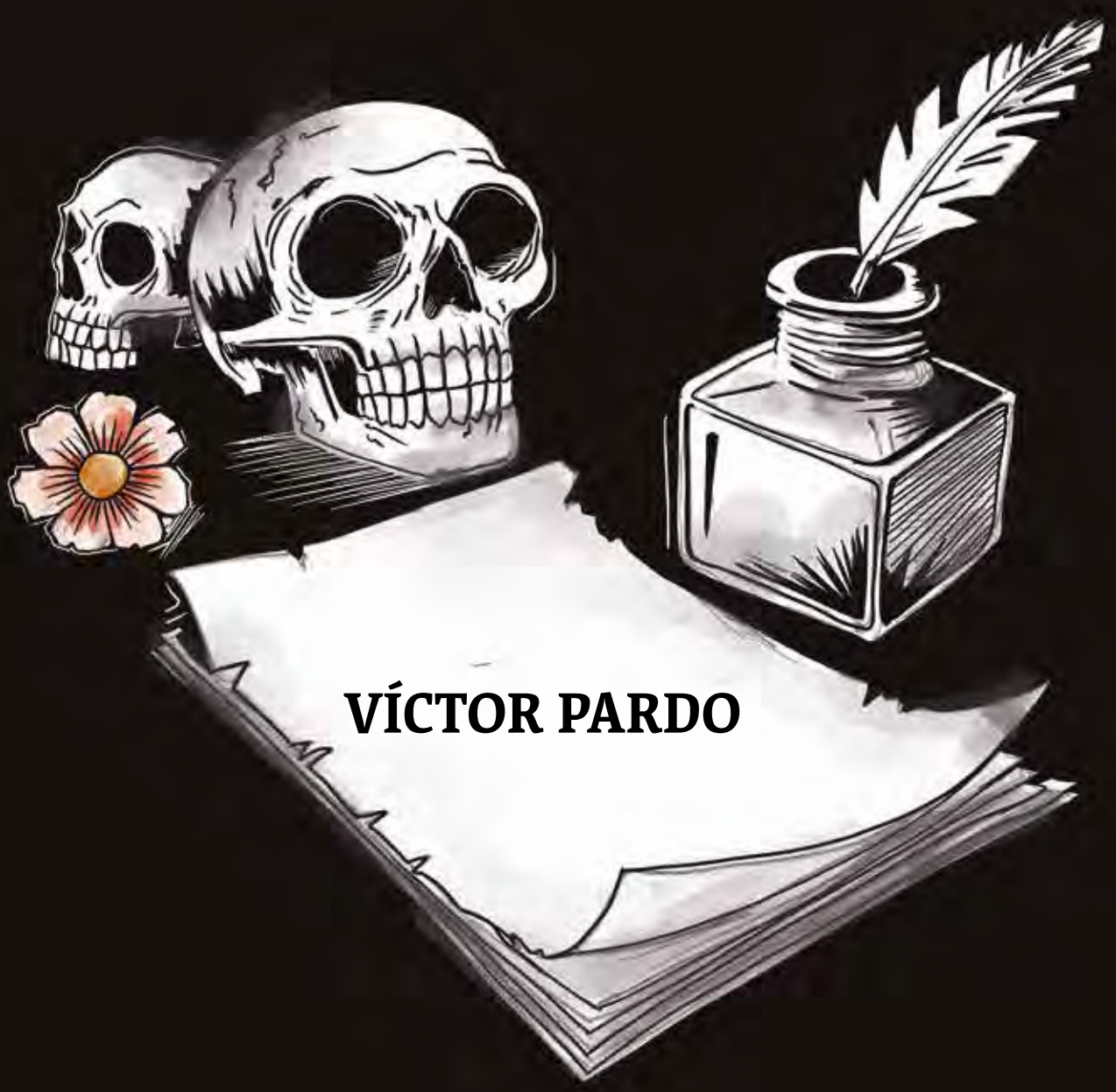
y golpizas de los hombres por el anillo, el prendedor, los cinco soles... Entonces, Naún, cauteloso, suspendió las cuchilladas y los golpes, y gritó:

—¡Ninguna joya de mierda, por cara y valiosa, debe dividirnos o enemistarnos!

Exhausto, inquieto, les recordó que no robaban para enriquecerse, sino para darlo todo a los que nada tienen, a los que labraron esas mismas joyas, a los que sudaron el lomo en siembras para que don Julio pudiera tenerlo todo. Pero sus hombres no entendían sus palabras. Pensaban que aquello que con tanto peligro y audacia habían tomado debía ser para ellos, también pobres, que deseaban ser ricos. Pensaban también que la vida del bandolero no era eterna, era dura, fatigosa y maltratadora, que les llenaba el alma de mataduras y latigazos y los volvía tristes sombras o simples cadáveres. Todos coincidían que era una zoncera regalar plata a los arrimados que no arriesgaban nada, a esos infelices que, si pudiesen, incluso podrían delatarlos.

Naún, sabiendo que nunca iban a poder entenderlo, llegó a un arreglo con ellos:

—La mitad de las reses que nos hemos llevado se entregarán a quienes patrones o usureros les hubiesen quitado algún animalito; un poco de plata irá para quienes tuviesen al marido en la cárcel, al hijo muerto lejos o enfermo. El resto para nosotros. Y recuerden, no somos malos ni somos



VÍCTOR PARDO



Penetró de improviso en el interior de la cantina de Cariamanga donde Naún y sus hombres estaban bebiendo. Avanzó sin importarle las reticentes miradas ni las armas dispuestas tras las mesas. Joven, un poco gordo, de sonrisa confiada y tímida, con peinado dividido por una ancha raya, sin rostro de barba, terno elegante, aunque no del todo nuevo, decorado con un pañuelo blanco, con un chaleco sin leontina ciñéndole el abdomen, y con un sombrero alto de paño que traía sostenido por la punta de los dedos.

No vendrá a pedirme un favor, pensaría mirando con cierta frialdad esos ojos que acercándose parecían reconocerle sin haberle visto jamás. Uno de sus hombres abandonó de un salto brusco la silla y quiso detener al hombre que inflexible avanzaba hacia su mesa. Naún levantó el brazo, encandilado por la curiosidad, y pidió que nadie lo tocara. Todos retuvieron ese impulso de proteger al jefe que tranquilo, seguro de sí mismo, bebía unos tragos. El joven, deteniéndose, conservando esa sonrisa, escuchó el ritual santo y seña del bandido: yo soy Naún Briones, frase elemental de identidad y amenaza que circulaba ya por entonces famosa por el extremo sur de la República y el norte del Perú, frase con la que se rubricaban asaltos, se inauguraban depredaciones, se apadrinaban muertes, se imponía sumisión a los pobres, el temor curioso de las mujeres, el furor de las autoridades.



El joven lo saludó con una corta venia, respetuosa y digna, y le pidió sentarse a su lado. A él, desconfiando con experimentada suspicacia, se le ocurrió que podría tratarse de una hábil emboscada. Sin responderle, alertó a sus hombres, que resguardaran la puerta y aquel pedazo de calle oscura de afuera.

—No vaya a tener recelo, vengo solo.

—Cuando tengo recelo, disparo –respondió él exhibiendo el brillo de un revólver que empezaba a apuntarlo recorriendo su larga silueta–. ¡Vas a decirme para qué has venido, porque solo las hembras y los peones necesitados vienen sin pedirme permiso!

—Me llamo Víctor Pardo, soy bachiller, mi padre acaba de rematar sus últimas propiedades. Nunca podré irme a la universidad para graduarme de médico...

—No me cuentes tu vida, patojito, solo dime a qué has venido.

—Quería leerle un poema que escribí en su honor y darle un consejo –confesó bajando la cabeza, como humillado y lleno de arrepentimiento, sintiendo el frío cañón del arma que ahora apuntaba a sus mejillas.

—¿Sois poeta, patojito? –se le escuchó decir en plena carcajada impetuosa que se acompañó de las risas de todos sus hombres.

—Sí, un poco, a veces, cuando la inspiración...

Sus manos, emocionadas y temblorosas, buscaron dentro de los bolsillos de leva hasta empuñar un papelito rugoso, borroneado con letras azules gruesas. De pie, con un perdón como excusa, recitó en voz alta, como para que lo escucharan, unas frases cortas, rítmicas, que contaban cómo unos hombres solos, unos valientes que no temen ni a las leyes de la vida o de la muerte, se baten y arrebatan lo injustamente obtenido, dan de comer al que tiene hambre, cabalgan, se enamoran, mueren, se sienten inmensos, inolvidables. Él lo escuchó sin parpadear, pensando en los caminos enlodados del invierno, en la respiración seca y angustiada de los veranos, en el sueño dentro de las chozas abandonadas, en el kaki difuso de los rurales acosándolos, en los ojos oscuros de una mujer bonita, en el silencio de la



gente que lo teme, en el siniestro estampido de las balas, en su inmensa soledad de ese momento, de antes, en los años por venir hasta el polvo y ceniza. Se sintió triste, dejó el arma, se incorporó, se acercó al joven y se juntó a su cuerpo en un abrazo.

—Un trago para este poeta –pidió con un grito estentóreo y voz emocionada.

Ordenó a sus hombres, también silenciosos, respeto y simpatía para el joven que transformó sus vidas trabajosas en palabras que vibraron en sus oídos reconociéndoles. Todos se acercaron al muchacho y le alargaron vasos de aguardiente curado de anís, sabiéndolo dueño de una voz que ellos tenían pero que no podían expresar, reconociendo que solo con sus palabras ensamblaba una tanda de disparos dentro del mismo silencio.

—Me gustó lo que escuché, era bonito, me llegó hasta el mismo corazón y me latigueó el cerebro haciendo pensar, recordar, reconocer, añorar y temer... !la poesía sirve para sacudir tanto con tan pocas palabras!

Muchas torineras de aguardiente se vaciaron esa noche, una guitarra apareció



de quién sabe dónde, una concertina llorona se contrajo y una voz fuerte se impuso en pasillos de amor, valses de lejanía, tristes, de corazón roto, que hicieron derramar lágrimas hasta el mismo jefe de bandidos que bebía sin parar olvidando a guardias y delatores. Oía con respeto e interés a ese joven que solo vino armado con un papelito rugoso y derrotó en un solo limpio disparo de palabras a los sentimientos escondidos de todos los malhechores que creían haber perdido el alma con sus vidas. Obligaba al muchacho a sacar el papelito y a leerlo nuevamente, ahora en voz baja y confidencial hasta que casi se hubo aprendido los versos.

A la madrugada se despidió del muchacho prometiéndole que se volverían a encontrar porque entonces él sería quien lo buscaría.

—Se va, pero todavía no ha oído mis consejos.

—Ya habrá tiempo, ya volveremos a vernos.

Días fueron, días vinieron. Un año entero cruzó ante los ojos de Víctor Pardo sobre el cielo duro de Cariamanga, un año en el que recibió la muerte de un padre arruinado y el amor de Zulema, la novia para siempre; un año en el que fue amanuense, escritor de cartas de amor, secretario, juez de gallera; un año en el que no olvidó un solo detalle de aquella noche en compañía del bandolero sonriente y terrible como lo describían los periódicos. Un domingo, en la gallera repleta, mientras revisaba crestas y espuelas, recibió la visita de un hombre cansado, sucio, que sin mirarle a los ojos atinó a

decirle que él lo estaba esperando en el mismo sitio donde se conocieron. Víctor Pardo sintió resucitar la emoción implacable del peligro que un año antes lo llevó a la cantina al encuentro con el hombre que era leyenda y material de poesía. Fue. Lo encontró bebiendo, con arrugas nuevas, sucio, barbudo y entristecido. Lo recibió con un abrazo recio, lo llamó por su nombre y lo invitó a sentarse y compartir unos tragos con él.

—El año ha sido duro conmigo: tres de mis hombres, quizás los mejores, los más decididos y valientes, cayeron abaleados por los guardias civiles y los hacendados. Los campesinos, sin importarles mis obsequios, corren a delatarme en las tenencias políticas. Varias veces pude escapar de cercas seguras. He vagado por la región sin atreverme a asaltos de importancia, hambriento y varios de mis muchachos me han abandonado, desilusionados, para intentar sus propias bandas. Por eso estás aquí... ahora quiero oír tus consejos.

Pardo sintió que una íntima alegría, tenaz y oscura, le humedecía el alma.

—No sé si serán consejos –empezó tímidamente– ¿qué podría aconsejarle a usted que lo sabe o lo presiente todo, usted que estudia en los libros abiertos y buenos de la vida? Sé de usted hace mucho tiempo. Me contaron que la gente pobre de muchos lugares ve en usted un símbolo, porque ellos quisieran ser como usted, tener su libertad, su pureza,

sus sentimientos. Sé que los ayuda, los protege, que los verdaderos bandidos son los ricos. Pero eso no basta, no cambia nada. Si me permite, le contaré algo: hace años, no muchos, en un lugar muy lejos de aquí, la gente pobre ya no quiso ser maltratada y decidió que todos podían ser iguales y se rebelaron, tumbaron al Gobierno, al rey que nunca había creído que ellos eran iguales y pusieron en su lugar un gobierno de pobres. Y yo me dije, ¿por qué no hacer lo mismo aquí y tener un país sin ricos ni usureros, un país donde nadie necesite volverse bandido para sentirse libre? No es un consejo, es casi un sueño.

Naún aspiró el olor dulce de la copa y preguntó mirando esos ojos tan fríamente puros:

—¿Un gobierno donde los pobres tengan la razón y manden? Discute eso con los que entienden muchas cosas, yo no sé de gobiernos ni me preocupan, solo sirvo para robar, matar, asaltar, huir y defenderme. ¿Quieres que yo sea presidente, alcalde o algo así?, ¿que los pobres sean ministros, jueces?

—No, no, no –interrumpió confuso. Es solo que si hubiera muchos como usted, si ayudáramos a los arrimados a ocupar esas tierras donde trabajan sin pago, si formáramos un pequeño ejército que los defienda de la policía, si en el país otros le imitaran para defender a los pobres, se tumbaría a los caciques, a los gobernadores, a los presidentes de

frac que se burlan de los humildes, los engañan o los mandan a asesinar. Entonces ellos serían fuertes, invencibles, dejarían atrás su pobreza.

—Ningún gobierno va jamás a ayudar o defender a los pobres porque los gobiernos existen para mandar y castigar, para congraciarse con los ricos y someter a quienes no se conforman. Jamás los pobres se alzarán contra nadie porque aman sobremanera su único bien: la vida. Y si alguna vez los pobres llegasen a gobernar sería peor que el de los ricos porque querrían enriquecimientos, revanchas.

—¡Es la ignorancia! No saben que la vida alguna vez va a cambiar, que no pueden vivir la vida entera trabajando tierras ajenas, que no pueden seguir viviendo embrutecidos por la miseria, muriendo de tuberculosis...

—No, poeta, no nací para tumbar gobiernos ni repartir tierras. Mi vida está firme, profunda, sobre la palma de mi mano, nací para asaltar, no hay otro destino para mí.

Al son de la lluvia que caía impetuosa, bebió despacio esa noche, contemplando la decepcionada derrota de Víctor Pardo que ya no quiso hablar, pensando en sus libros, sus poemas, sus veinte años por cumplir.

El tiempo volvió a tenderse monótono a través de los días, semanas, meses. Los años retuvieron a Víctor Pardo en oficinas húmedas que le daban los billetes para comer tres veces al día, comprarse un terno por año, invitar helados a su novia Zulema,



comprar libros, también le permitieron comprar los periódicos donde leía la engrandecida fama de Naún en los cuatro puntos cardinales, supo de su apresamiento en Quito, que escapó del penal con cincuenta hombres, escuchó su nombre en los cantos anónimos, en las leyendas que contaban sobre él los viejos, supo sin creer que lo acusaban de tener pactos con los hacendados para asustar a los peones sublevados.

Una mañana, muchos años después de aquel segundo encuentro, lo sintió llegar a Cariamanga. Sabía que estaba allí, que lo esperaba. Un día después recibió el recado implacablemente presentido: quiere verlo. Ordenó los papeles, abandonó

el pueblo sin despedirse de Zulema y caminó a los barrios alejados, los que huelen a hierba pisoteada y a cuyeros, a miel de caña y aguardiente.

Reconoció su sonrisa dura, porfiada y desafiante, vio su rostro marcado por los años, ya no altivo ni retador. Recibió el apretón de su abrazo.

—Aquí me tienes, poeta. Vine a llevarte conmigo.

—¿Cómo? Es que yo no sé montar a caballo ni disparar un arma...

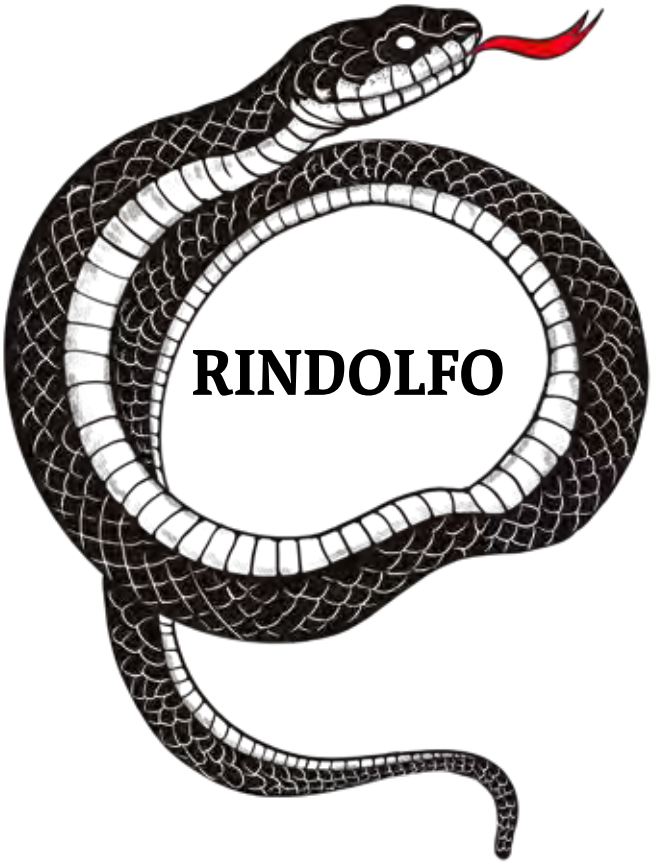
—Nadie nace aprendiendo... quiero que me ayudes, poeta, con tus consejos y palabras puras. Verás, he cometido errores. Caí en la tentación, en las ofertas engañosas esas que hacen los ricos cuando te brindan champán y te hacen dormir en colchones de plumas, les ayudé a despojar a los pobres, dispersé a bala limpia muchos de los reclamos de los arrimados...pero ahora quiero apoyar a los comuneros a recuperar sus tierras, quiero ayudar a los arrimados a tomar por fuerza las parcelas y el agua que merecen tener. Tenías razón, poeta, el mundo debe cambiar como se cambia una camisa sucia y estropeada.

Víctor Pardo lo escuchó sin fe, pensando en los años desperdiciados, en hambres que jamás se saciaron, en muertos que nunca resucitarán del polvo y ceniza.

—No queda mucho por hacer, pero tampoco queda más.

Aquella tarde cabalgó difícilmente detrás del jefe de bandidos, rompiendo para siempre de su memoria los ojos verdes de Zulema y el perfume de los aguacates maduros de su pueblo. Lo acompañó con su inhabilidad para el caballo y las armas hasta el polvo y ceniza.




RINDOLFO

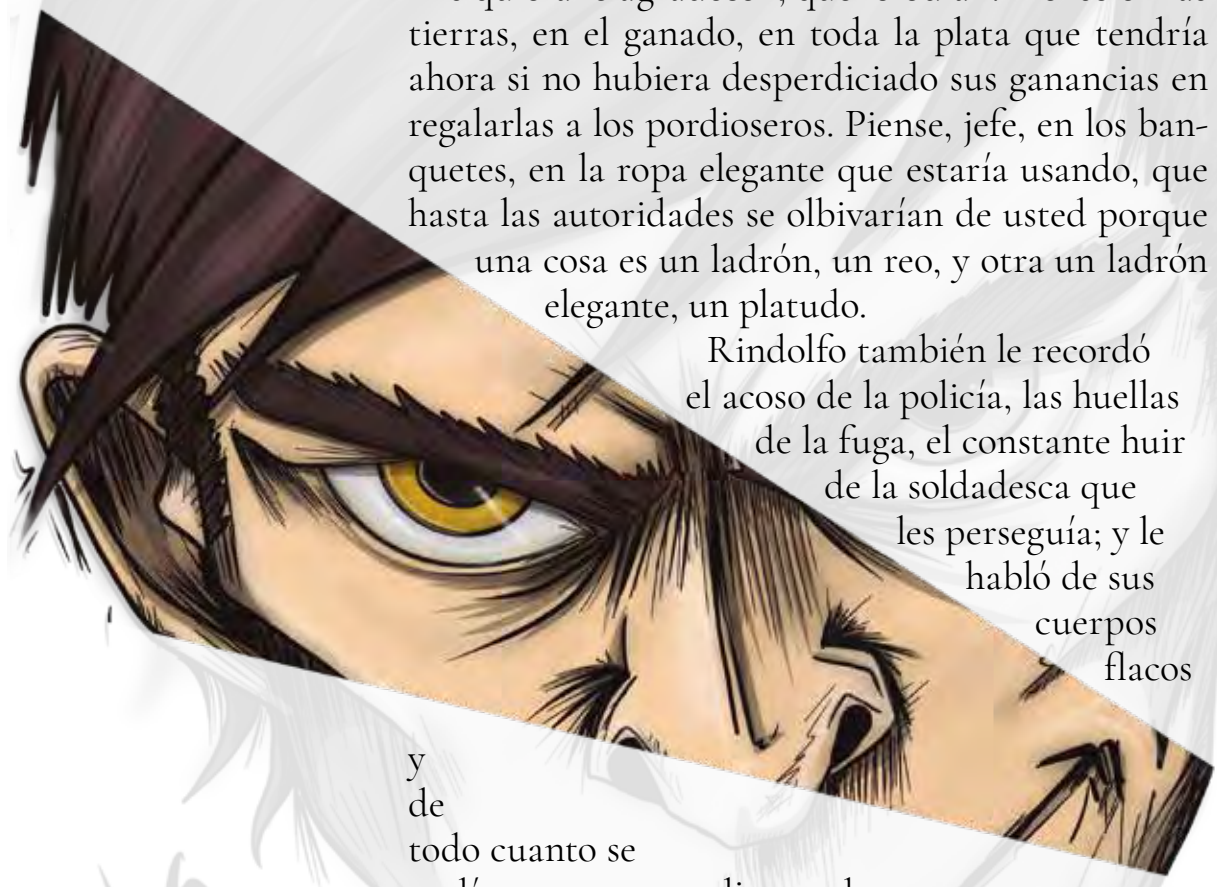


belardo Ochoa, uno de sus hombres, lo presentó una tarde soleada en Pindal: mi hermano, Rindolfo. Él extendió su mano flaca para saludarlo. Naún advirtió el brillo enfermizo de sus ojos, el temblor de espaldas, el sudor de manos de los ambiciosos. Después este hombre le pidió unirse a la banda y él aceptó porque su hermano, Abelardo, era valiente, generoso con su propia vida y con los pobres.

Rindolfo cabalgó con él en esos tiempos malos que se alargaban sin esperanza, cuando los hacendados se hicieron cuidadosos, y ya no guardaban los dineros en sus casas porque los millonarios levantaron los bancos y ahora toda la plata de los pudientes se iba a dormir y a engordar en sus cuevas. Además, trajeron perros extranjeros para que olfatearan los humores y advirtieran a los dueños, con sus ladridos de trueno, sobre los hampones merodeadores. Y las caravanas de arrieros empezaron a cruzar los caminos protegidos por piquetes de guardias, por soldados de caballería. No es que les tuvieran miedo, pero las cosas eran mucho más difíciles o no resultaban, salían mal. Muchos se largaron de la banda diciendo que los buenos tiempos habían terminado, que los ricos se aseguraban demasiado y que el grupo tenía todas las de perder. Entonces Rindolfo se acordó de su ambición y quiso compartirla con Naún.

—Usted se ha quedado sin nada por repartir todo a los muertos de hambre, a los piojosos que

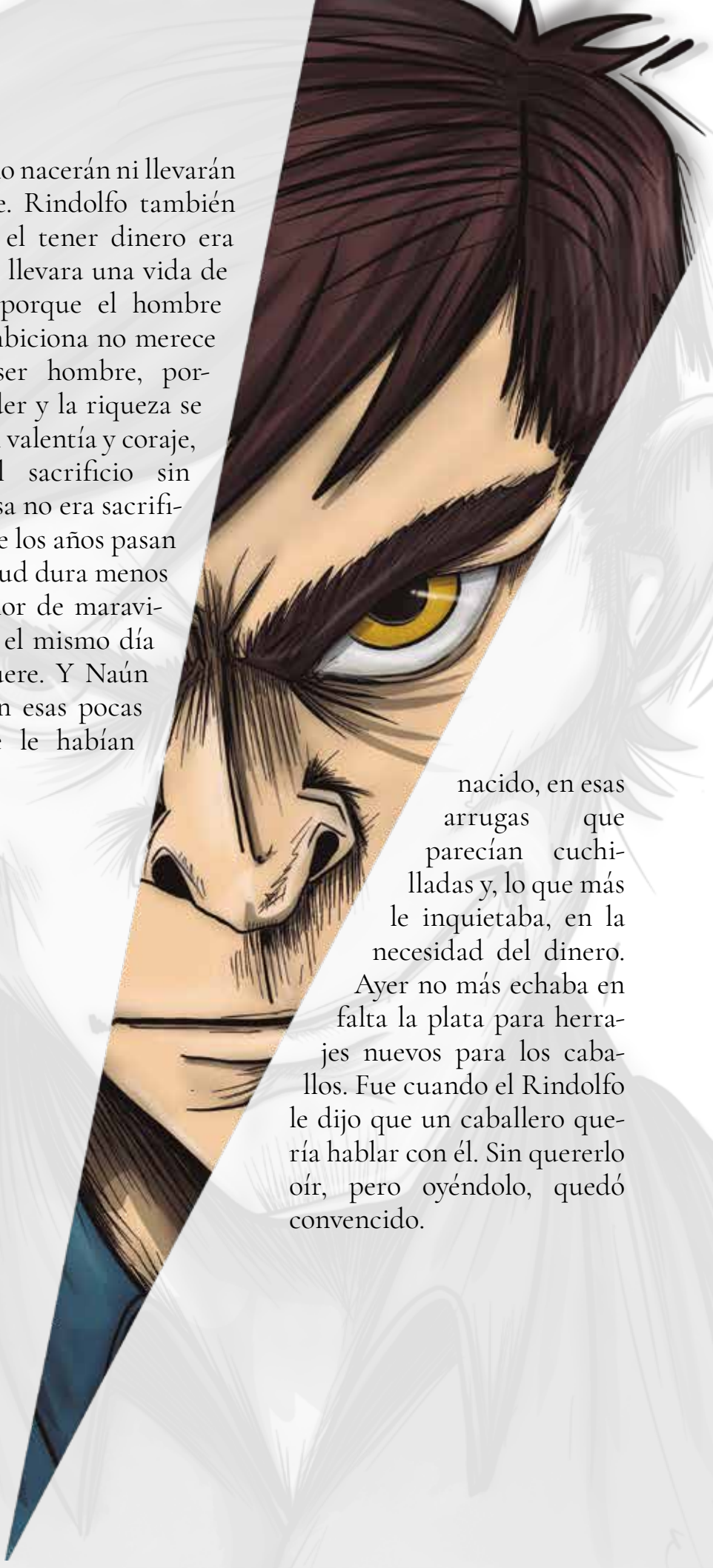
ni siquiera le agradecen, que lo odian. Piense en las tierras, en el ganado, en toda la plata que tendría ahora si no hubiera desperdiciado sus ganancias en regalarlas a los pordioseros. Piense, jefe, en los banquetes, en la ropa elegante que estaría usando, que hasta las autoridades se olbivarían de usted porque una cosa es un ladrón, un reo, y otra un ladrón elegante, un platudo.



Rindolfo también le recordó el acoso de la policía, las huellas de la fuga, el constante huir de la soldadesca que les perseguía; y le habló de sus cuerpos flacos y de todo cuanto se podía comprar con dinero, de lo tranquila que debía ser la riqueza.

Naún recordaba, mientras lo oía, de los años en el Panóptico, del hambre, la mugre, el no poder contra esas murallas, contra los guardias. Y pensó en las historias de bandoleros cazados como fieras allá en el norte, en el lento acabarse del Águila Quiteña, el más elegante ladrón que vio la República, en las muertes feroces de los Quiroz. Pensó en sus vidas que cruzaban vacías, en una casa de paredes blancas que no poseerá, en una mujer que no tendrá, en los

hijos que no nacerán ni llevarán su nombre. Rindolfo también decía que el tener dinero era como si se llevara una vida de repuesto, porque el hombre que no ambiciona no merece vivir ni ser hombre, porque el poder y la riqueza se logran con valentía y coraje, porque el sacrificio sin recompensa no era sacrificio, porque los años pasan y la juventud dura menos que una flor de maravilla que en el mismo día nace y muere. Y Naún pensaba en esas pocas canas que le habían



nacido, en esas arrugas que parecían cuchilladas y, lo que más le inquietaba, en la necesidad del dinero. Ayer no más echaba en falta la plata para herrajes nuevos para los caballos. Fue cuando el Rindolfo le dijo que un caballero quería hablar con él. Sin quererlo oír, pero oyéndolo, quedó convencido.




100
SOLES
995756083
100
SOLES
995756083
100
SOLES
100
SOLES

EL TRATO



aún sabía que era una temeridad estar allí, en el centro mismo de la ciudad de Loja, en la casa de un rico que daba una fiesta a sus amigos: funcionarios con altos cargos, autoridades de la mismísima Intendencia de Policía, militares, algún candidato a asambleísta, todos gente importante que no sabía, que no sospechaba, lo cerca que se hallaba él, bebiendo el mismo vermouth que ellos bebían, escuchando la misma música que ellos bailaban. Admiraba la audacia del dueño de casa por invitarlo justo esa noche, una ocasión como esa, para proponerle un negocio. Preso de la desconfianza, multiplicaba su mirada buscando algunos ojos que lo estuvieran reconociendo o a unos labios que dieran el grito de alarma al verlo. Cauto, sostenía su revólver mientras esculcaba el lugar.

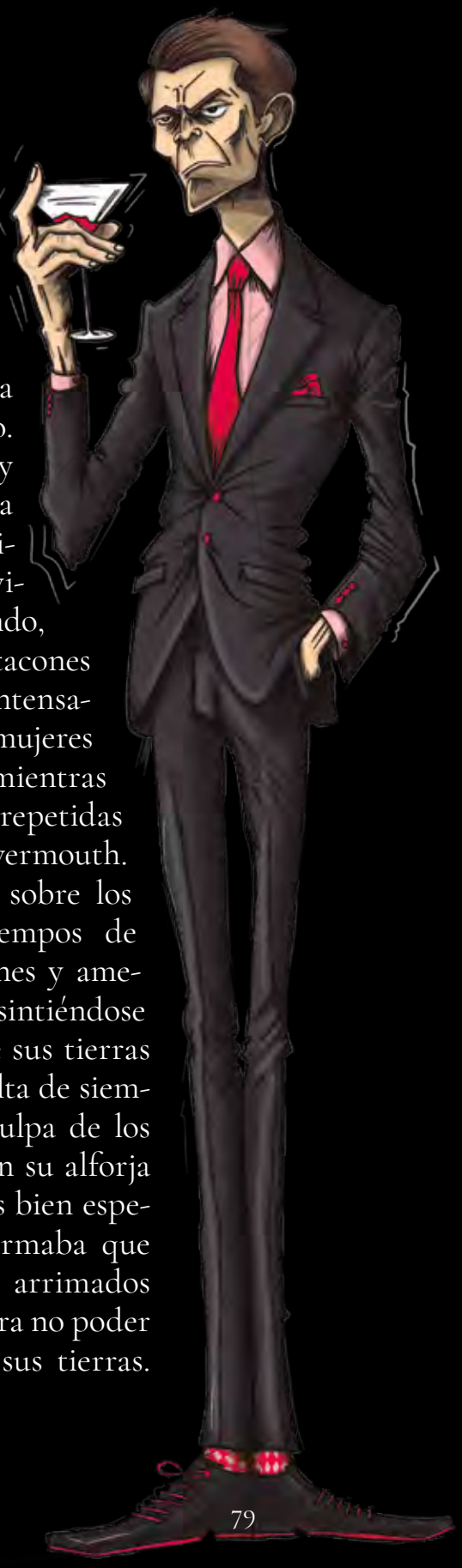
Sintiéndose solo, desentonado del ambiente que olía a lujo, buscó a Rindolfo. Lo halló entre el gentío bullicioso. Lleno de dudas y preguntas: ¿Y si Rindolfo me ha traicionado?, ¿y si todo esto no es un negocio, sino un plan entre él y el dueño de casa para capturarme en lo mejor de la farra?, ¿y si los hombres de la Intendencia saben que estoy aquí?, ¿por qué le habré hecho caso?

—¡No debí hacerle caso al Rindolfo! –pensó molesto y vigilante–. No creo que ese ricacho desee hablar conmigo.

Rindolfo, sonriéndole desde la oscuridad, le extendió el brazo en una corta seña que lo tranquilizó, como diciéndole que siempre respondería

con su vida, tal como se lo había jurado en muchos de los atracos que levantaron y en muchas de las huidas que debieron emprender.

El dueño de casa se había desentendido de él y Rindolfo. Avanzaba despacio, erguido y contento por los corredores de la casa, recibiendo manos extendidas, cruzando palabras con invitados de confianza. Rubicundo, se posesionó en uno de los butacones forrados de raso, sintiendo intensamente los perfumes de las mujeres para contemplar sus talles mientras bailaban. Brindó con alguien repetidas veces, levantando su copa de vermouth. Comentaba con sus invitados sobre los tensos tiempos, sobre los tiempos de entreguerras, sobre las rebeliones y amenazas de cataclismos. Y, como sintiéndose tocado en su llaga, habló sobre sus tierras que se desperdiciaban por la falta de siembra o de cosechas, todo por culpa de los campesinos que se largaban con su alforja y corotos hacia la promesa, más bien espejismo, que era la Costa, y afirmaba que quienes se quedaban eran los arrimados con deudas suficientes como para no poder emigrar o los muy pegados a sus tierras.



Esos indios estaban siendo un problema para ellos, los ricos, por cuanto, en secreto o en público, codiciaban sus tierras, robaban sus reses o se las comían, incluso se habían atrevido a desviar las acequias, quemar los cañaverales, destrozar los cafetales. No faltaron quienes lo invitaron a tomar medidas como boletas de desalojo o contratar carabineros, pero él, enrojecido por la cólera, creía que podría obligarlos a sembrar y cosechar por sus propios medios.

Lo que no les dijo es que la solución que había ideado estaba en su patio. Fue cuando se acordó de Naún, a quien tenía como un pobre diablo, pero con prestigio ganado en nombre de los robos y asaltos. Creía que pronto no sería más que un fastidioso recuerdo o ni siquiera eso, sino tan solo una muestra de lo que pueden hacer la ignorancia y la pobreza. Ahora lo prefería allí, asombrado con los lujos de la casa grande, amistoso, dispuesto a concertar con él un pacto que solucionaría muchos de sus problemas.

Naún, por su lado, aburrido, cansado de aguardar al caballero, en cuclillas para desentumecerse, olía el espeso sabor de las fritadas que emanaba de la cocina, disgustado por su intranquila hambre. Seguía pensando que su hombre podría traicionarlo como Judas a cambio de un poco de plata. Quizás por eso lo trajo con engaños al centro mismo de Loja, donde, en el caso de una embocada, cualquier defensa sería imposible. Entonces volvió a llamar a Rindolfo, a pedirle que no lo deje solo en medio de esa farra de pitucos, elegantes y soberbios. Rindolfo, que parecía no querer moverse de una pared blanqueada a la que se había apegado, caminó encorvado al patio, bajó el ala de su sombrero y lo escuchó decir:

—Debemos irnos inmediatamente.

—¿Irnos ahora cuando he hablado con el dueño de casa? ¡No podemos! ¡Nos va a poner un buen negocio, uno que podría poner fin a estas correrías!, ¿no podría este trato decidir nuestra suerte para los años que nos quedan?

Pero el encuentro que podía aplacarlo se seguía prolongando. Mientras tanto sonaba el fonógrafo y las señoras maduras y señoritas bailaban. Los caballeros invitados formaban grupos que hablaban sobre las próximas elecciones. El dueño de casa, incluso, se atrevió a predecir al presidente y los beneficios que esa elección podría darles. Aunque sus amigos sabían de sus fracasos y sus inútiles ostentos, fingían creerlo por cortesía. En eso, se anunció la comida y todos fueron invitados a comer. Naún y Rindolfo observaban absortos los lujos que decoraban la casa. Igual de absortos vieron el desfile de platos llenos de cuyes, de papas doradas, de lechugas frescas, el negrísimo café y más tarde el vino dulce con el que habrían de brindar los comensales. Acabada la comida, vinieron los apretones de manos. Y los invitados, cautos, pensando cada quien en su cansancio, su digestión, su sueño, se fueron marchando.

El dueño de casa, fumando un cigarrillo, demorando el encuentro lo más que pudo, decidió llamar a cortas señas a los hombres que tanto lo habían esperado en el patio. Temeroso e hipócrita, les sonrío a la fuerza y les habló con diminutivos cariñosos. Le preguntó a Naún si quería servirse de algo, lo que él quisiese.

—Yo no vine a comer, señor –respondió con sequedad, como desquitándose la espera.



—Naún, te necesito.

—¿Para qué puede necesitarme un hombre como usted?

—Antes de nada, debes saber que te hablo de dinero. Pagaré tus servicios tan bien como todo caballero suele pagar. Y, quién sabe, tal vez después podría interceder ante jueces y autoridades para que no te sigan persiguiendo ni ofrezcan recompensas por tu cadáver –afirmó extendiendo cada vez el verdadero motivo del negocio–. Se trata solo de dar escarmiento a unos cuantos vagos, a

unos insolentes que no quieren trabajar ni sembrar mis tierras, que desvían el agua de mis potreros, que se roban mis reses y quieren adueñarse de las parcelas que les di a cambio de trabajo.

En tono burlón, Naún respondió:

—Para eso están la policía y las leyes, el ejército, los jueces, sus amigos. No creo que el dueño de esta casa necesite un ladrón que es tan pobre como los arrimados que viven en sus fincas.

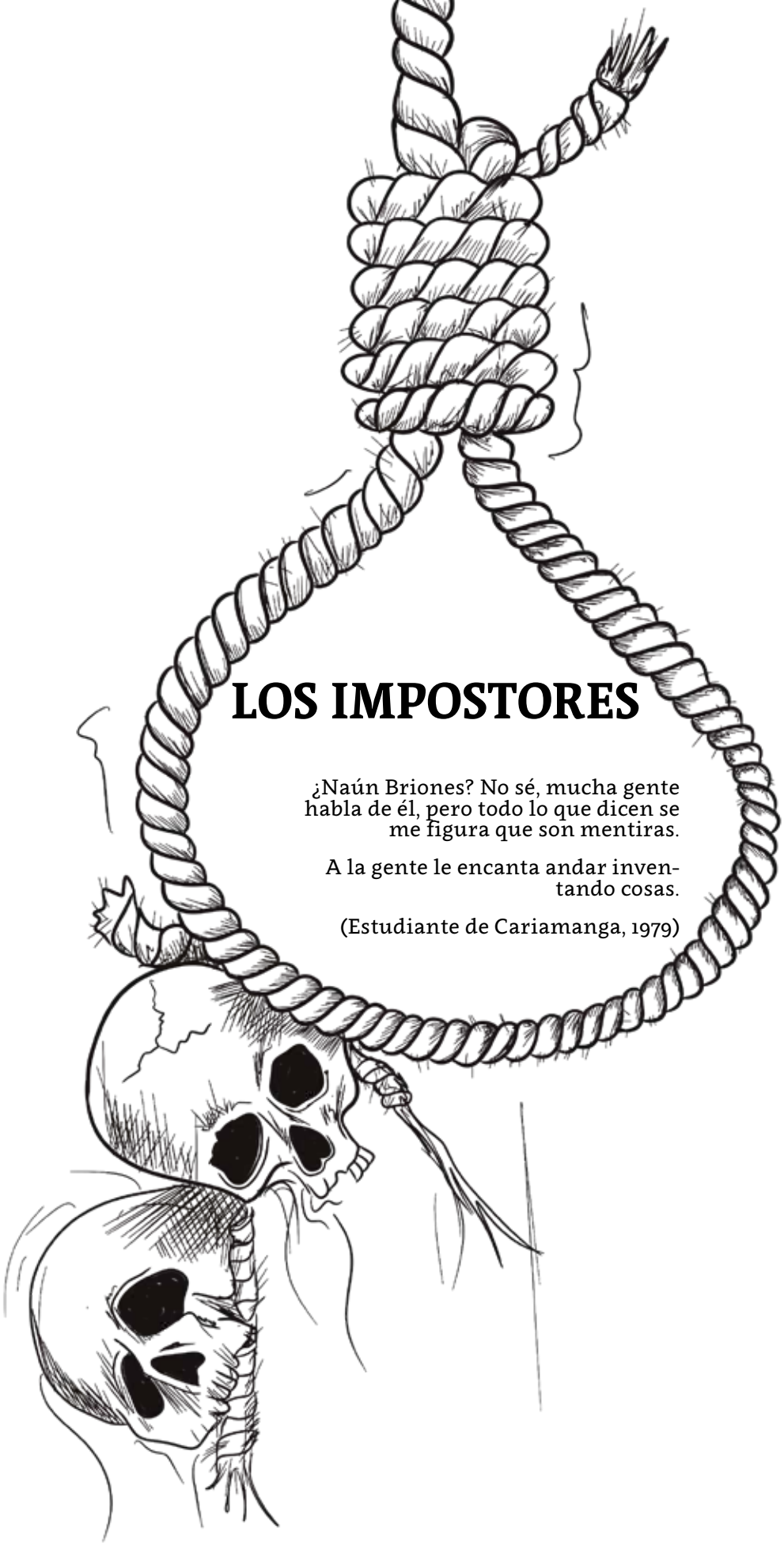
—Con el permiso del caballero, jefe, nos está ofreciendo un buen trabajo, una segura protección, cosa que no debe despreciarse porque la vida es dura, jodida, la fuga no termina nunca, es hora de cambiar – alegó Rindolfo que se decidió a intervenir.

—¿La policía, Naún? –respondió el hacendado, aligerando su preocupación– La policía solo termina por empeorar las cosas, mata a un montón de gente, dispara con escándalo y se lava las manos después. Prefiero tus métodos.

Naún pensaba que no valía la pena aterrorizar a unos infelices arrimados por un poco de plata, por una promesa de perdón que no se cumpliría. Pero también soñaba en una casita, en un suelo sin sobresaltos, en la mujer que no pensara en la muerte al acostarse con él, sabiendo que la vida de uno vale más que las otras porque es única, propia e irrepetible.

—Podemos conversar, pues.

Días después se supo que tres arrimados fueron baleados en una hacienda de Marcavelí. Y muchos dijeron que aquel día el caballo blanco de Naún Briones caracoleó por aquellos cafetales.



LOS IMPOSTORES

¿Naún Briones? No sé, mucha gente habla de él, pero todo lo que dicen se me figura que son mentiras.

A la gente le encanta andar inventando cosas.

(Estudiante de Cariamanga, 1979)



Cuando la fama de Naún se extendió como fuego por el pasto y cuando bastaba con oír su nombre para que se llenaran de miedo los viajeros, comerciantes, peregrinos y hasta los caminantes, empezaron a salir los falsos Naúnes, los aprovechadores de su fama.

Uno de ellos fue un hombre de los lados de la Bendita, cojo, pero ambicioso. Se paraba en los caminos, detenía a los viajeros y les pedía todo lo que tenían bajo la amenaza de llamarse Naún Briones. Los viajeros, asustados, muertos de miedo, le entregaban sin chistar lo que llevaban. El cojo, en poco tiempo, cuando vio que había reunido una gran fortuna, decidió irse al Perú para disfrutar lo vivamente obtenido. Pero este pobre hombre un día se topó con el verdadero Naún, sabedor de su remedo. Fue de noche, mientras el cojo cabalgaba solo como un alma en pena. Se le apareció vestido de blanco y con un sombrero alón para increparlo:

—Apéate, cristiano, que quiero hablar con vos.

El cojo falseador, temblando, presintiendo con quien se había encontrado, le hizo caso al escuchar su risa inconfundible, al ver su caballo, y al ver que lo apuntaba con un arma.

—¡El verdadero, el único Naún Briones, soy

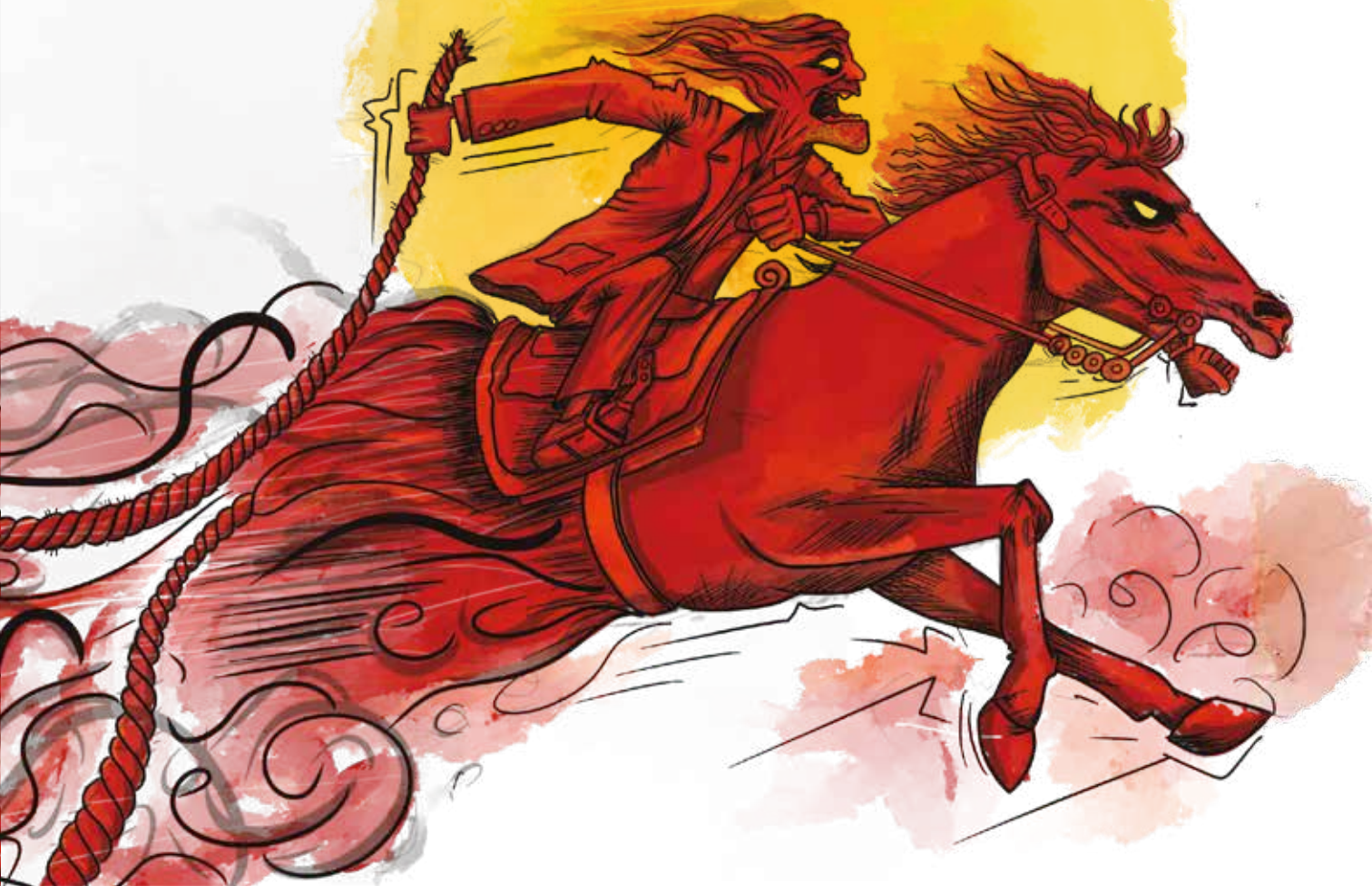
yo! –le gritó mientras le lanzaba el balazo que terminaba la suplantación.

Al poco tiempo apareció un Naún Briones jovencísimo, que mataba y forzaba mujeres por los lados de San Lucas. Para su mala suerte, igual que el cojo, fue atrapado en una batida de los rurales. En el juicio siguió jurando y perjurando que era Naún Briones, pero nadie le creyó. Lo apresaron solo unos meses. Cuando salió y mientras iba a caballo rumbo a su tierra, escuchó sobre la copa de un nogal una carcajada que le puso los pelos de punta: era un hombre bamboleándose en el árbol que le preguntó:

—¿Sois vos el Naún Briones?

—Sí, yo mismo soy y bájate de ahí si no quieres que te mate.

Al oír esa respuesta, el hombre del árbol rio



de forma más estruendosa y arrojó una soga, rápida, que se enroscó en el cogote del muchacho, la apretó al tiempo que se le oía decir:

—¡Naún soy yo, pobrecito!

Al día siguiente hallaron al muchacho ahorcado con la lengua fuera y los ojos blancos, todavía balanceándose en el nogal.

Hubo un Naún rico, de buena familia que, despechado por amores, se hizo bandolero que solo robaba el dinero de los devotos de las iglesias por las noches. Cuando se iba dejaba un papelito que tenía escrito: "Robó Naún Briones, el que no le teme ni al mismo Dios".

Otro falso Naún asaltó el Banco de Loja, a plena luz del día, bajo la amenaza de volarlo con un cartucho de dinamita si no le daban dinero. Como no le dieron, quiso explotar el cartucho, pero no estalló. Casi muere por los golpes que recibió. Hubo otro Naún que solo robaba gallinas y pavos, y otro, al que gustaba robar joyas con que enterraban a los muertos. Y hasta hubo una mujer que decía llamarse Naúna y ser su hermana.

A todos ellos Naún los encontró. Los ató a la cola de su caballo blanco y con ellos cabalgó hacia la frontera por Macará hasta llegar a una cueva cerca de La Tina. Allí los desató, les reprochó la usurpación y los mató. Pero estas muertes no acabaron con los falsos Naúnes. Incluso después de su muerte, todavía existían aquellos que decían llamarse como él: era el eco de su nombre que se negaba a morir.




LLAMADAS
Y VIAJES

Un día, un arriero que venía desde Quito le trajo un estuche largo de cartón con las iniciales de su nombre. Con desconfianza y duda leyó letra por letra. Se encontró con periódicos de la capital que traían impreso su nombre. Informaban sobre sus asaltos y robos, y en un trozo incluso habían puesto una foto suya, lo dibujaban con canas sobre el pecho y con un ojo reventado. Naún comprendió que era famoso, pero con rabia y un poco de pena por la forma en que lo imaginaban.



Eso no era todo el mensaje: entre los pedazos de diario había un papel de carta, con unas letras redondas y bonitas. No era una carta ordinaria de un conocido que le pidiera favores ni la misiva de un cobarde que le pedía perdón. Lo saludaba alguien que lo llamaba "compañero de infortunio", y que decía admirar sus hazañas de leyenda, su valentía. Después, con palabras corteses y elegantes, le pedía que fuera a la capital para encontrarse, que juntos podrían hacer grandes hazañas. Firmaba como El Águila quiteña.

No le fue difícil decidirse a marchar. Pidió a sus hombres, que estaban dispuestos a seguirlo, que no lo hicieran, que pronto se iban a volver a encontrar, que se iba porque quería conocer un poco de este mundo, y que era mejor que por esos lados se olvidaran de ellos. Cinchó su caballo, picó las espuelas y partió. Se marchaba consciente de que todo viaje tenía algo de muerte, entendiendo que sus hombres se separarían apenas ido él, sabiendo que algunos intentarían recuperar sus sueños, que otros buscarían ir por las mujeres coquetas de Zaruma y que otros seguirían asaltando en su nombre, viviendo sin él y por él.

Evitó los pueblos, las haciendas de los valles y las capillas, y se hundió en la oscuridad de las espesas montañas. Evitaba caminos frecuentados por arrieros, prefería el aire que se adelgazaba en las alturas. Se acompañaba del olor de los valles

yungas que siempre volvía para lamerle el cuerpo y enfriarle la sangre. Durmió con frío al pie de Cajanuma, mirando las luces opacas de Saraguro. Luego avanzó hasta la planicie de Cuenca y contempló sus pastizales, sus sauces, el pequeño río, sus mujeres apresuradas tejiendo sombreros de paja, sus mujeres de pollera, a sus hombres emponchados, a los caballeros de botín y bastón, las tiendas donde se vendían pailas de cobre, sogas, velas, sebo, paños, quesadillas.

Mientras cabalgaba hacia los cerros nublados, su caballo hundió sus cascos en el lodazal, se detuvo relinchando, torciendo las orejas, asustado. Escuchó el sonido lejano de un redoblante. Lo tocaba un viejo descalzo, casi enano, que caminaba casi como ciego. Sé, no sé cómo, que él sabe quién soy, se dijo para sí.

El viejo lo atravesó con sus ojos blancos, le dio una sonrisa desdentada, y lo llamó por su primer nombre, como había presentido. El caballo



continuaba inquieto: esquivó la caricia del viejo y, aterrorizado y enloquecido, intentaba huir a la carrera. El viejo parecía una mala visión, un alma en pena que vagaba por los páramos, pero con una sonrisa que no despertaba desconfianza.

—¿Cómo sabes mi nombre? –preguntó Naún admirado.

—Te vi venir, Naún. Yo conozco todos los nombres y todos los caminos. Estoy en todas partes, en el agua, en el aire, en la tierra y hasta en tu corazón. Viví, morí y resucité, pero ahora ando sin tiempo y mi edad es la del propio mundo. Sé también que te están aguardando y querrán matarte para robar tu caballo y tu plata, pero no tengas miedo, diles mi nombre, diles que hablaste con el ciego Jesús –respondió alejándose camino abajo hasta perderse en el ancho de la neblina.

Naún, inquieto, se hundió en la maleza del páramo, cobijado por la espesura de monte. Lejos, más allá del monte, escuchó unos silbidos, sostuvo atento su revólver y multiplicó su atención. De entre el monte, vio un brazo oscuro, con un machete en mano, luego vio a un hombre abandonar la maleza. Observó su cara, ostentando sus cicatrices, sus pantalones negros, remendados y sucios, mostrando odio en sus movimientos. Se quedaron mirando como midiendo cada cual su valentía.

—¿Cómo te llamas? –le preguntó Naún sin dejar de apuntarlo con su arma.

—Soy Quiroz.

Inmediatamente aparecieron en la oscuridad, de entre los matorrales, nueve hombres con ojos salvajes, torvos, amarillentos, con idénticas cicatrices y fachas pobres, no hacían

EL ECO LIBERAL

Llamadas y viajes

más que mirar su revólver. Los fue recorriendo con la vista, presintiendo que alguien, fatalmente, podría soltar su machete sin darle tiempo para asestar sus balazos a todos los diez hombres.

El hombre viejo, de trenza cana, el que parecía dar las órdenes, tomó la palabra:

—Somos los Quiroz. Nada de lo que nos digas nos podrá asustar, aunque dispares todas las balas.

—Pues más vale que se asusten. Déjenme decirles que soy un hombre muy temido en otros lugares, que me he llevado muchas vidas.

Obtuvo como respuesta una carcajada, similar a la risa muda del jefe.

Naún, sabiendo que no podría batirlos a todos, sintiéndose atemorizado y acorralado y en un intento por luchar por su vida, se acordó de Jesús.

—Hablé con el mendigo ciego que se llama Jesús, el que atraviesa los caminos de estos cerros con su redoblante.

Quiroz, al escucharlo, soltó el machete como si estuviera muy pesado.

El Bandido Legendario
Escapa de Nuevo

En un giro inesperado, Naún Briones, conocido como el "Bandido de las Sogas", logró escapar de las autoridades en plena persecución en los desiertos del sur. Testigos aseguran que Briones cabalgaba su famoso caballo blanco, dejando atrás un rastro de polvo y confusión. Su recompensa asciende a 5,000 soles, pero hasta ahora, nadie ha conseguido capturarlo.

Robo a Hacienda
Deja a la Elite en Pánico

La hacienda más grande de la región fue saqueada anoche, y las autoridades atribuyen el golpe a Naún Briones y su pandilla. Entre los artículos robados destacan joyas, monedas de oro y un cuadro valioso de la familia propietaria. En el lugar, dejaron un mensaje burlón: "El rico paga con miedo, el pobre con hambre". Las fuerzas locales aumentan la vigilancia, aunque muchos creen que el bandido ya está lejos.

La Leyenda de las Sogas
Fantasmales Crece

Campesinos aseguran haber visto a Naún Briones cabalgar al anochecer, con sogas que parecían extenderse desde la cola de su caballo hacia la bruma. Los rumores afirman que estas sogas simbolizan las almas de sus enemigos. "Es un mensaje claro", comentó un poblador. Las autoridades insisten en que esto no es más que una táctica de intimidación, pero el mito sigue creciendo.

Llamadas y viajes

Sus ojos comenzaron a relumbrar. Remordiendo su rabia, menos amenazante, aplacado, le dijo:

—¿En verdad has hablado con Jesús? Si mientes, Dios te ha de castigar porque el mendigo ciego que has visto es el mismo Dios que se disfraza así y baja al mundo para conversar con los cristianos pecadores.

—Si no lo hubiese visto, ¿cómo sabría de él?

—Una vez -se decidió a contar- hace varios años, el ciego Jesús me obligó a prometer que no mataría a las personas que hubiesen hablado con él. Bajen sus machetes, que este hombre no se toca.

Naún se vio obligado a confiar, a guardar el revólver, aliviado.

—Debes estar cansado. Vamos a que descanses y comas algo -lo invitó así, intentado borrar su desconfianza- Y no temas, el ciego Jesús nos ha hermanado, porque ambos somos pecadores, ambos matamos para mantenernos vivos sobre el mundo.

Naún llegó junto con los diez hombres a un zócalo de tierra donde se levantaban cuatro empalizadas. En el lugar vagaban gallinas libres entre la chanchera, un desentonado automóvil descapotado, elegante, de faros plateados y altos asientos exhibiendo sus resortes oxidados, y entre un piano de cola, partido en pedazos junto al que jugaban niños contentos vestidos con harapos sucios. También

había botellas vacías, piezas de reloj, restos de encajes, sombreros chamuscados, lienzos quemados. En el interior del recinto, convivían ponchos de lana, frazadas, cuyes, machetes, restos de comida putrefacta, escopetas y hasta el nicho de un santo. Todas esas cosas eran producto de los robos que cometían los Quiroz. Naún contempló el lugar con repulsión. Creyó que no era sitio digno para el ser humano. Después de ese descanso, Naún se quedó solo nuevamente en el borde del camino enlodado. Apresuradamente, descendió sobre el mar de trigales que cercan a Cañar.



Atravesó el pueblo sin detenerse, siempre hacia el norte, dejando atrás sus altas cercas de barrio antiguo, sus entristecidas casitas largas y blancas, la fría neblina. Bebía el agua de vertientes espumosas. Ofendido por lo interminable del viaje, avanzando por la inmensidad encadenada de la cordillera, añoraba la cama, la voz del amigo, el clima menos frío.

Al atardecer llegó a Alausí. Allí detuvo su caballo para admirar la lentitud del viejo tren que avanzaba sobre los rieles, ciego, lanzando sus humaredas como un fumador sin esperanzas, con los vagones llenos de plátanos y harinas, lámparas de querosene y con hombres acurrucados sobre el piso, rendidos de cansancio. Los miró recibiendo el saludo de unas manos ilusionadas que los esperaban en el andén de la estación al son de la música de bienvenida. Él estaba solo. Nadie lo esperaba.

LOS QUIROZ



Y aún viajaba con el recuerdo de la curiosa vida de la familia Quiroz. De ellos supo, por las palabras deformes y expresiones quichuas del viejo, que desde hace años venían robando a las caravanas que ascendían desde la Costa por Huigra o la Quebrada Honda, y que por esa fama de ladrones eran conocidos por los lugareños. El precio que había pagado por vivir al límite fue alto: tres de sus hijos fueron asesinados por los guardias y el vivir acosados por la amenaza del pueblo de Cañar que había jurado exterminarlos.



El viejo le contó que se metió a ladrón recordando los castigos a los que fue sometido por los hacendados: le repasó los golpes recibidos por la pérdida de la vacona o las porciones de trigo, los azotes por la gallina robada, a lo que sumó el recuerdo de cuando fue vendido entre hacendados como si fuese un animal. A los 17 años huyó y fue a parar con una banda de cuatreros que robaban por Ingapirca. Exterminada la banda, él pudo sobrevivir, herido, yéndose al cerro que es solo niebla, se



llevó en su huida a una pastora de catorce años que habría de darle muchos hijos. Cuando nació el tercero, inició sus asaltos armado con un machete. Sus hijos lo imitaron. El mayor, a los 12 años, ya sabía el oficio de bandolero. Así, él, Manuel Crisóstomo Quiroz, se fue volviendo el terror de la zona desde las laderas de Mosquera hasta el nudo del Azuay.

El viejo rescató dos episodios de su vida dedicada a la muerte. El primero fue aquella tarde de granizo, sombría, cuando vio en el camino a un viejo que ascendía tocando un redoblante. Oculto entre las ramas lo dejó acercarse, le salió al paso y le mostró su machete pulido y filoso. Asombrado y temeroso vio sus ojos blancos y ciegos, en su frente la marca de las espinas, y en sus manos la cicatriz de los clavos. El viejo le tocó el hombro, le dijo su nombre y le dio el suyo: "Soy Jesús, el que murió y resucitó". Lo llevó a su guarida, lo abrigó con leña, le dio de beber y sacrificó una gallina para alimentarlo. Allí fue cuando le prometió que nunca mataría a quienes habían hablado con él. El viejo se fue pronto, pero volvía luego de semanas, meses o años. Se marchaba recordándoles que él vino por los asesinos, los prófugos, por los que no sabían lo que hacen.

El otro recuerdo lo llevó a la vez en que por toda la región circuló un papel en el que pedían a los Quiroz que, en el plazo de tres días se presentasen a las autoridades de Cañar y que, de no hacerlo, serían exterminados. Ni por un momento pensaron

presentarse. Decidieron sacrificar todo su ganado, enterró los baúles de oro y joyas, hasta el automóvil. Taquearon de pólvora sus carabinas, afilaron sus machetes y ocultaron a sus hijos en montes densos. Pasado el plazo, llegó la soldadesca. Los Quiroz se escondieron enterrados hasta la barbilla en el lodazal espeso, con escopetas y machetes cerca de sus manos. Cuatro días después, la tropa que hurgó y acribilló por todo lado, dejó de buscarlos para cumplir la orden de bajar a la Costa y matar a sangre fría a unos trabajadores que andaban asustando a los señores elegantes, por allá un 22 de noviembre. Ellos volvieron a su guarida y la encontraron en escombros. Encontraron solo a tres niños vivos, los demás habían muerto asfixiados por las mordazas y ametralladoras de los soldados.

En ese entonces supo que el mantenerse vivos era la mayor riqueza, la mayor prenda que los hombres pueden tener. Pero, volviéndose viejo, llegó a entender que su vida era triste y fatigada. Cansado, agotado, ahora desea, secretamente, que el próximo viajero desprevenido lo mate y así la muerte lo retire para impedirle más muertes, porque él vive para matar, para destruir todas las obras ambiciosas de las personas, los lujos de los ricos sin alma. Naún comprendió, en ese momento, que se había dejado salpicar del odio fervoroso de Quiroz y entendió que destruyendo las cosas no se gana nada, que la culpa no la tienen las cosas, sino las personas que abusan de ellas.


EL ÁGUILA



Desde el momento en que se bajó del tren, se sintió como oprimido por la sucia tristeza de la capital. Se puso a preguntar indistintamente acerca de un hombre al que apodaban El Águila. Todos le respondieron vagamente, evitaban contestarle, se limitaban a concentrarse en sus pantalones rugosos, en su sombrero viejo y en su barba de tantos días. Notando su acento forastero, le daban las espaldas o lo miraban con una preocupación irresistible. Y él, exponiéndose a ser atropellado por el tranvía o un auto, empujado por transeúntes apurados, seguía preguntando por ese hombre en plazas repletas de toldos, en parques, en calles empinadas, en casas con faroles que empezó a creer que jamás lo hallarían. Se sentía como extraviado o borracho entre las viejas de negro que iban rezando a sus misas, entre esos hombres de trajes oscuros y sobrios que subían en fila, lúgubres los escalones de mármol de sólidos edificios, entre barrenderos de calles, vendedores de helados y aguas frescas, entre mujeres polveadas que ocultaban en sus gorritos sus peinados cortos.

Alguien, uno de esos que en San Francisco aguardan, vergonzantes, las ollas humeantes para menesterosos que los frailes repartían entre menudos tumultos, le dijo que podía encontrar al Águila, si se apuraba, en una peluquería, a dos cuadras de ahí. Y él, casi a la carrera, atravesó la calle, iba

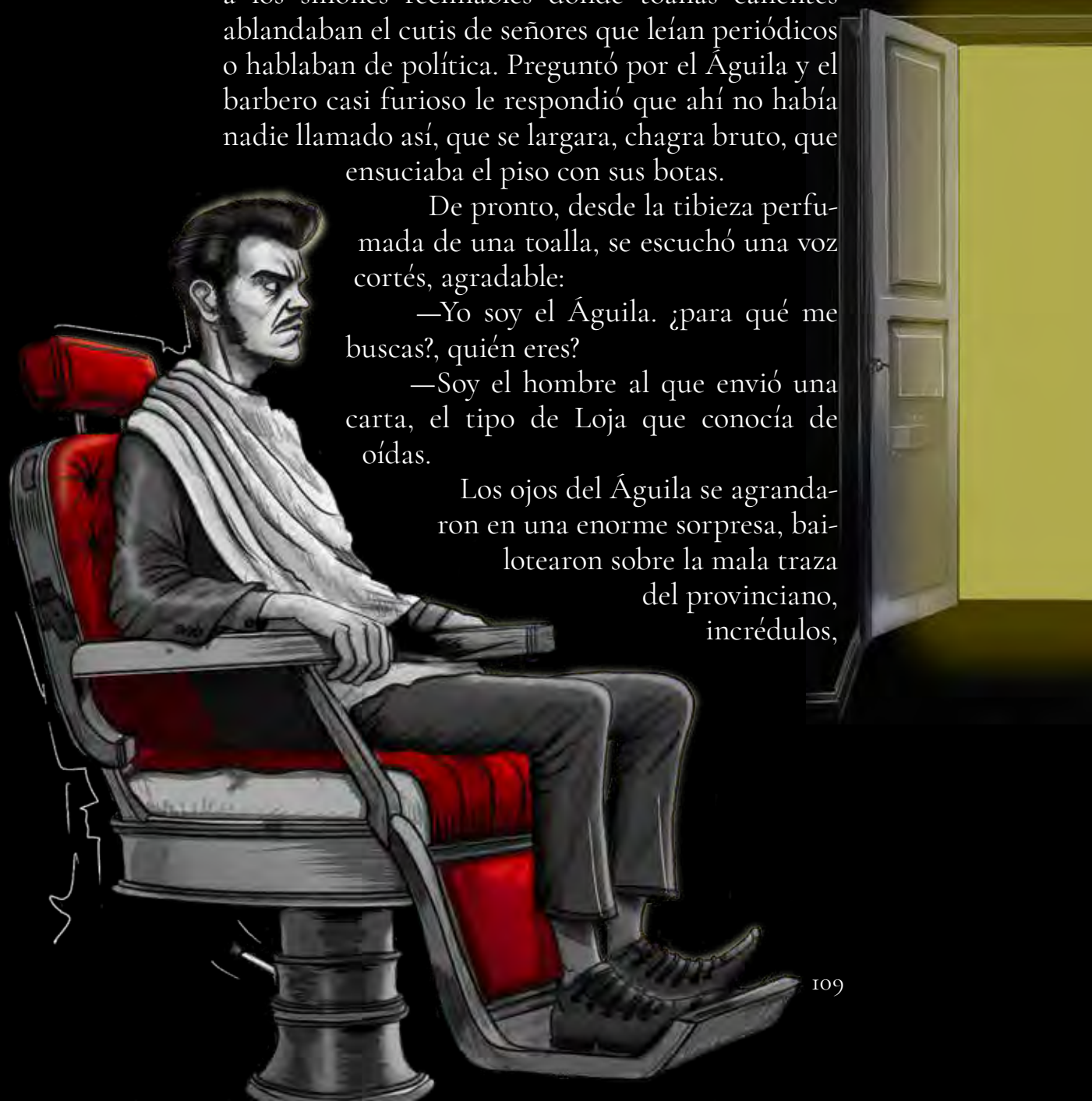
leyendo trabajosamente cada letrero hasta mirar el anuncio que ostentaba una gran navaja de madera. Abrió la pequeña puerta del establecimiento. Un hombre de delantal blanco lo miró escandalizado por la intrusión de esas botas sucias, de esos sobacos sudados y ropas mugrientas que se plantó junto a los sillones reclinables donde toallas calientes ablandaban el cutis de señores que leían periódicos o hablaban de política. Preguntó por el Águila y el barbero casi furioso le respondió que ahí no había nadie llamado así, que se largara, chagra bruto, que ensuciaba el piso con sus botas.

De pronto, desde la tibieza perfumada de una toalla, se escuchó una voz cortés, agradable:

—Yo soy el Águila. ¿para qué me buscas?, quién eres?

—Soy el hombre al que envió una carta, el tipo de Loja que conocía de oídas.

Los ojos del Águila se agrandaron en una enorme sorpresa, bailotearon sobre la mala traza del provinciano, incrédulos,



admirándose, juzgando su leva, su rostro cuadrado. Creyéndole, apartó con un manotazo las toallas calientes de su rostro, sin mirarse al espejo, y se incorporó, haciendo gala de su cuidadosa elegancia que contrastaba con los desaliñados andrajos del forastero. Naún no le rehuyó la mirada, se vio en el fondo acuoso de aquellos pequeños ojos oscuros que lo contemplaban sin preocuparse en la extrañeza de los peluqueros. Siguió el apretón instantáneo y frágil de los brazos de los hombres.

—Has venido, amigo –dijo el Águila con voz afectuosa.

Naún sintió una simple gratitud por aquel hombre que lo estaba salvando de la soledad íntegra y el desprecio distante de aquella ciudad incomprensible. Un poco avergonzado, se dejó llevar por esos frágiles brazos. El Águila ordenó a los sorprendidos y molestos barberos una afeitada a su amigo, que duró casi una eternidad hasta afeitar esa sucia barba de quince días que aún conservaba el polvo de los caminos de media República.

Cuando salieron de la peluquería le ofreció unos cigarrillos largos, mientras averiguaba por sus hazañas transformadas en leyendas, demostrándole admiración y respeto. Naún, venciendo su timidez rural, le habló de su caballo blanco vendido en Sibambe antes de tomar el tren para la capital, también habló de sus cómplices, tan ardidos como él por las injusticias y miserias comunes. El Águila le ofreció como una retribución su historia. Le contó su origen menesteroso, el dolor de

la pobreza, de su padre zapatero, de sus primeros hurtos, de su adolescencia hampona y mujeriega, de esas manos suyas que, casi por sí solas, se introducían en los bolsillos, las carteras y los chalecos para extraer billetes con esa cautela aprendida entre el temor, la necesidad y la astucia humana.

Ambos hombres, sorprendidos por la lluvia, fueron hacia un salón en el que los comensales eran elegantes y distinguidos señores que volvieron sin disimulo las cabezas para mirarle la facha. Él molesto, se sentía espiado por tantos ojos que repetían el escándalo de los peluqueros. Fueron a beber aquella cerveza extranjera, un poco tibia y amarga.

—Quédate en la capital, juntos podríamos hacer tantas cosas en un lugar donde los ricos abundan y los lujos embellecen la existencia.

—Ni pensarlo, solo estoy de paso por Quito, vine a visitarte.

Un raudo automóvil negro los llevó de allí. Naún vio a través de los cristales lavados por la lluvia sólidas columnas de templo, cruces de piedra antiguas, casas descascaradas, cipreses y monumentos, casas nuevas, hasta el terreno baldío bordeado de eucaliptos donde el automóvil de detuvo. Llegaron a una casita coqueta con cuatro grandes estrellas rojas pintadas en un letrero. En la sala de recibo diminuta, recién frotado el piso, fue recibido por las risas provocativas de unas mujeres con los cuerpos opulentos y entallados por vestidos casi transparentes.

—Todo esto es mío: la carne, las cortinas, la vitrola, el bar, la pianola, los cuartitos aseados del fondo, las butacas, los grandes focos.

Naún tuvo el atrevimiento infantil de desabrocharse el saco y exhibir su revólver y el grueso cinturón con balas. Las mujeres, al verlo, se llevaron los dedos a las bocas, abrieron los ojos con temor, y salieron en tropel, medrosas y chillonas hacia el patio. El Águila estuvo celebrando divertido, largo rato, la ocurrencia, y le propuso cautela porque nunca se sabe con quienes lidian las mujeres, un agente de policía, inspector o juez penal. Después de servirle un ron, lo llevó a un cuarto del piso de arriba, donde le ofreció prendas convenientes. Naún imaginaba cómo se reirían sus hombres al verlo en las fachas: camisa de cuello duro, postizo, una corbata atrozmente opresiva, un pantalón dentro del cual parecía próximo a reventar, disfrazado como para una fiesta de inocentes, igual que un año viejo de los que queman en Celica o Catacocha. El Águila le contó más tarde que escribió aquella carta, casi imposible, sin dirección ni destino porque no estaba seguro de que en realidad él pudiera existir. Los periódicos daban tantas versiones contradictorias, lo describían como insurrecto o salteador. No parecía real. No podía imaginar siquiera que pudiera existir una persona capaz de despojar a alguien para entregarlo a los menesterosos. Él no, él robaba billeteras, trampeaba en juegos, falsificaba marcas de

licores, buscando todo para sí. Él, que no tuvo nada, ahora poseía casi todo.

—Y tú, ¡qué tienes? ¿solo una condena larga esperándote en cualquier cárcel?, ¿un nombre temido, odiado solamente?, ¿un par de botas viejas?, ¿un revólver?, ¿un caballo?, ¿unos cómplices ignorantes que te traicionarán por unos sucres?, ¿dónde está el monto de plata que dicen que has robado?, ¿qué has hecho de la plata que robaste, Naún?

—No era mi plata –contestó sin arrogancias, como intimidado– era la plata de los que se dejan robar por la buena educación, el disimulo y las leyes de los que todo tienen. Es la triste y sucia plata que necesitan los que no tienen nada para seguir vivos. Y yo no quiero ser rico, igual a los que despojo, no podría, no sería yo. Robo porque no aguanto que unos tengan todo de sobra mientras a otros ni la estrecha existencia que tienen les alcanza.

El Águila respondió con una sonrisa, con sus puños golpeando las rodillas, acentuando la risa, como si fuera un chiste.

—Nadie tendrá un corazón más grande que el tuyo, Naún.

Entonces golpearon la puerta de la recámara y entró una sirvienta para ofrecerles té en tacitas de porcelana. Él retiró la taza humeante y se lo bebió de golpe, bruscamente, sin modales, tosiendo sofocado.

—Nunca vas a aprender estas cosas –le dijo en

tono comprensivo, sabiéndolo distinto, sin querer reprocharle nada, bebiendo a finos sorbos, despacio, degustando su té verde y costoso.

Cuando anocheció, el Águila lo llevó a un salón amplio, de paredes renegridas y con un olor estancado de frituras donde comieron y brindaron con aguardiente puro por el encuentro, por la amistad de dos seres que peleaban, cada cual a su manera contra las desgracias que les dio el mundo. Los acompañaba Potolo con su guitarra,



entonando a todo pulmón los más nostálgicos recovecos del pasillo. Naún tenía los ojos llenos de lágrimas, entristecido por el alcohol y la música, y el Águila disimulaba sus lágrimas. Acabada la música, el Águila, cabeceando, levantó su copa y brindó por Naún, le rogó que nunca cambiara hasta el día de su muerte, hasta el polvo y la ceniza. Abandonaron el salón tambaleándose, abrazados, hermanados, de vuelta a la casa de las cuatro estrellas rojas.




LA DESGRACIA



nte una mesa tapizada de verde, Naún observa la extraña facilidad con que se gana el dinero cuando las cartas llevan marcas secretas, cuando los puños de las camisas ocultan aquel full o aquella ronda. Esta vez, el Águila, que jugaba una partida, hacía resplandecer sus reyes barbudos sobre el centro mismo de la mesa, ante la boca abierta del gordo de gafas en la dolorosa sorpresa del perdedor. Desde su sitio irrelevante mira el truco, observa con atención también a las mujeres de trajes entallados, a los hombres que las manosean bajo la discreción de los focos rojos, a los meseros que suspenden algún chorro de licor sobre las copas. Se siente extraño, sin poder adaptarse a ese ambiente que lo está rodeando.

De pronto, todo se altera, se escucha el estrépito de la mesa de juego tumbada con violencia y furia por el gordo de gafas, que se sabe trampeado. Las mujeres han ido levantándose de sus sillas y se



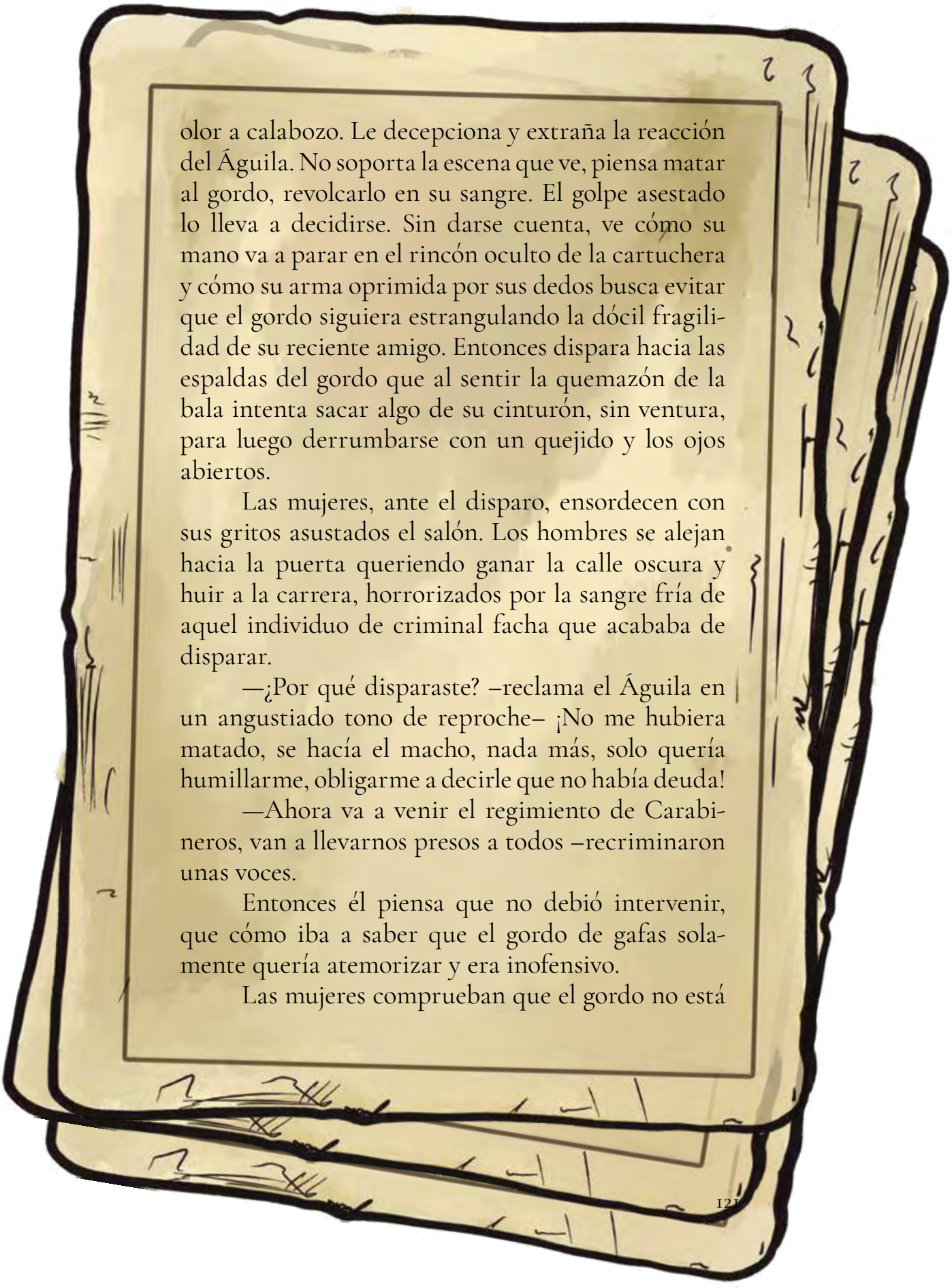

K
K

congregan, temerosas, cuchicheando entre sí tras los pilares. Ahora, con furor encendido, el gordo avanza para tironear las solapas del Águila, abofetear sus mejillas y gritarle que no va a pagarle nada, ni un centavo, que le hicieron trampa, que es un ladrón, que va a llevar a todos a la Comisaría y que es muy amigo del Comisario. El Águila, sin mirarlo, restriega con sus manos bien cuidadas las mejillas todavía adoloridas por los bofetones. Luego, sus labios delgados, medrosos, se mueven para lanzar un par de disculpas, para decir que no hubo trampas. Pero el gordo no entiende razones y devuelve esas palabras con más bofetadas. El Águila, sobándose las mejillas, insiste solo para recibir un golpe de puño instantáneo y recio.

—¡Te voy a matar, ratero infeliz! –gritaba el gordo llevando sus manos al cuello de su contrincante.

Naún piensa, inmóvil, sin acertar a intervenir, que el gordo habla bien serio que, cómo no lo advirtió antes, traía una facha neta de agente: gafas verdes que le ocultaban la mirada, terno café, el casi intangible





olor a calabozo. Le decepciona y extraña la reacción del Águila. No soporta la escena que ve, piensa matar al gordo, revolcarlo en su sangre. El golpe asestado lo lleva a decidirse. Sin darse cuenta, ve cómo su mano va a parar en el rincón oculto de la cartuchera y cómo su arma oprimida por sus dedos busca evitar que el gordo siguiera estrangulando la dócil fragilidad de su reciente amigo. Entonces dispara hacia las espaldas del gordo que al sentir la quemazón de la bala intenta sacar algo de su cinturón, sin ventura, para luego derrumbarse con un quejido y los ojos abiertos.

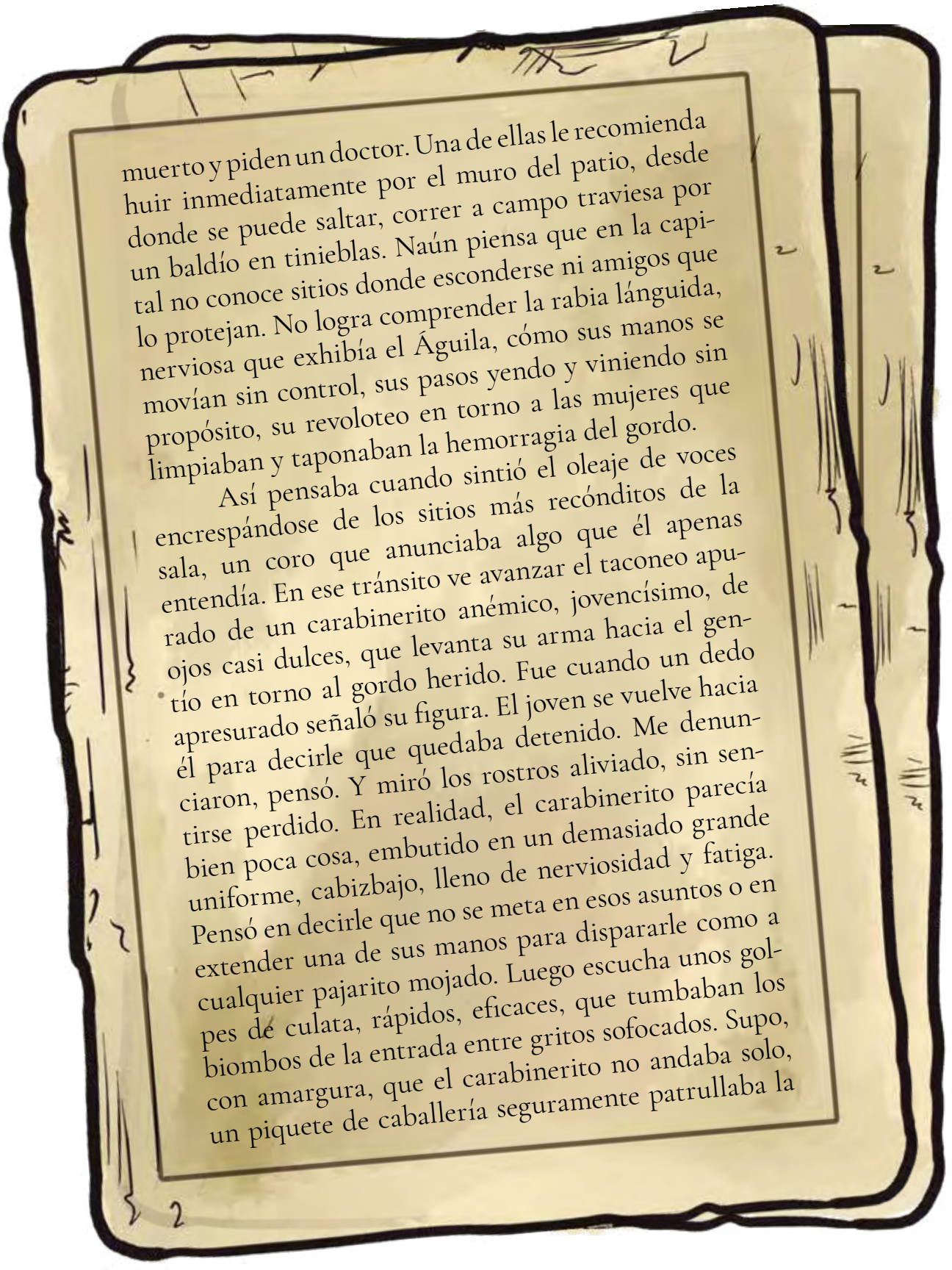
Las mujeres, ante el disparo, ensordecen con sus gritos asustados el salón. Los hombres se alejan hacia la puerta queriendo ganar la calle oscura y huir a la carrera, horrorizados por la sangre fría de aquel individuo de criminal facha que acababa de disparar.

—¿Por qué disparaste? –reclama el Águila en un angustiado tono de reproche– ¡No me hubiera matado, se hacía el macho, nada más, solo quería humillarme, obligarme a decirle que no había deuda!

—Ahora va a venir el regimiento de Carabineros, van a llevarnos presos a todos –recriminaron unas voces.

Entonces él piensa que no debió intervenir, que cómo iba a saber que el gordo de gafas solamente quería atemorizar y era inofensivo.

Las mujeres comprueban que el gordo no está



muerto y piden un doctor. Una de ellas le recomienda huir inmediatamente por el muro del patio, desde donde se puede saltar, correr a campo traviesa por un baldío en tinieblas. Naún piensa que en la capital no conoce sitios donde esconderse ni amigos que lo protejan. No logra comprender la rabia lánguida, nerviosa que exhibía el Águila, cómo sus manos se movían sin control, sus pasos yendo y viniendo sin propósito, su revoloteo en torno a las mujeres que limpiaban y taponaban la hemorragia del gordo.

Así pensaba cuando sintió el oleaje de voces encrespándose de los sitios más recónditos de la sala, un coro que anunciaba algo que él apenas entendía. En ese tránsito ve avanzar el taconeo apurado de un carabinerito anémico, jovencísimo, de ojos casi dulces, que levanta su arma hacia el gentío en torno al gordo herido. Fue cuando un dedo apresurado señaló su figura. El joven se vuelve hacia él para decirle que quedaba detenido. Me denunciaron, pensó. Y miró los rostros aliviado, sin sentirse perdido. En realidad, el carabinerito parecía bien poca cosa, embutido en un demasiado grande uniforme, cabizbajo, lleno de nerviosidad y fatiga. Pensó en decirle que no se meta en esos asuntos o en extender una de sus manos para dispararle como a cualquier pajarito mojado. Luego escucha unos golpes de culata, rápidos, eficaces, que tumbaban los biombos de la entrada entre gritos sofocados. Supo, con amargura, que el carabinerito no andaba solo, un piquete de caballería seguramente patrullaba la

zona. Los mira entrar encorvados por el peso de sus fusiles, empujando a la gente que espiaba por entre los corredores. Se abalanzan sobre él que ahora tenía los brazos inermes, vencidamente inútiles. Cuando sintió sobre la nuca el preciso primer golpe de culata escuchó una clara voz que gritaba que él era un ladrón, un asesino, que él era Naún Briones.

No puede pensar bien, con claridad, todavía le duelen los golpes que estrellaron su cabeza, aún le tiemblan las mandíbulas, y sobre los ojos hay dos nubes pesadas que le impiden mirar bien. Está ahora en un sitio distinto, con una mano que le tironea el pelo, le sacude la cabeza y le pregunta si de verdad él era quien decían que es. Intentando tomar conciencia, vio sobre unas bancas estropeadas a otros hombres que le sonreían con solidaridad y se llevaban al pecho las manos, atadas como él las tenía ahora, con la ropa estropeada, sucia, y los ojos enrojecidos, llenos de cansancio y miedo. Increpado nuevamente respondió que sí, que él era Naún Briones, viendo con sobresalto que al pronunciarlo no producía ningún temor.



EL PANÓPTICO





En la cárcel no es bueno pensar en el tiempo que pasa: dura mucho más, se alarga como una soga invisible y poderosa. Así piensa sintiendo la dureza de su barba de seis meses que le abriga tanto las mejillas cuando el frío nocturno surge en su celda. Le avanza el tiempo para contemplar sus paredes que odia tanto, que le parecen tontas y tan inútiles, esas paredes que detienen el vaho de tantos gritos sofocantes, de tantos lloriqueos silenciosos y absurdos, el rastro de innumerables golpes de puño. Afuera, los pasos largos de la guardia resuenan aburridos sobre el corredor, se detienen unos segundos, giran, vuelven a cruzar la celda, doblan la esquina, se pierden. Ahora él busca un piojo glotón y trasnochado entre los pliegues de la camisa, cree que sería mejor dejarlo con vida, pero no, lo reventó blando entre los dedos, sintiendo su sangre, solo para quedar más intranquilo y furioso consigo mismo y con todo: la ventana estrecha alta, cuadrante, los barrotes gruesos de las ventanas, las pisadas del guardia, la tos tuberculosa que se descarga desde la celda contigua, los muros altísimos de afuera. Y piensa que mañana volverá a ver esa cara del tísico, cenicienta, arrugada, marchita, lavándose con una energía prepotente en el grifo del patio, diciendo con cruel optimismo a los demás reclusos, con su habla costeña, un día menos, amigos.

Una mañana, sin dar crédito, vio llegar al panóptico al mismo José Espíritu, el Quiroz joven que quiso matarlo. Cuatro guardias lo introducían

a empellones, arrastrándolo sobre el patio de los peligrosos asesinos, los reclusos con las camisas blancas abiertas que retenían las barajas entre los dedos para mirar con atención a ese indio extraño y malherido que aguantaba los culatazos y puntapiés sin abrir la boca, orgulloso y sombrío. El Quiroz lo miró con esas pupilas frías, inaccesibles, únicamente a él entre todos los asesinos resignados y curiosos que lo miraban llegar y recibir los golpes sin quejarse. Sin importarle lo que los demás reclusos comentaran, agarró la lata de sardinas que servía para beber agua en el patio y la llenó en el chorrito menudo y anémico del grifo, la puso en los labios resecos del nuevo preso preguntándose por dentro cómo lo hirieron tan malamente, cómo lo cazaron,



con cuántos cañonazos quebraron su valentía. Los guardias de uniformes azules, los mismos que cada noche le quitan el sueño inútil, le gritan que se retire de aquel indio salvaje, reo de mil muertes. Y él, obligatoriamente distante, indignado, miraba cómo los guardias pisoteaban la pierna extendida e infecta del indio y cómo deseaban llevarlo, inútilmente, porque él ahora parece pesar quinientos quintales. El cabo de guardia tomó una cadena y lo trincó en el patio donde debía soportar las lluvias y los soles que al cielo le den la gana. Se fue advirtiendo:

—¡Que nadie lo alimente, para que ese indio aprenda, se amanse, se arrepienta o se muera!

Otro día el panóptico recibió a un nuevo visitante. Llegó a media mañana de sol, un agotado y vencido sol que se atrevió a brillar entre las nubes del invierno. Naún pensó que ese alto señor de boina y pantalones oscuros, casimir de leva y mirada que atravesaba las cosas, parecía ser una autoridad, de aquellas que entre compasiones y promesas llegan de año en año para quitarles un día de condena. Pero no, tenía unas manos demasiado grandes y poderosas para ser autoridad. Y pensó también que las autoridades no se pondrían nunca de esas boinas tan raras sobre la cabeza ni calzarían esos blancos y alegres zapatos costeños. El hombre de boina se adelantaba a los guardias que lo acompañaban, caminando solo por los corredores repletos de asesinos. Tenía algo diferente en la mirada: una lentitud atenta para observar las fisonomías, como si una fiebre menuda le latiera en las pupilas, como si lo devorara un ansia por absorberlo todo con solo la fuerza de sus ojos. No era la simple curiosidad de los ocasionales visitantes, ni la piadosa mirada

de las hermanas de la Caridad, tampoco la profesional dulzura de los abogados. Eran unos ojos sin fondo, sin prisa, sin nostalgia, unos ojos atrevidos y suaves que se detenían en cualquier boca torcida, en cualquier ceño, en cualquier actitud. Tipo raro, pensó él.

Lo vio acomodar unos travesaños de madera manchados por gotas de pintura, los plantó sobre la tierra húmeda del patio, sobre los que puso luego un pedazo de tela ceniciento y liso.

—Este es uno de esos que pintan –dijo el costeño tísico–. Naún, querrá ponernos para siempre en un cuadro.

—¿Y a qué viene eso?, ¿a qué viene eso si solo se pintan las flores y las muchachas hermosas o a los caballeros ricos que no quieren morir?, ¿qué va a hacer con nuestras caras largas y angurrientas y malas, con nuestras ropas sucias y remendadas?, ¿cómo va a colorear nuestra tristeza?, ¿qué va a



hacer con nuestras almas en su cuadro?, ¿cómo habrá de manchar la tela con nuestros pecados?, ¿vendría a burlarse de nosotros?, ¿usaría nuestras poses como burla para los guardias?

Naún volvió a ver a Quiroz. No podía seguir así, tendido sobre el patio, encadenado como un oso de circo, herido, recibiendo los escupitajos y burlas de los reclusos. Se va a morir tonta y orgullosamente, pensaba. Por eso, ese día, a la hora del almuerzo guardó en su bolsillo un pan largo, duro y desabrido que recibió. Cuando los guardias se reunieron para conversar y fumar se lo dio al disimulo advirtiéndole que no fuera tonto como para morirse por su propia voluntad, que viviera, carajo, que la vida, aunque penable, siempre era amable.

—No quiero nada, ni tu comida, tu compasión ni tus palabras —le dijo Quiroz levantando un poco la cabeza.

—Come, recibe el pan, y cuéntame cómo te apresaron. Escucha, sigue vivo, tal vez un día de estos podremos largarnos matando a los guardias y saltando los muros.

—¡Quién sabe! –y soltó una sonrisa de pena recogiendo el pan.

Los asesinos gordos apostaron una botella que Quiroz se iba a morir. Naún aceptó

la apuesta, sabiendo de sus migas de pan y sus bocados de agua furtivos.

Una mañana vio a Quiroz de pie, caminando por el patio, arrastrando las cadenas como un alma en pena, cojo, maltrecho, con un fulgor y dignidad inolvidable en los ojos, una dignidad que solo los indios podían mostrar. Pensó que siempre se termina eligiendo la vida, aunque imposible y solitaria, aunque dura y terrible. Ganó la apuesta, y esa noche bebió en su celda amargado, nostálgico, hablando solo, insultando en voz alta, entristecido por las agobiadas letras de pasillos, recordando cosas, sucesos, valentías, temporadas de sol, noches tranquilas. Pensaba que el aguardiente solo sirve al pobre para aclarar los recuerdos desleídos, para aumentar las penas que andan como piojitos dentro del pecho. ¡Lástima no tener una guitarra, lástima no tener quien me escriba una carta con unas letras feas para decirme que me esperan, que me piensan todos los días, que se acuerdan de mí, que me quieren de vuelta!

Una mañana, el hombre de la boina, sin prisa ni reloj pide al guardia una lavacara llena de agua. Mira a los reclusos, distanciándose unos pasos del lienzo y justificándose ante esos cuerpos flacos, enfermos,



sucios, dijo un poco avergonzado:

—Sé pintar un poco.

—¿Qué pinta usted? –inquirió el costeño tísico con cinismo y tristeza.

—No debe saber pintar bien todavía, seguro, andará por cárceles, barrios pobres, campos y hospitales buscando algo para pintar, algo verdadero que se prenda a sus cuadros para no soltarlos –insinuó Naún.

Nunca será famoso, pensó compadecido mirándole las manos. Será pobre, ningún caballero le ha de llamar para pedirle que le pinte un retrato o los sauces de su hacienda.

—Yo solo pinto gente –les explicó tranquilo, con una humildad serena– Gente que existe, que no le quiere nadie. Y pinto manos, manos grandes y verdaderas de los hombres.

Los reclusos se miraron entre sí, un poco defraudados. Naún volvió a pensar que el hombre de la boina estaría burlándose de todos en una forma cruel y minuciosa.

El pintor había elegido pintar el rostro de Cantos: nariz quebrada, boca grande y amargada, camisa sucia sin botones.

—No me he peinado este día –susurró Cantos, amable y vergonzoso, pasándose los dedos por el desorden negro de su pelo.

—Mejor está así, solo en las fotografías de los parques se requieren personas bien peinadas –asestó a responder el pintor.

Y el lápiz, como con vida propia, revoloteó sobre el lienzo empeñándose en trazar la silueta de Cantos, quien, halagado, se dejaba envidiar por todos, sintiéndose importante, mostrando sus harapos con un orgullo jamás imaginado, dejándose mirar tranquilo y complaciente. Naún pensó que sería otro cuadro inútil que iría a cubrirse de polillas y a descascararse entre las sombras y las telarañas. Nadie comprará el retrato de un reo, asustaría a los niños, a los invitados, secaría las flores de la sala. Pero cuando miró el lienzo entre los primeros embates del atardecer, vio que no era la figura de Cantos la que se perfilaba, era, más bien, el reflejo de un algún dolor abotagado, el rostro de una intranquilidad. Cuando la sirena lanzó su grito, el pintor lavó sus pinceles diciéndole a Cantos que volvería.

—¿Cómo se llama? –preguntó el reo.

—Me llamo Diógenes y mi vida es pintar.

No necesitó interrogar demasiado: Quiroz dejó salir sus palabras sin esfuerzo. Le contó que todo comenzó con una simple reunión de autoridades, hacendados, pobladores, en algún caserón de Cañar, donde se encontraba doña Florencia, la más perjudicada de los asaltos de los Quiroz. Discutieron con vozarrones altisonantes y enérgicos exigiendo remedios. La gente decía que el cantón no prosperaba, que el Gobierno nunca abriría el camino prometido mientras los Quiroz se mantuvieran en los cerros dispuestos a cortarle la cabeza a cualquier viajero, que las cosechas se pudrían o



eran incendiadas por los bandidos, que el circo no plantó su carpa para que unos indios ignorantes, crueles, supersticiosos no les despanzurraran los animales. Razonaron que si tenían a los hombres más valientes de la República por qué no exterminaban a la pandilla salvaje que les desprestigiaba. Pidieron que el ejército planeara un ataque sorpresivo y mortífero sobre las guaridas mismas de los Quiroz.

Ellos, desde sus chozas en las alturas nubladas, no sabían cómo estaban los ánimos en todos los barrios de Cañar, que las mujeres rezaban novenas rogando su exterminio, que los hombres desempolvaban sus máusers clandestinos y afinaban su puntería, tampoco supieron de los preparativos de tres batallones de línea del viejo cuartel de Cuenca para la ofensiva. Un día, escucharon los tamborileros del redoblante del viejo Jesús y lo vieron ascender y cruzar la travesía lodosa de Inganilla con una tristeza nunca vista. Luego llegó el griterío y los disparos, ellos empuñaron los machetes, taquearon con pólvora y munición las viejas escopetas, prendieron fuego a las guaridas, sacrificaron a los animales, esparcieron las joyas entre los matorrales, despedazaron el automóvil, la lástima les impidió degollar a los niños que no tenían edad, estatura ni fuerzas para empuñar el machete o lanzar una pedrada.

Contó cómo los pobladores de Cañar supieron de táctica, de fuegos cruzados, de emboscadas,



sobre caballos, artillería, ametralladoras, y cómo las granadas despedazaron cuerpos sin considerar edad, estatura, ni fuerza. Ellos no podían rendirse ni pedir clemencia, ni los otros se conmovieron ante un par de manos que les rogaban la vida, ni ante unos pobres ojos de súplica que no querían morir. Así lo entendió el Quiroz padre cuando cargó su escopeta con el último puñado de pólvora y lo lanzó a la hilera de soldados y como aquella sola ráfaga corta casi le partía en dos el cuerpo ante los ojos atentos de los soldados.

Después de ese derrumbe sanguinario todo fue más fácil para los soldados. Los hombres de caballería desbocaron sus bestias sobre Quiroz padre y los pobladores avanzaron, llenos de odio vengativo sobre ellos. Contó que no acertaron a levantar un machete, que no supieron cómo apretar el gatillo, después de que el padre, el jefe sombrío, era solo un despojo sin forma, sangrante y sobrecogedor. Las mujeres tuvieron una rápida y piadosa muerte: solo un par de disparos las abatió y luego el golpe preciso les impidió una agonía prolongada. El único en batirse con furia fue Manuel Antonio, el mayor de los hermanos: multiplicó su fuerza y su destreza, rebanó limpiamente un par de brazos de soldados, antes de que el disparo elegante de un oficial le vaciara completamente el ojo derecho para revolverle los sesos y esparcirlos por el boquerón. No supo cómo murieron los demás

porque dos soldados pequeños le dispararon y él no pudo recordar más porque unos dolores húmedos y calientes le hicieron tambalearse, caer y olvidarlo todo en algo como un sueño pacífico que le fue atando los párpados, borrándole los dolores poco a poco de una tranquila manera.

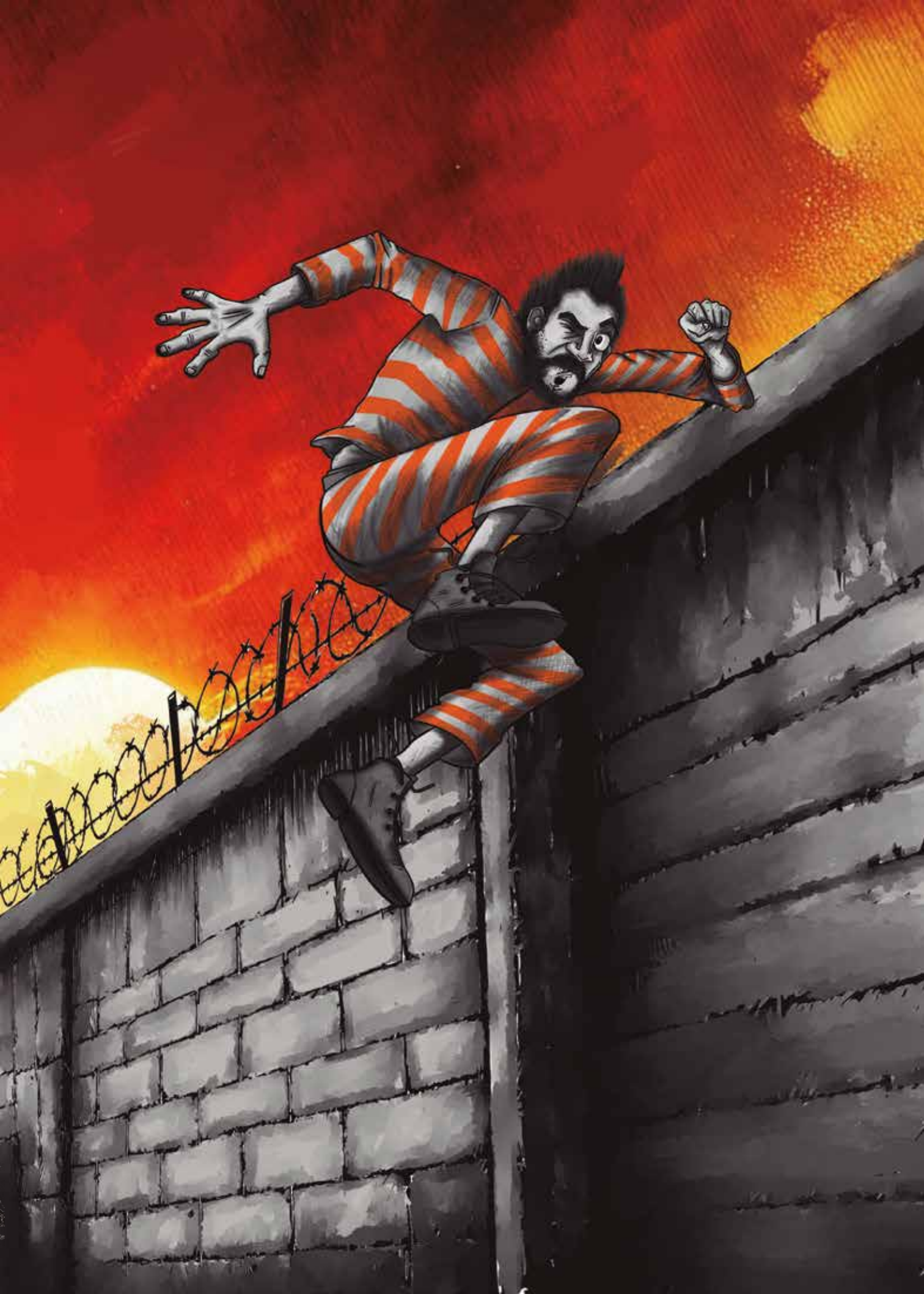


QUEBRANTOS Y MUERTES

Las calles de Quito amanecieron con el silencio de los cadáveres amontonados, yertos, incomprensibles, que nadie recogía, mientras los zumbidos distantes de las últimas cargas de artillería se elevaban quejándose hacia el cielo.

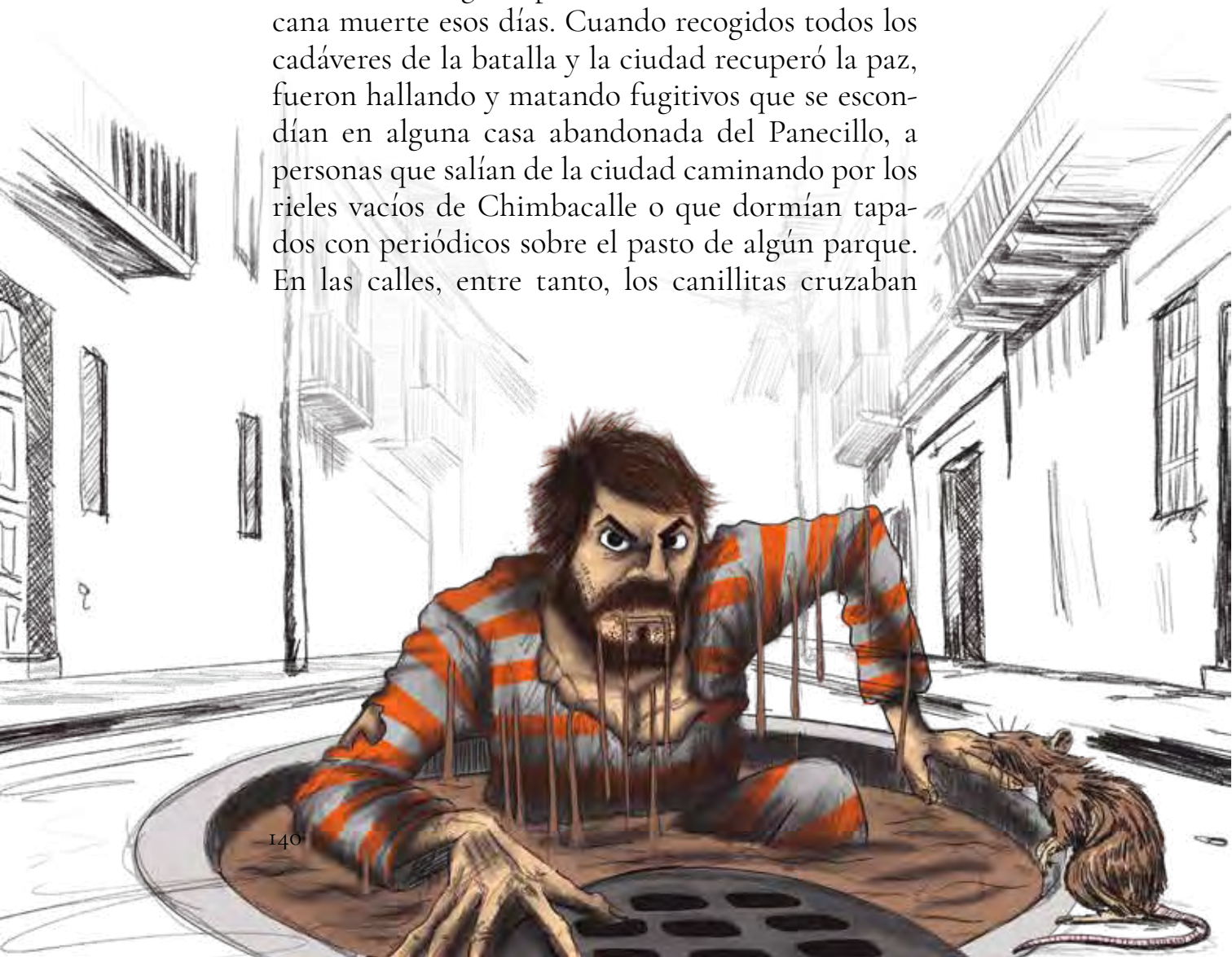
Naún pensaba en las caras —si es que aún viven— de sus hombres, el Jimbilico, el Chiquito, Alfonso el Cojo, ¡cómo recibirán la noticia de que yo, a la cabeza de una cincuentena de reclusos, trepé los muros del panóptico y fugué cuando el ejército se despedazaba en las calles, cómo lo celebrarán, cómo se contará la noticia, que él solo, con la presión vengativa de sus brazos estranguló a dos guardias y solo con la fuerza de su valentía saltó los quince metros del muro del Penal hacia afuera, hacia la libertad, y cayó sin que ninguno de sus huesos sufriera daño, mientras detrás iban saltando uno a uno, desesperados por su libertad, con la dicha tan cerca, los cincuenta reclusos que prefirieron seguir su ejemplo, ser como él, entregarlo todo a costa de esa oscura sensación que llaman libertad. Y me admirarán muchísimo más, decía, cuando sepan que veintisiete se quedaron allí, con las piernas rotas, las costillas en escombros, los cráneos hundidos, más culpables y criminales que antes. El orgullo será mayor cuando sepan que de aquellos veintitrés prófugos que sobrevivieron, muchos desperdiciaron sus vidas en muertes fortuitas, al





cruzar la calle o desaparecieron cuando los cañones esfumaron barrios enteros llevándose consigo incluso a los niños desnutridos que soñarían en crecer y vestirse como aquellos militares elegantes que fueron a matarlos. Solo a él, a Naún, no pudieron matar.

Los guardias, pálidos y rabiosos, remataron a cuantos pudieron con una puntería fácil. Y a lo largo de aquellos cuatro días tenebrosos buscaron en las casitas bajas de La Tola, en las provisorias y oscuras casas de Itchimbía, en la quebrada cercana, en los matorrales, en los tapiales de tierra, en todos los lugares posibles donde se vivió la cercana muerte esos días. Cuando recogidos todos los cadáveres de la batalla y la ciudad recuperó la paz, fueron hallando y matando fugitivos que se escondían en alguna casa abandonada del Panecillo, a personas que salían de la ciudad caminando por los rieles vacíos de Chimbacalle o que dormían tapados con periódicos sobre el pasto de algún parque. En las calles, entre tanto, los canillitas cruzaban



pregonando a gritos su fuga. Como era de esperar, su prestigio y sus correrías se transformaban en noticias, generaban reseñas, titulares, mentiras, evocaciones que lo equiparaban con la encarnación más pura del mal, el más torvo asesino.

Naún logró sobrevivir sin armas, sin amigos, con hambre, con miedo, con paciencia, gracias a la cautela de la simple voluntad. Se mantuvo gateando por basureros y cloacas, encharcado en mierda, mirando la luz desde los túneles fétidos, resucitando solo por instantes en la superficie de las calles bajo la consigna de que para salvar la vida vale la pena enmierdarse un poco. Para comer hurgaba en los basureros buscando un pedazo duro de pan. No lo hallaron en las cantinas de ladrones y malvivientes, en ninguna fritadería para pobres, no lo hallaron en ninguna parte porque él no estaba en ningún sitio. Hasta allá, en un sueño de cansancio, fue el ciego Jesús. Le llamó con sus dedos largo, sucios, huesudos, y lo condujo hacia un olor de madreselva para que respire con fuerza, con amor por la vida.

Despertó tranquilo, salió del albañal con cansancio, sin miedo, con un hambre casi alegre, aspirando un olor a madreselva, a hierba tierna. Después todo le fue más fácil: cambió la cadenita de plata que pudo conservar por pantalones usados y una leva de casimir barato. También vendió su anillo de oro con sus iniciales grabadas en las casetas de usureros de la Quebrada de Jerusalén. El agua helada del baño público de San Roque le limpió la suciedad, la comida del Salón Imperial calmó su voracidad,





el hotel Viajero le dio el sueño largo y la navaja del barbero le ayudó a reconocer sus mejillas. Se paseó en los tranvías del centro junto a señores de bastón y bigote engomado que leían el periódico sobre los reclusos acribillados, esos falseadores, timadores, violadores de niñas, cuyos nombres inundaban los titulares. Pero los señores elegantes nunca leyeron su nombre, tampoco lo sintieron junto a ellos en el tranvía aspirando el mismo olor que ellos. Así vivió varios días, sin sueño, con el colchón duro y lleno de pulgas, escuchando las campanas roncas de San Francisco, de la catedral, de Santo Domingo, el ruido de los barrenderos, limpiando su leva con la mano ensalivada, tomando café, escuchando al hombre flaco que congregaba a vendedores y jubilados con sus discursos sobre política.

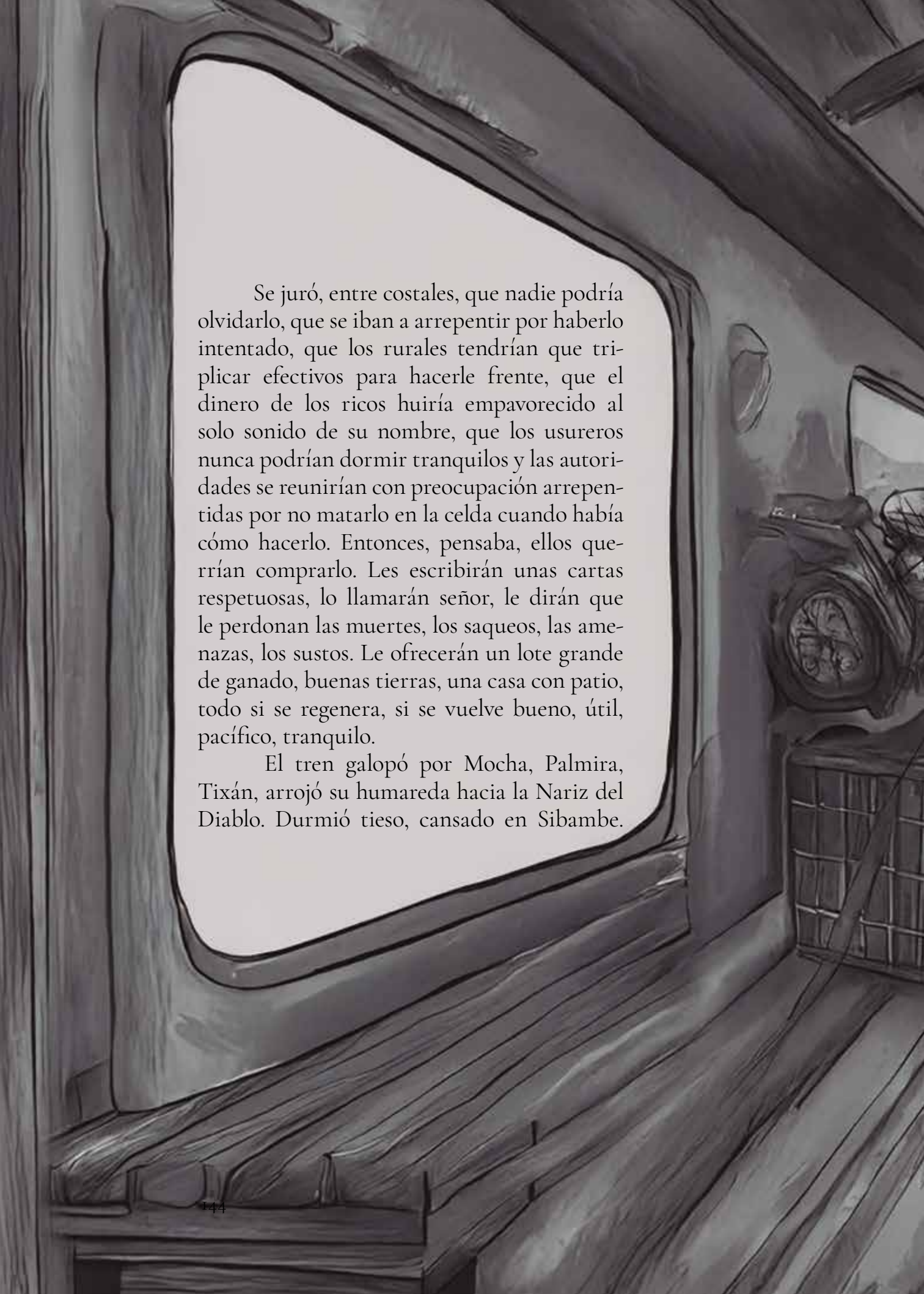
Naún llegó a creer que nunca volvería a ser él mismo, que ni en Cangonamá, su tierra, sería reconocido, que los rurales ya no le gritarían "alto", que ninguna bala lo perseguiría, que ningún hacendado ofrecería dinero a quien lo capturara. Esa sensación era para él peor que si le hubieran herido de bala y rematado a bayonetazos en el panóptico, y peor que si se hubiera ahogado en los mierderos de las alcantarillas porque ya no tendría nombre ni pasado y solo sería una sombra caminando sobre el frío de la plaza de San Francisco, entre picantería baratas, sería un forastero común, un chagra sin empleo ni suerte en la capital, un lojano que una vez huyó de su tierra asolada por la sequía, las injusticias, el hambre,



valdría mucho menos que los cuatreros manabitas y sería nadie en comparación con el último Quiroz que se tambaleó largo rato, con ferocidad difusa, grotescamente malherido. Naún no quería ser nadie, que lo olvidaran robándole el prestigio para esconderlo en los archivos.

No aguantó ni él ni la plata, así que se decidió a volver, ser de nuevo y para siempre Naún Briones. Compró un pasaje en ferrocarril que salía para el sur a las tres de la madrugada en la estación de Chimbacalle. Partió junto con indios de ponchos rojos y sucios, con sombreros de lana, entre el olor a choclos tiernos y a fritada. El tren silbó, se sacudió sobre los rieles y cruzó la estación adelantándose a su propio humo. Y él, pasajero común, sin nombre, viajó sobre costales de sal, en un vagón de tercera, entre gallinas y campesinos, mercachifles viajeros, mujeres de la vida. Pensaba que viajar contra kilómetros era como irse, poco a poco, apropiando de su nombre entero, de su voluminosa fama que lo aguardaba allá, paciente, en el último y olvidado sur de la República. Legaría envejecido, desarmado, solo, con una voluntad terca por delante, para buscar a su gente y saber si se mantenían vivos, si no lo habían olvidado, si también ellos no han terminado por creer que es una pura leyenda, una mentira para asustar a los niños malcriados, un cuco que vaga de imaginación en imaginación. Solo luego podrá recomponer esa vida que le queda y que ahora está vacía, sin brillo, sin hazañas, sin muertes ni osadías.





Se juró, entre costales, que nadie podría olvidarlo, que se iban a arrepentir por haberlo intentado, que los rurales tendrían que triplicar efectivos para hacerle frente, que el dinero de los ricos huiría empavorecido al solo sonido de su nombre, que los usureros nunca podrían dormir tranquilos y las autoridades se reunirían con preocupación arrepentidas por no matarlo en la celda cuando había cómo hacerlo. Entonces, pensaba, ellos querrían comprarlo. Les escribirán unas cartas respetuosas, lo llamarán señor, le dirán que le perdonan las muertes, los saqueos, las amenazas, los sustos. Le ofrecerán un lote grande de ganado, buenas tierras, una casa con patio, todo si se regenera, si se vuelve bueno, útil, pacífico, tranquilo.

El tren galopó por Mocha, Palmira, Tixán, arrojó su humareda hacia la Nariz del Diablo. Durmió tieso, cansado en Sibambe.




APOYOS Y
REBELIONES



l apearse de su cabalgadura, Víctor Pardo encontró ánimos para, sobándose las nalgas adoloridas, corretear renqueando con felicidad y victoria sobre los resecos plantíos de yuca hasta los troncos, y de ahí hasta los cuarenta y seis hombres que mostraban sus machetes, chuzos o aciales enrollados. Naún, sin apearse, vio cómo Pardo se acercaba a esa hilera de hombres flacos y llenos de orgullo que miraban con extrañeza al ciudadano de chaleco. No pudo oír qué les decía a esos hombres, pero sabía que, seguramente, les diría frases bonitas por lo raras, respetadas por lo cultas. Los llamaría amigos, ya estamos aquí, la partida de Naún Briones, venimos de bien lejos a respaldarlos, traemos fusiles Mannlincher y las cartucheras apretadas de balas. Les traemos comida, aguacates, miel, bocadillos, panes, porque supimos que se estaban muriendo de hambre, hermanos. ¡Están en su derecho, nadie los puede echar de aquí, ni el mismo presidente de la República! Ustedes han sembrado esta tierra, han trabajado estos yucales, el maíz, el ají, y el café. Han levantado la casa grande, como la habrá querido aquel dueño que ustedes no conocen, ese patrón tan invisible en sus tierras como Dios en el cielo, que ahora andará por las Europas con la plata del café que ustedes sembraron. Los cuarenta y seis hombres sin atenderle, lo confundían por su ropa con los doctores y alguaciles que abrían su boca para decirles que de una vez se larguen, que esas tierras no eran suyas ni lo serán nunca, que son peones y no saben de leyes, que se creen fuertes y son cobardes.

Naún llamó con un silbido largo a su gente. Rindolfo se adelantó a los demás para decirle lo de siempre: que no debieron hacerle caso al loco ese de Pardo, que esos peones deben arreglarse solos, que nos larguemos de aquí, que no nos metiéramos a bienhechores, que estos piojosos son unos malagradecidos y ociosos, que Pardo se quede con ellos, con sus discursos. Luego llegaron los tres Paucar, Feliciano, Ludeña y Padilla, todos ellos querían marcharse.

—Nadie se va a ir de aquí. No es cosa de ponerse flojos porque unos pobres arrimados no quieren dejar que las autoridades les pisen el cogote. ¡Qué mierda, yo doy las órdenes! –gritó Naún. Luego, dirigiéndose a Rindolfo, recordó– ¿Cuántas veces unos peones como estos nos ayudaron a fugar cuando los rurales nos pisaban los talones?

Naún desmontó y avanzó hacia los troncos donde los peones. Ellos sabían quién era él, por qué montaba ese alazán blanco, por qué los miraba



con una sonrisa apretada y altiva, por qué caminada hacia ellos. Nadie tenía miedo. Ahora esos ojos, que lo miraban atentos y con envidia respetuosa, con rabia, valentía, esperanza, queja o simple necesidad. Cuenta los machetes, dieciocho, ve a otro joven que sostiene un hacha, y a otro que levanta con orgullo una antigua escopeta. Sabe que tendrán hambre, así que retira de sus hombros las alforjas de colores y las deja caer al suelo llenas de chirimoyas, aguacates, dulces batidos, brevas y guayabas:

—Para ustedes... para ustedes.

Sobre la tierra se escucharon los pasos descalzos y resueltos de un viejo delgado que se adelantó al resto, hosco, lleno de incredulidad para preguntarle, sin bajar la vista ni temerle, por qué estaban allí si nada de valor iban a encontrar ni en sus cuerpos ni en sus chozas. Naún, sonriendo, le tendió amistoso una mano que se queda en el aire vacía y defraudada:

—No he venido para robarles ni para hacerles ningún daño. Solo quiero ayudarlos porque el mayor Deifilio viene con su tropa y sus machetes estropeados, no van a poder con él cuando les lance la primera carga de caballería que les hará rodar sobre la tierra sin darles siquiera tiempo a mover sus inútiles armas. Traemos fusiles, buena puntería, revólveres, balas, comida y, sobre todo, experiencia. Porque soy Naún Briones y ayudo a los necesitados, a los que nada tienen o todo lo han perdido.

—No deben temer, somos sus amigos, hemos de morir por ustedes si es necesario –continuó Pardo.

—¿No es acaso usted el mismo bandido que en Marcavelí, pagado por un propietario, mató a dos peones que no quisieron sembrar? –interrogó, de pronto, una voz urgente.

—¡Esas son mentiras de las autoridades para desacreditar a Naún esperando que ningún pobre vuelva a confiar en él! –exclamó Pardo, con los puños cerrados, indignado–. En Marcavelí estaba la banda de Arnaldo Cueva, el envidioso y mal bandido que se presta a cualquier crimen.

—Vieron su caballo blanco galopando veloz, golpeando la tierra con sus cascos finos.

—No hemos cometido ningún delito– completó otra voz clara y decidida–. Solo pedimos justicia. Cuando el mayor Deifilio llegue nos va a comprender, va a saber que deseamos quedarnos con estas tierras únicamente para trabajarla.

—Sí, todos van a comprender que no



somos matones ni malhechores como tú que más bien nos vas a descreditar si te quedas porque entonces los milicos llegarán y dirán que estamos juntos, que somos de la misma leva, que nos maten a todos.

Rindolfo, tanteando la dificultad, la desconfianza y el rechazo, se acercó a pasos cortos, cuidando de no pisar las matitas de yuca. Llegó a Naún, con el sombrero ladeado como lo llevan los verdaderos bandidos, para decirle con la risita contenida y una fúnebre socarronería:

—¡Vámonos, jefe! Estos no quieren nada con nosotros, somos muy hombres para ellos, ya va a ver, al primer disparo se largan monte adentro como gallinas.

—¡Nos quedamos! –grita él. ¡Nos quedamos, aunque nadie lo quiera, aunque me maldigan y piensen: este Naún Briones nos vino a fregar la fiesta con su mala fama y sus malos amigos! Vine porque necesitan que alguien dispare y responda por ellos cuando llegue la balacera de los milicos. Vine porque los milicos no entienden ni saben de las buenas razones: disparan sin averiguar, obedecen sin chistar, cumplen órdenes y la vida de un hombre no vale ni un real cuando ellos apuntan y rompen fuego. ¡Y me quedo también porque me da la gana, porque a Naún nadie lo ladea!

Se escucha el zumbido monótono de bocas que ahora discuten entre sí, dicen que tienen hambre, razonan que sus machetes no valen gran cosa, que Naún tal vez, que Naún puede. La voz del

dirigente se iza sobre los murmullos para decir que pueden quedarse con la condición de que no disparen primero.

—Yo nunca disparo primero porque cuando ellos disparan yo apunto y, cuando apunto, ellos ya se han muerto.

Los mas jóvenes, sin miramientos, se acercan a las alforjas tiradas, las desatan y comen. Ahora todo es bullicio y nadie hace caso a las palabras de Víctor Pardo, que la unión, que un solo puño, que amigos. Rindolfo se repliega para mirar de reojo, disgustado y frío.

Nadie quiere esa madrugada. Ludeña se entretiene contando y recontando las vigas del tumbado, los tres Paucar no podían dejar de pensar en los ojos de sus mujeres, Alvarado inventaba figuras en las desconchadas paredes, Feliciano se apegaba a su sueño. También Rindolfo odiaba la noche, sin ganas de hablar. Afuera los peones vaciaban botellas de aguardiente, bebían sin hacer ningún caso de las palabras de Pardo que les repetía que el aguardiente es dañino, que corrompe la moral y estraga el entendimiento.

Llegaron pocos rurales, vinieron a espiar, sin ganas de pelea, y se retiraron para que ningún tiro pudiera alcanzarlos. Todos celebraban porque nunca antes habían visto huir a un pelotón de soldados. Ellos fueron a contarle al mayor Deifilio que Naún estaba allí. El mayor piensa que puede matar dos pájaros de un tiro. Desenrolla un mapa, pone cruces y flechas, confía en el triunfo, que está ante

simples peones no soldados, ante gente humilde y sufrida, ante cómplices de Naún Briones. Discurre que esa gente ahora cree que puede ganar y van a ir a la parroquia con sus machetes, para decir a los parroquianos que la justicia está con ellos, que no tienen nada que temer.

—Se han reunido en Cascarillas, serán más de cien, ahora descansan y beben refrescos y ahora estos quieren ir a la parroquia –comenta con preocupación Rindolfo.

—¿A la parroquia? Eso está bueno –responde Naún con un gesto pícaro, con una risa contenta y llena de presagios–. Al fin no vamos a perder el tiempo.

Pardo rasga en pedacitos un vestido rojo que ha encontrado y los ata a unos palos que reciben los peones. Les explica que el rojo es el color de los pobres, es un color bueno, ardiente, un color macho, duro, un color que sirve para agitarlo en el aire, en banderas y pendones. Los peones se ríen del cuento chusco que les estaba contando, pero agarran los palos con los harapos y van avanzando en hileras pisoteando el yucal.

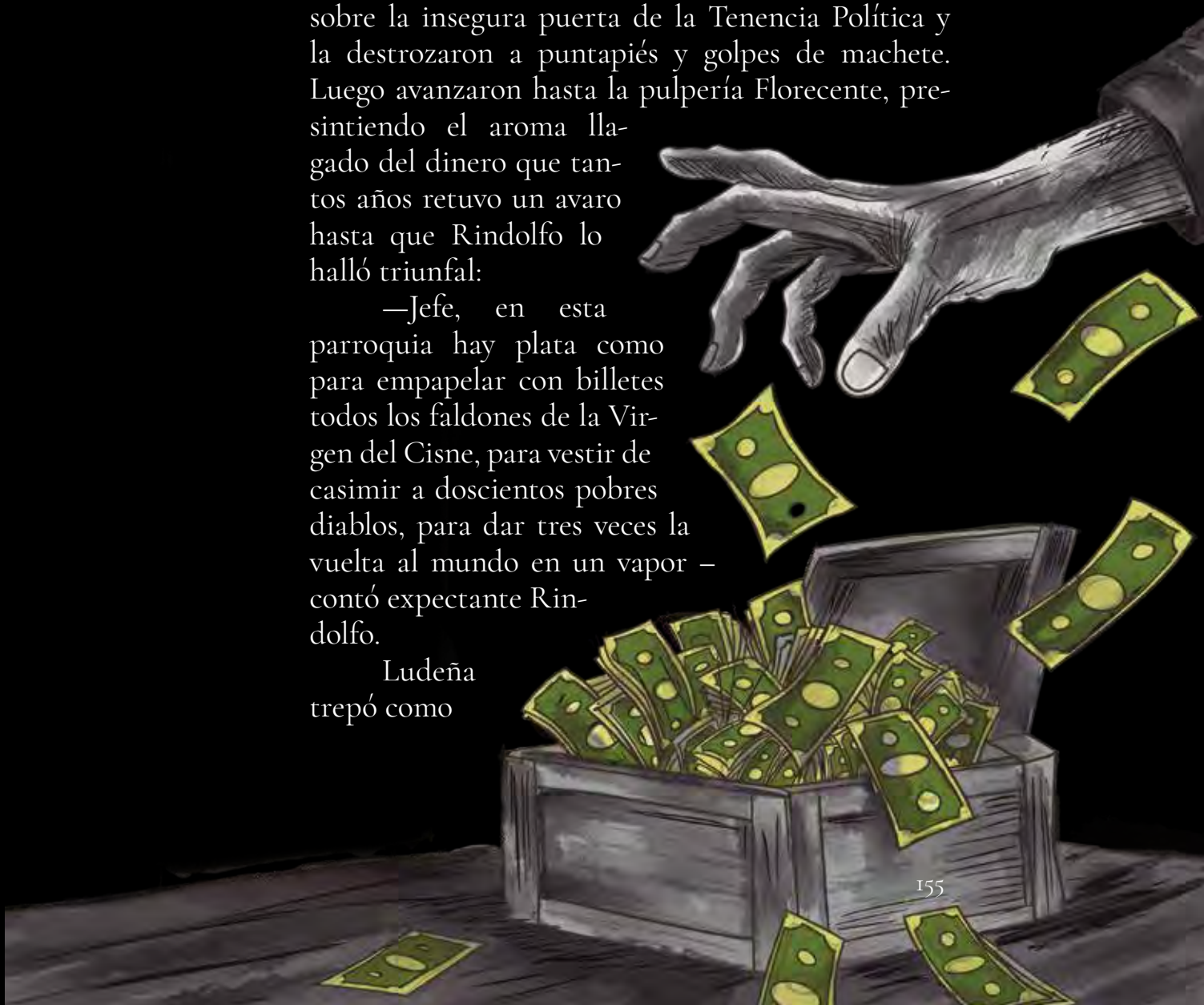
Rindolfo, los tres Paucar, Alvarado, Padilla, Ludeña se adelantan. Los Paucar cortan camino. Ludeña descubre su revólver, dispara asustando y desperdigando a los niños, ofendiendo el silencio quieto del lugar. Desde el otro extremo de la parroquia se desparraman los gritos ardientes de los peones agitando sus trapos rojos. Se agrupan en la plaza, sorprendidos porque los habitantes del pueblo cerraron las puertas de sus casas sin querer escuchar

el resuello de esos hombres, sin querer ofrecerles ni un racimo de guineos. Víctor Pardo convoca a la gente diciéndole que son solo unos pobres peones que quieren hablarles de sus padecimientos, pero ellos no salen. Pardo ve que los trapos rojos se marchitan y repliega sus puños compungidos, no insiste, pensando tal vez que de nada sirven sus poemas, sus libros, su esperanza, que nunca debió creer que el mundo necesita otra medicina para volverlo bueno, generoso, alegre.

Los peones, sin decirse nada, se precipitaron sobre la insegura puerta de la Tenencia Política y la destrozaron a puntapiés y golpes de machete. Luego avanzaron hasta la pulpería Florecente, presintiendo el aroma llagado del dinero que tantos años retuvo un avaro hasta que Rindolfo lo halló triunfal:

—Jefe, en esta parroquia hay plata como para empapelar con billetes todos los faldones de la Virgen del Cisne, para vestir de casimir a doscientos pobres diablos, para dar tres veces la vuelta al mundo en un vapor –contó expectante Rindolfo.

Ludeña trepó como



gato al mostrador y se llenaba las manos con los billetes violáceos de cien, mientras los tres Paucar recogían los billetes azules, verdes, que Rindolfo tiraba desde el mostrador.

—Yo no quiero tocarlos, hieden a muerte, guárdatelos en tu alforja, Rindolfo –pidió Naún.

Afuera retumbaban los primeros disparos de los Mannlincher, los primeros tiros que ha ordenado el mayor Deifilio. Todos miraban a Naún, tendidos en los corredores, encorvados junto a los poyos, pidiéndole con los ojos que les sostenga las vidas.

—Ya están aquí –grita Pardo desde el otro lado de la plaza– disparan con ganas, con verdaderas ganas.

—Tanto tiempo sin matar, tendrán ganas de un cadáver. Querrán uno como el mío.

—Flojos, flojonazos, aquí tienen un hombre para medirse, que dispara a los quepis que se esconden –gritó Ludeña desde la oscuridad de la pulpería.

Los Paucar vacían los tambores de sus revólveres en diez largos disparos. La gente se agrupa con terror en los portales y se hunde sobre la tierra dura de las cercas. Los solados comprenden que ellos están preparados, pero no esos peones que ahora manotean su muerte, no pensarían que serían capaces de llegar a eso cuando sembraban la yuca o recogían el café, no querrían morir acariciando a sus mujeres.

Naún, sin saber por qué razón o qué necesidad, camina hacia el centro de la plaza, solo y memorable, como regalando su cuerpo a los guardias que alargaban sus brazos para dispararle, Más allá, detrás de los manchones irregulares, el mayor Deifilio, minucioso

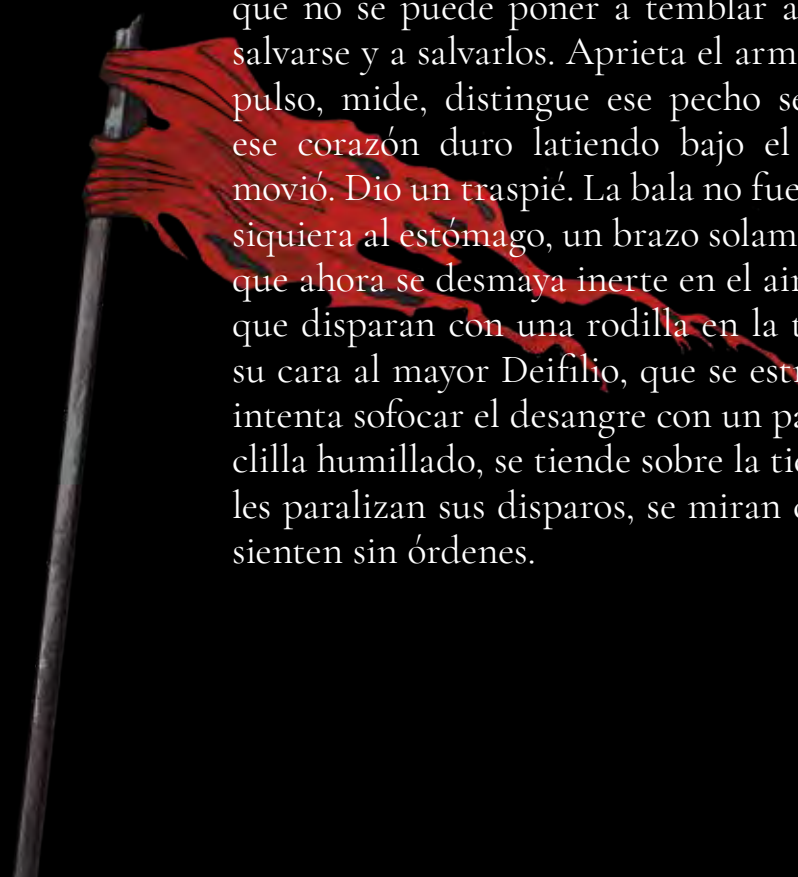
recorría el lugar desde su largavistas. Lo vio, frente a frente, de pies a cabeza, con curiosidad y odio, con amargura y soledad. En su alegría, se sentía ganador: miraba a sus hombres que aventajaban a los díscolos, alocados, y egoístas hombres que él tenía.

—Nos tienen rodeados, no habrá salvación –gritó Ludeña sintiéndose vencido, tambaleante, herido en el brazo derecho.

—No me quedan más que siete balas en la cartuchera —le dice fúnebre y sin coraje Rindolfo.

—Podemos morir como mártires, Naún y nuestros nombres nunca serán olvidados y nos levantarán un monumento grande –los acalló Pardo.

Naún no les responde. Calcula las varas que distan desde el cañón de su revólver a la figura inmóvil del mayor Deifilio que ahora deja caer el largavistas sobre su pecho. Y piensa que sí puede, que no se puede poner a temblar ahora que va a salvarse y a salvarlos. Aprieta el arma. Mantiene el pulso, mide, distingue ese pecho sereno, adivina ese corazón duro latiendo bajo el uniforme. Se movió. Dio un traspié. La bala no fue al corazón, ni siquiera al estómago, un brazo solamente, un brazo que ahora se desmaya inerte en el aire. Los rurales, que disparan con una rodilla en la tierra, vuelven su cara al mayor Deifilio, que se estruja el brazo e intenta sofocar el desangre con un pañuelo, se acuclilla humillado, se tiende sobre la tierra. Los rurales paralizan sus disparos, se miran con alarma, se sienten sin órdenes.



Ludeña, los Paucar, Alvarado, buscan rápido sus caballos, los montan. Rindolfo y Feliciano acomodan a prisa las alforjas hinchadas de billetes. Víctor Pardo, apenado, sin querer irse, mira a los peones tendidos boca abajo sobre los corredores.

—Apúrate, solo una vida tenemos, bruto –le grita Naún.

—Pero van a matar a muchos peones, les abrirán los vientres, van a partirles a culetazos los cráneos.

—¡Mierda!, ¿qué podemos hacer?

Pardo lo mira, adolorido, mueve la cabeza y acaricia con suavidad la crin de su caballo.



EL MATRIMONIO

Naún tenía novias
en Loja y Cariamanga
y su sonrisa era
la flor de Zozoranga.
(Canción)



aún la conoció bailando en los corredores de la casa de Federico Ojeda, contorsionando su cintura, palmeando sus manos, envuelta en la dicha de sus dieciocho años. Aprovechó el cambio de música para sacarla a bailar, sin importarle los cuchicheos de las viejas ni las miradas de los hombres que lo conocían. La escuchó hablar con silencio atento, con fuerza y ternura, como deben callar los hombres cuando una mujer linda les habla, les cuenta su vida y les promete tanto con los ojos. Deseó y procuró, por todos los modos, que luego del baile lo sintiera un hombre fuerte, dueño de una vida larga, que lo recordara con simpatía, que pensara en su sonrisa, que hablara de él con sus amigas.

Cuando ella le preguntó su nombre pensó mentirle, pero entendió que esa muchacha linda compararía el nombre inventado con su figura y sabría al momento que era una mentira.

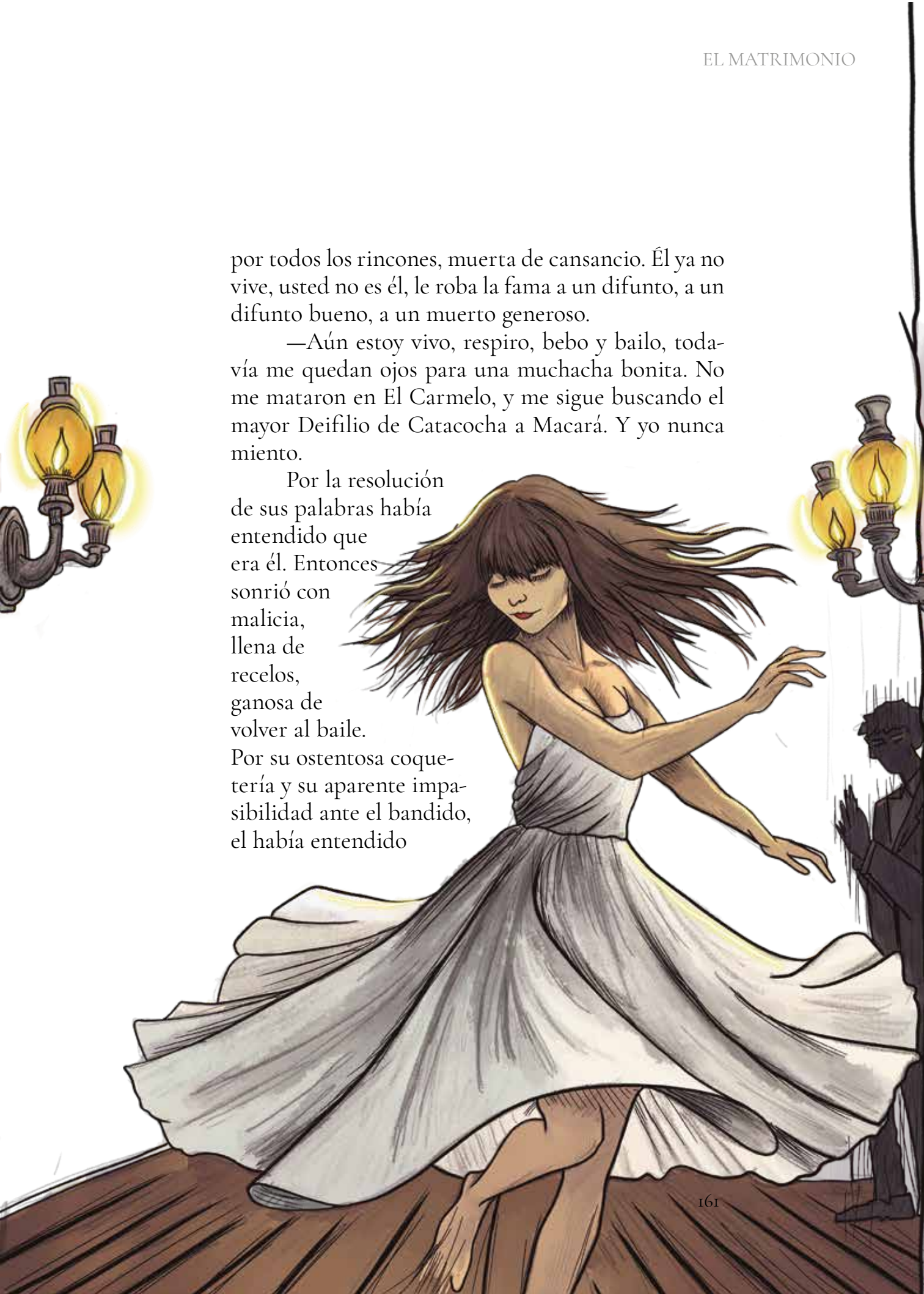
—Me llamo Naún Briones –pronunció su nombre como si fuera una frase de cariño, como una forzada galantería para caerle en gracia.

—Tantos dicen llamarse así –replicó Dolores—, lo hacen porque creen que al pronunciarlo la gente va a caerse de rodillas y a suplicar por su vida. Porque todos quieren ser como él y no pueden. También cuentan que se murió, que lo finaron, que el mayor Deifilio lo atravesó a balas, que enterraron su cuerpo en una quebrada y que su alma pena

por todos los rincones, muerta de cansancio. Él ya no vive, usted no es él, le roba la fama a un difunto, a un difunto bueno, a un muerto generoso.

—Aún estoy vivo, respiro, bebo y bailo, todavía me quedan ojos para una muchacha bonita. No me mataron en El Carmelo, y me sigue buscando el mayor Deifilio de Catacocha a Macará. Y yo nunca miento.

Por la resolución de sus palabras había entendido que era él. Entonces sonrió con malicia, llena de recelos, ganosa de volver al baile. Por su ostentosa coquetería y su aparente impasibilidad ante el bandido, el había entendido



que no era una mujer para una noche. Así germinó el cortejo y con él los encuentros furtivos.

—¿A cuántos ha matado usted? –le preguntó un día Dolores, sin miedo, envalentonada en su cuerpo tibio y en su cara bonita.



—¡No me preguntes eso, Dolores! A las mujeres se les hiela la sangre cuando hablan de la muerte. Se les secan las entrañas, se ajan, se vuelven feas y viejas, se les va el color, No es bueno que unos novios que se quieren hablen de muertes.

—Me gustan tus muertos, Naún –le respondió oscura, sin ninguna vergüenza, como si con esa pregunta le estuviera demostrando su cariño–. Háblame de ellos, ¿eran jóvenes cuando los mataste?, ¿cómo eran sus caras?, ¿qué se siente al matar?, ¿cómo hierve la sangre?, ¿cómo se enfría tu alma cuando matas?

Él quiso hacerla callar, como escandalizado, lleno de vergüenza. La imaginaba pensando que él, llamándolo pobrecito, presintiendo cuánto debía haber sufrido, cómo sería su vida de asesino, de bandido, cómo estaría seca su alma de reo, cómo necesitaba unas manos, unas caricias, una mujer para descansar.

—No sé, son tantos, pierdo la cuenta —atinó a responder riendo como ella.

—¿Y a mí me matarías?, ¿podrías matarme, Naún?, ¿podrías dispararle a mi cuerpo?

No pudo decirle que cómo iba a matarla, que cómo iba a quitarle esa vida que tanto le gustaba. Cómo dejarla fría, cómo dejar vacíos sus lindos vestidos, sus zapatos rojos, cómo regalar su cara graciosa al polvo y la ceniza. En su lugar, la acariciaba y abrazaba, contemplando su risa brillante en la noche, comprendiendo que estaba enamorado, y que quería prolongar esa sensación por todos los años de su vida.

—¡Casarse, jefe! –exclamó contrariado Rindolfo, al escuchar su decisión aquella noche– Mejor róbela, llévesela lejos, amánsela como a una potranca chúcara, y no la enamore, que las mujeres enamoradas son más peligrosas que el mayor Deifilio.

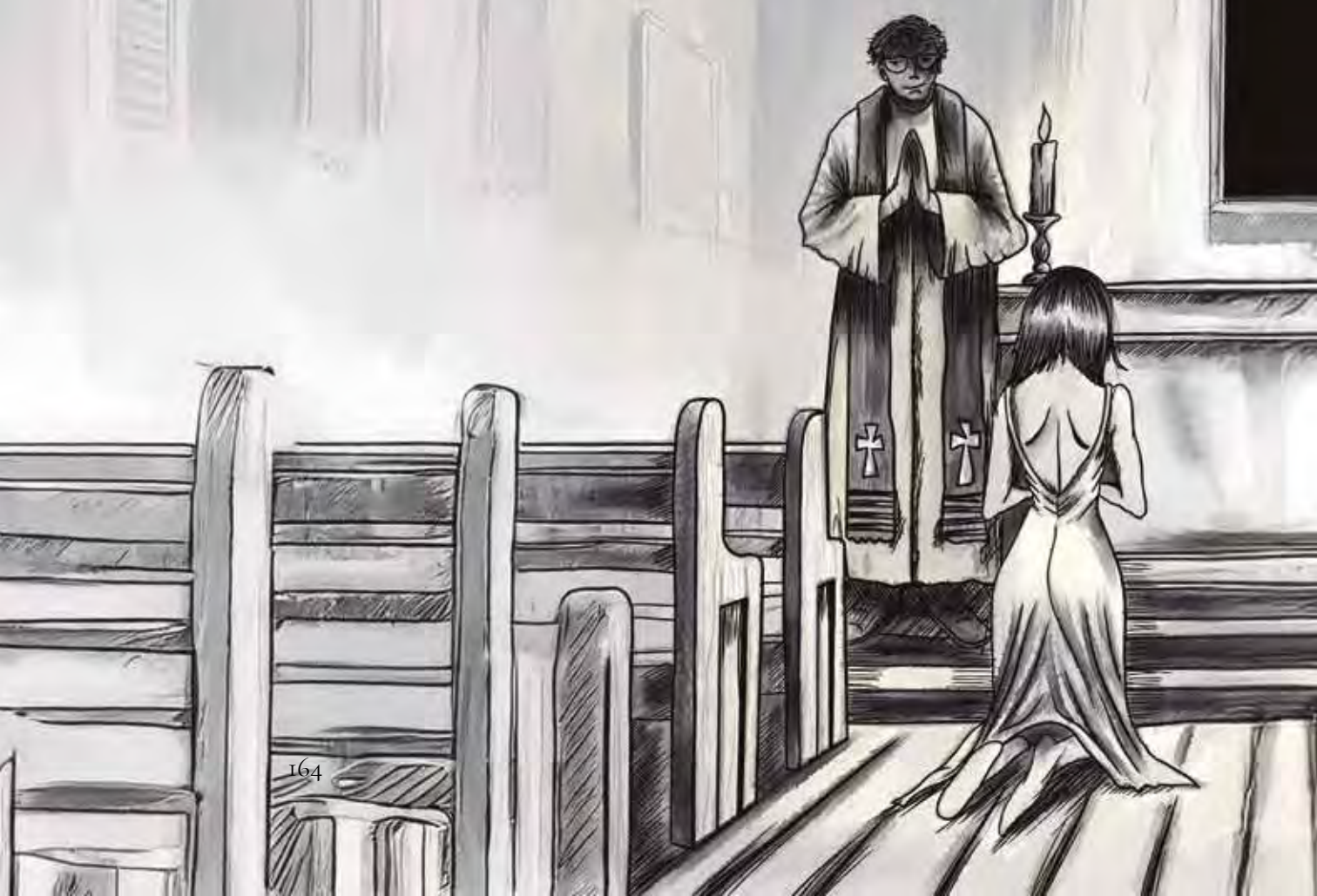
Pero Naún no escuchaba más que el recuerdo de las caricias de Dolores que tanto le llenaban el cuerpo de un calor gustoso, cuando le apretaba la falda almidonada, cuando le rodeaba el cuello, cuando tanteaba su cutis, acariciaba su nuca, le rozaba el vientre y los senos, con las mismas manos con las que cargaba las balas para su revólver, empuñaba sus cachas y aplastaba el gatillo. No había razones si ella había aceptado casarse con él sabiendo que nunca lo vería en la puerta de una iglesia esperándola, que nunca la invitaría caramelos en la plaza, que nunca le entonaría serenos con albazos, valses y pasillos, que nunca estaría en su sala bebiendo tragos o vino con su padre y que nunca su madre le iba a espiar contenta desde la cocina. Naún no quería jugar diciendo que mañana o un día de estos, que su papá o sus hermanos, porque sabía que no tenía mucho tiempo, ¡el tiempo es un señor que no espera y pide todo!

—Casarse es bueno, pero cuando se vive en paz –le dijo el cura mientras manoseaba estampas como si fueran barajas cuando fue a pedirle que lo casara.

—Nunca hay paz, curita –respondió Naún mientras pensaba que a ningún cura le gustan las estampas porque no simpatizan con esos santos pintados que les recuerdan tanto un cielo que, por lo bonito, parece mentira.

—No querrás que tu mujer enviude pronto –entonces se le fue la sonrisa, como arrepentido por haber dicho algo malo–; pero cásate si quieres, a la final, todos merecen el perdón de Dios, tener mujer e hijos y hasta un descanso eterno.

El cura los iba a casar sin papeles, como haciéndole un favor, una caridad al bandido. Naún, sonrojado y sin besarle la mano ni estrecharla, salió de la iglesia con el precepto de hablarle a Dolores. Sabía que



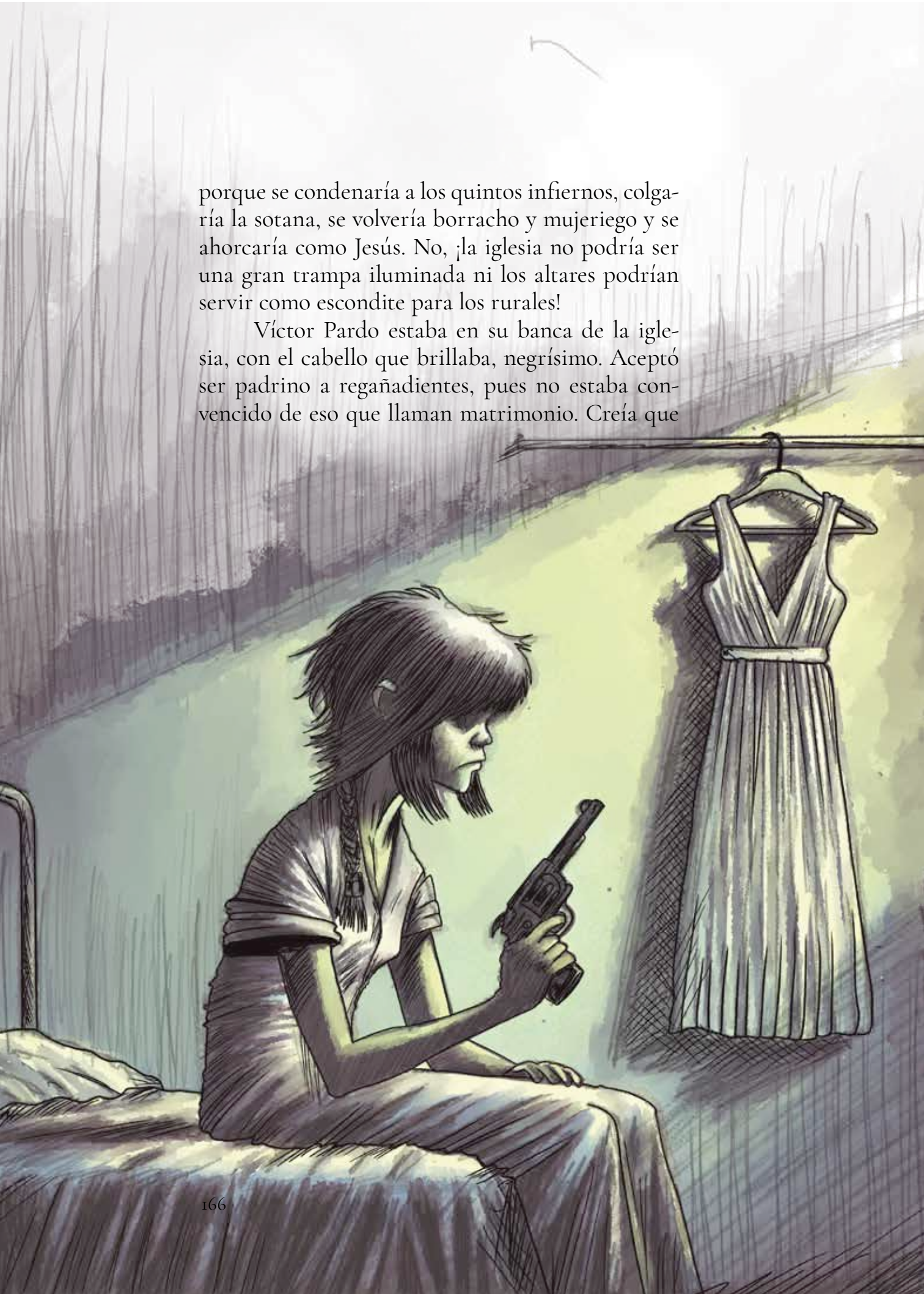
la mujer de la que se había enamorado tenía miedo, que se hacía la corajuda, que disimulaba con risas y con todas esas coqueterías graciosas de las mujeres cuando quieren a un hombre.

El día de la ceremonia Naún se sintió muy preocupado. Temía que el brillo de la iglesia, iluminada como para una fiesta de Corpus, atrajera la curiosidad de los vecinos. Se preguntarían quién se casa, por qué no fueron invitados, por qué no querrían convidar a nadie a su fiesta. Tenía miedo de que su boda fuera usada para aprehenderlo, que el cura pudiese estar abriendo la puerta de la sacristía para que el mayor Deifilio entre sin hacer ruido tras haberlo convencido de que no era un sacrilegio casarlo, que a Dios le va a gustar que acabe con un ladrón, un cuatrero asesino. Buscó tranquilizarse asumiendo que el cura no permitiría que lo mataran, no en una iglesia pobre, que el cura tenía una cara de bueno, que jamás abriría su sacristía para los rurales, no tendría valor para eso



porque se condenaría a los quintos infiernos, colgaría la sotana, se volvería borracho y mujeriego y se ahorcaría como Jesús. No, ¡la iglesia no podría ser una gran trampa iluminada ni los altares podrían servir como escondite para los rurales!

Víctor Pardo estaba en su banca de la iglesia, con el cabello que brillaba, negrísimo. Aceptó ser padrino a regañadientes, pues no estaba convencido de eso que llaman matrimonio. Creía que



sin casarse el amor dura más, pero Naún le insistía diciendo que sin la bendición del cura sería como si no hubiera pasado algo. Dolores llevaba un vestido blanco de vuelos y una mantilla que no le ocultaba el rostro. Llegó y se arrodilló junto a Naún, sin decir nada, entregándole su decisión con una sonrisa, como si le estuviera diciendo que no se arrepintió, confirmándole que se quería casar con él, aunque el mayor Deifilio lo anduviera buscando para convertirlo en polvo y ceniza, creyendo que luego de la boda no se iban a dejar, que tendrían hijos, y él dejaría su vida errante y peligrosa de bandido, imaginando que le iba a cocinar, que comprarían tierras, que sembrarían cañas, porotos y café, que tendrían una casa bonita, y que así él iba a olvidar sus muertos, sus asaltos y el color espeso de la sangre enfriada de los hombres.

Los campanillazos del sacristán removieron el silencio y el cura, ceremonioso y preocupado, se acercó a la pareja para decir unos latines con voz limpia y amable, como si estuviera hablando con Dios. Víctor Pardo, con los brazos cruzados sobre el pecho, miraba al cura con burla, como si se quisiera reír de la ceremonia, de los movimientos solemnes y de la cara aburrida del sacristán. Rindolfo esperaba ansioso que todo acabara, pensando que su jefe se perdía al casarse porque le tomará ascos a la vida de bandolero cuando el vientre de Dolores se esponje al primer embarazo. El cura levantó su mano para hendir la bendición en un aire oloroso a velas derretidas, a flores marchitas.



LA EMBOSCADA



El cabo Serrano, encunetando su caballo entre las malezas, divisó ralas sombras que se movían en la oscuridad ascendiendo sobre aquella pedregosa ladera. Alertó a los veinticinco guardias, quienes, expertos en la noche, prepararon sus armas.

El mayor Deifilio, que encabezaba el grupo, extendió su brazo sano describiendo estratégicamente un semicírculo. Fue el primero en desmontar, cuidando que sus pisadas no sonaran demasiado. La guardia, manteniendo la reglamentaria distancia, se tendió acurrucada en el largo matorral sintiendo el pinchazo de los espinos de las matas y sintiendo cómo el corazón les latía más a prisa mientras retiraban el cerrojo de sus viejos mannlinchers, escuchando de forma nítida las voces que ascendían desde el otro lado. Las sombras resultaron ser quince rurales sudorosos y jadeantes del destacamento rural de El Oro. Los hombres llegados, al mando del subteniente García, les contaron que llevaban tres días por esos lados buscando a Naún Briones, que eran el refuerzo prometido por el Gobierno, llegaban en marcha forzada, retrasados por los lodazales de invierno. Un civil semioculto asomaba entre el pelotón, traía las manos atadas y una soga rodeándole el cuello.

—¿Quién es? –preguntó el mayor Deifilio

—Uno de la banda, pudimos capturarlo en una tienda donde estaba mercando provisiones y pólvora

–se apresuró a responder García–; se asustó mucho cuando le dije que lo mataría si no nos avisaba dónde se escondía su cabecilla. Nos dijo que anda por Piedra Lisa, una quebrada, asegura, ¿conoce el lugar, mi mayor?

—Tiene usted mucha suerte, subteniente. Piedra Lisa no está lejos, apenas a una hora a buen tranco de la infantería. Dicho esto, encaró al civil –en caso de una emboscada, serás el primero en caer bajo el fuego de mi pistola.

Los años de servicio volvieron a Deifilio necesariamente duro, desconfiado, práctico, con una ciega confianza en la superioridad de su uniforme. Apuró el paso hasta colocarse a un costado del caballo que jineteada el subteniente para decirle a modo de orden terminante:



—Apague su linterna. ¿No les enseñan a ser cautelosos los italianos sabios, esos gringos flojos de la academia? Ahhh, si esos gringos pasaran lo que yo he pasado, se cagarían en los pantalones.

—Con todo respeto, mayor, pero los oficiales de la Misión italiana tienen en sus pechos muchas condecoraciones de héroes.

—Si fueran alemanes o ingleses esos bachines serían héroes de verdad –comentó con una risa seca simple. El ejército anda mal porque unos mangonazos nos dejan boquiabiertos con sus mentiras que no sirven para la mierda. Los peruanos se reirían de nosotros.

Ambos bandos continuaron el camino juntos por la pedregosa ladera, acompañándose para no pisar en falso ni resbalar en el lodazal del camino. García iba pensando que esas pobres gentes a las que perseguían nunca serían un verdadero antagonista para un militar por su ignorancia y cobardía rural.

—¿Sabía usted, mayor, que el bandido que andamos buscando se casó hace una semana? Lo supe en Cozoranga, su mujer, una muchachita todavía, está allá, en el pueblo, en un cuarto encerrada por sus padres, llorando y amenazando con matarse si no la dejan reunirse con el bandido. Y cuentan que el mismo bandido la dejó allí para huir sin estorbos.

—Ese infame ha de tener una mujer en cada

pueblo, se debe haber casado tantas veces, pero esa mujer, si Dios quiere, será la última que haya gozado.

¿A cuántos ha matado ese hombre, mi mayor? –inquiere como simpatizando y empezando a confiar en el hombre impasible que camina a su lado.

—Diez, cien, da lo mismo. Ese hombre mata por el puro gusto de ver morir a la gente, los deja suplicar, prometerles perdón y entonces apunta, cierra el ojo derecho y mata. Es un animal dañino, peligroso, subteniente. Ya va a verlo usted si lo encontramos.

Llegó así el viento de la madrugada, menos pesado que el viento de la noche. Se detuvieron para contemplar la negra, larga, profunda boca abierta de la tierra: la quebrada Piedra Lisa. El cabo Serrano, entonces, sintió el frío metálico del miedo atravesándole de punta a punta el espinazo al pensar que allí, en el fondo, entre los matorrales, junto al agua dormida y terrosa de la quebrada, podía emboscarlos el criminal. Tanteó su cantimplora, bebió un trago de aquella agua helada con panela disuelta para dirigirse al hombre atado e interrogarle dónde se esconde su jefe. El hombre, con vergüenza y miedo, les dijo:

—Mi jefe me debe estar esperando en la casa de Sebastián.

—¿Dónde queda esa casa? –preguntó el mayor Deifilio, elevando su brazo sano y mostrando impaciencia.

—En la otra banda, bien cerca de aquí, es la única que hay por estos lados.

—¿Cuántos están con el bandido?

—Solo dos.

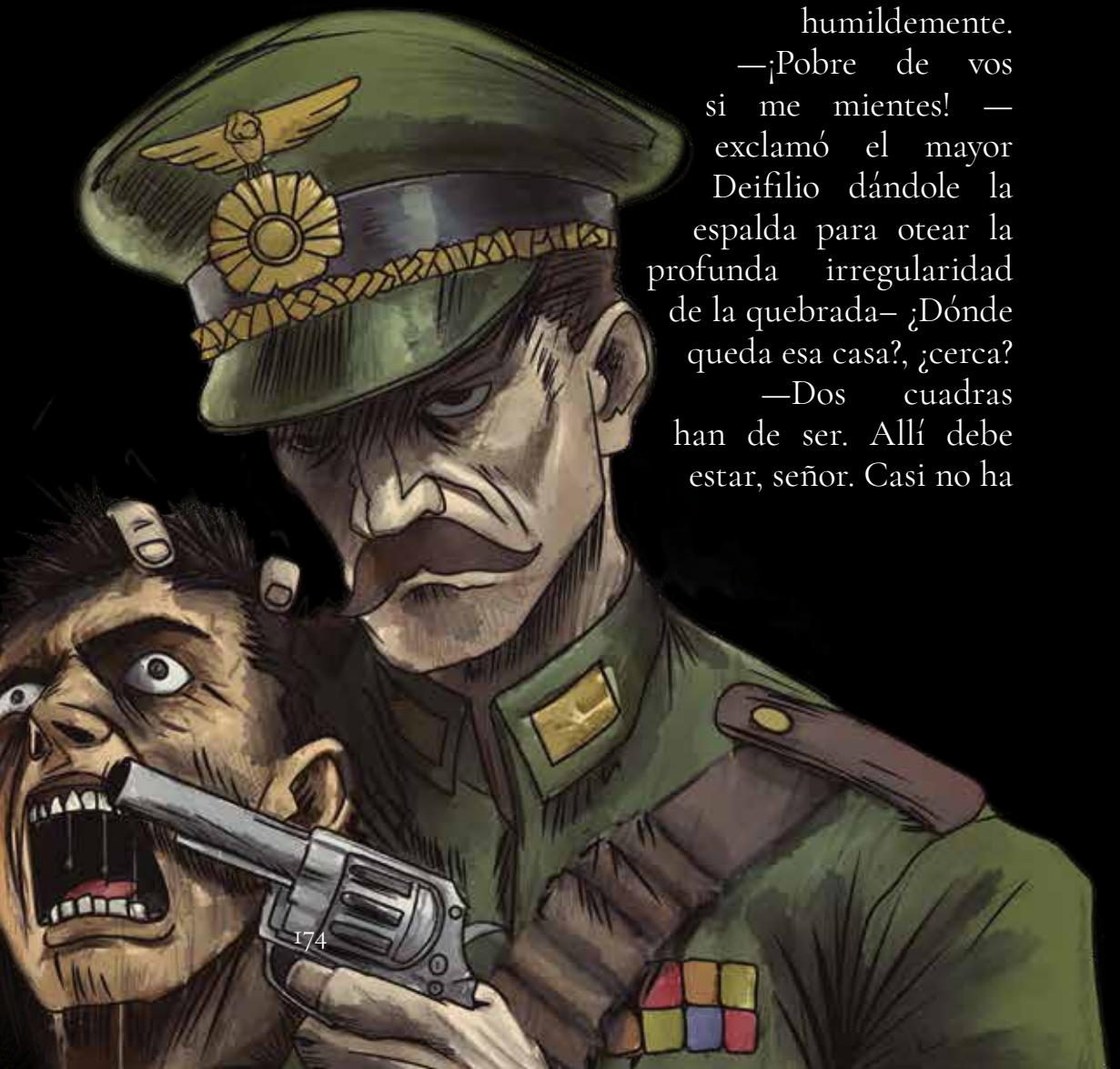
—¡Solo dos! –atinó a responder el mayor Deifilio soltando una risita incrédula, moviendo la cabeza con un enérgico ademán que pretendía negar sus palabras.

—¡No mientas! A un militar no se debe mentirle. Dime ¿cuántos andan con él, cuántos...?, ¿diez, treinta, su banda entera?

—Solo dos —volvió a decir humildemente.

—¡Pobre de vos si me mientes! — exclamó el mayor Deifilio dándole la espalda para otear la profunda irregularidad de la quebrada– ¿Dónde queda esa casa?, ¿cerca?

—Dos cuadras han de ser. Allí debe estar, señor. Casi no ha



dormido en cuatro noches y ahora ha de reposar. El dueño de la casa es amigo suyo.

—Cabo Serrano, usted y diez más atraviesen la quebrada, sitúense en la banda con cuidado y con las armas listas.

Serrano elige los guardias deseando temeroso de que los facinerosos estén escondidos en la quebrada.



LA DESESPERANZA

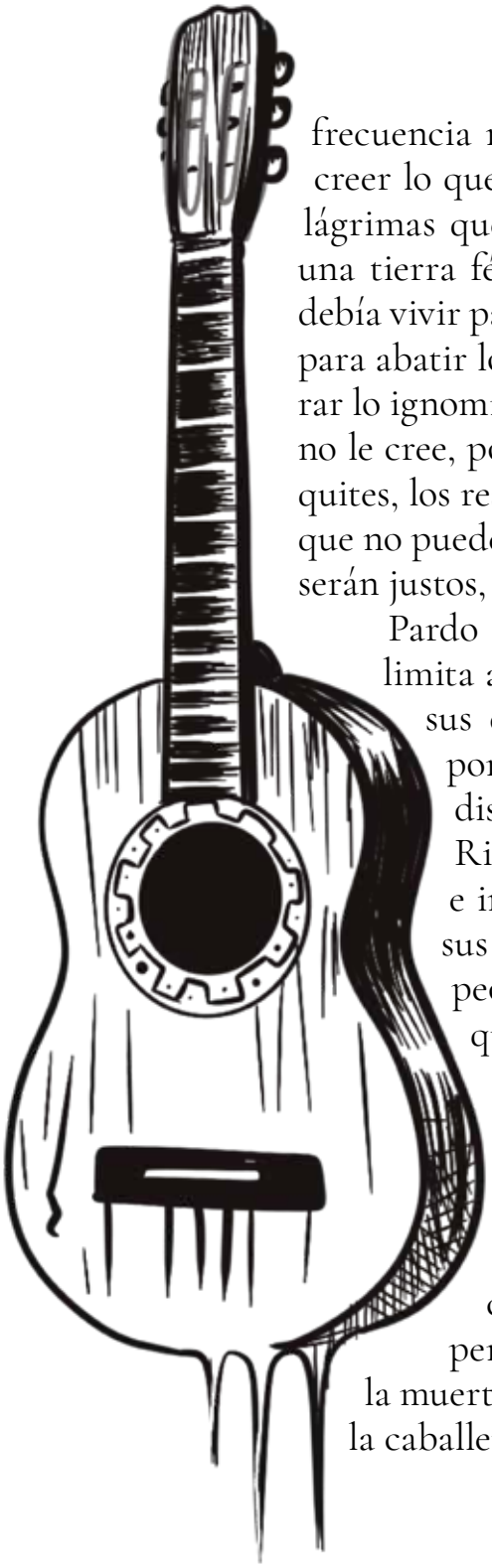
Sebastián trae los ojos llenos de sueño y temor. No sabe por cuánto tiempo ellos permanecerán en su casa, bebiendo, rasgando la maltrecha guitarra y discutiendo, con vehemencia extraña y testaruda, en voz baja para no asustar a su mujer ni a los niños. Llegaron a media tarde. Imaginó que él había venido a cobrarle la plata que un día le dio para comprar una yunta, diciéndole que ya le pagará cuando pueda, pero él apenas guardaba en sus bolsillos un billete de cinco que había recibido de la venta de una porción de maíz. Naún le dijo que no había ido a cobrarle, que solo querían una posada en su casa, que él y sus



amigos se iban a marchar en la madrugada. Pronto entendió que se estaba escondiendo de las tropas que lo buscaban para matarlo. Lo vio envejecido, casi con lástima, comprendiendo cómo el tiempo es un gusano que se come la vida de los hombres.

La noche que los acogió en esa posada extendía el tiempo. Pardo, vestido con una gastada y primitiva elegancia, exhibiendo un grasiento nudo de corbata, escuchaba los improperios de Rindolfo, hostil y amenazante a su lado. El poeta sabía y sentía su odio. Sabía que sus palabras pulidas, lisas y brillantes lanzadas en las noches de cansancio, incertidumbre y fuga, que sus resecos poemas garrapateados en su juventud y leídos con





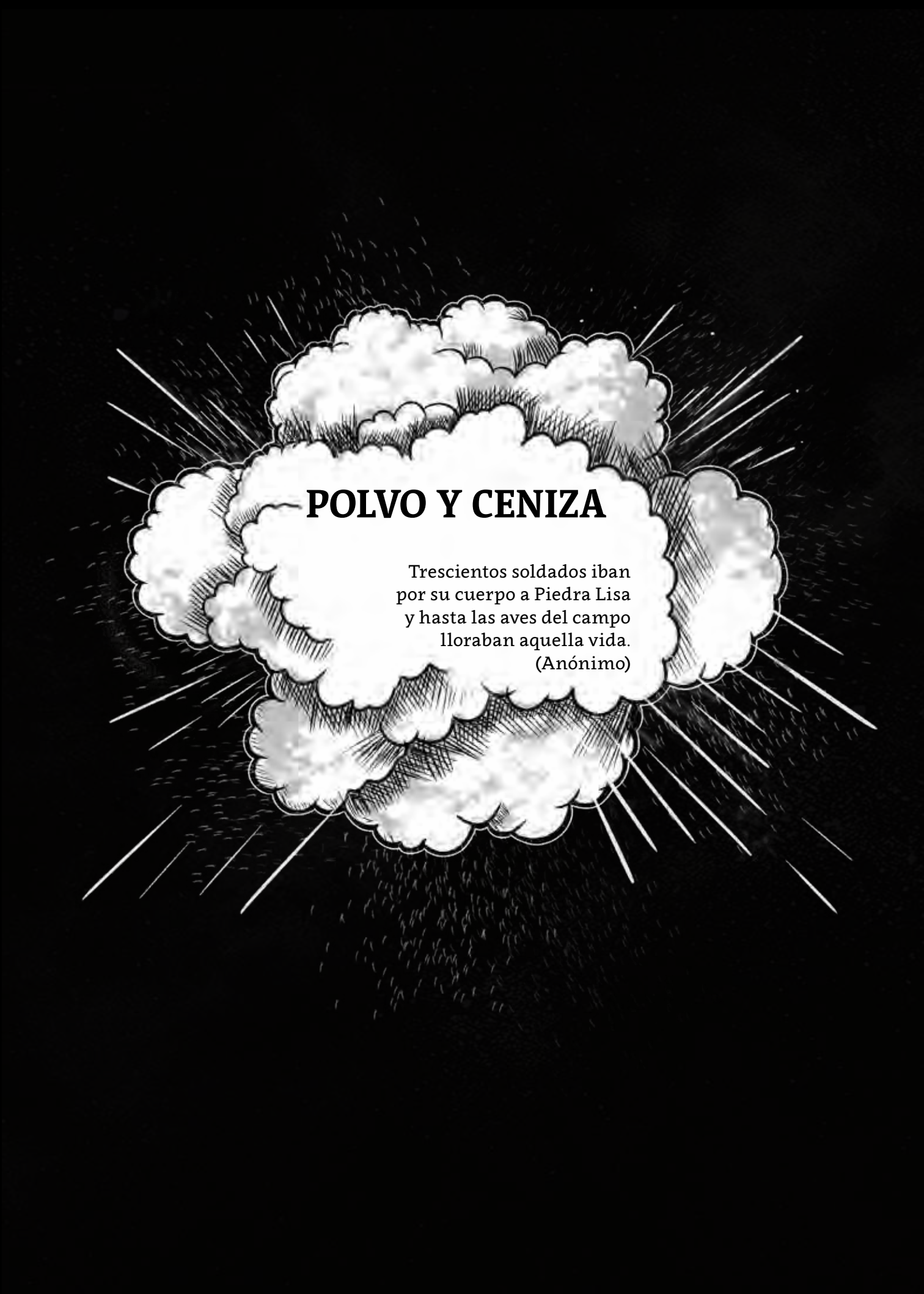
frecuencia no eran la causa. Lo odiaba por creer lo que cree: que algún día ese valle de lágrimas que es la vida se transformaría en una tierra fértil y buena para todos, que se debía vivir para cambiar el orden de las cosas, para abatir lo que parece eterno, para clausurar lo ignominioso que parece justo. Rindolfo no le cree, porque no sabría vivir sin los desquites, los resentimientos, las venganzas, porque no puede imaginarse que algún día todos serán justos, generosos, iguales.

Pardo no responde los insultos, se limita a escuchar mientras mueve entre sus dedos la copa de licor ofrecida por Sebastián. Está cansado, sin fe, discutiendo lo que deben hacer. Rindolfo exhibe su rabia, sincero e indignado. Reprocha a Naún por sus tontas ideas de apoyar a unos peones soliviantados, esos mismos que ahora no están para ayudarlo. Naún no quiere hablar ahora ni de los golpes futuros, tampoco de la suerte, de su puntería, solo rasga la guitarra, mirando impasible el vacío del centro del cuarto. Está acabado, pero no desea creerlo. Solo huele a la muerte que le persigue en los cascos de la caballería del mayor Deifilio.

Pardo mira la noche, ya completa, puede soportar todos los insultos sin mover un músculo ni descomponer el rostro, ocupado en pensamientos más importantes. Para él, Naún era la esperanza, un hombre irrepetible, la única oportunidad de ser en este mundo desigual, perdiéndole a él lo perdía todo. Tiene ganas de gritarle a Rindolfo que perdieron ambos, que no fue culpa de nadie, que el mundo seguirá como es hasta que la misma naturaleza, compadecida, lo cambie o lo destruya. Rindolfo, amarillo de rostro, le grita que nunca será un hombre como él, que no se atrevería, se pone de pie e intenta pegar a Pardo, pero Naún, elástico y temible, le grita que no le toque ni un pelo.

Si quieren matarse, no ahora ni aquí. Después, si nos salvamos los tres.

Naún vuelve a colocar sobre su regazo la estropeada guitarra. Sus dedos desganados apenas rozan las cuerdas, para germinar un tono triste, un pasillo o un vals lento. Papá, recuerda, decía que solo quienes están de veras tristes pueden entonarlo, porque si las cuerdas notan que el alma no está penando se callan y guardan su tono para otras manos. Espía a los dos hombres que, ya aplacados, se ignoran desde sus asientos. Con sus ojos maltrechos por la vigilia, por la tensión interminable de tantos días huyendo sin saber si el rumbo era seguro, si detrás de cada matorral de una chacra estarían los uniformes caquis esperándolos con una tranquila malicia,


POLVO Y CENIZA
Trescientos soldados iban por su cuerpo a Piedra Lisa y hasta las aves del campo lloraban aquella vida.
(Anónimo)

La tropa llegó cerca de la casa. Se situó a un costado de la loma pedregosa, distinguiendo a través de la oscuridad la cercana silueta de la posada, sus aleros bajos, sus tejas incoloras. El mayor Deifilio atisbaba su volumen, constataba que en su entorno nada se movía. Presintiendo el fracaso, imaginaba que ya debió huir, que Serrano le falló, que el bandido se debía estar burlando de él, imaginaba que los campesinos repetirán por años la historia de la fuga del bandido adornándola con leyendas inverosímiles que correrían implacables por esas provincias desprestigiándolo a él para siempre. De pronto, sus ojos se abren veloces, incrédulos y miran fijamente sombras que se deslizaba sigilosas, sin ruido.

—¡Están allí! –gritó.

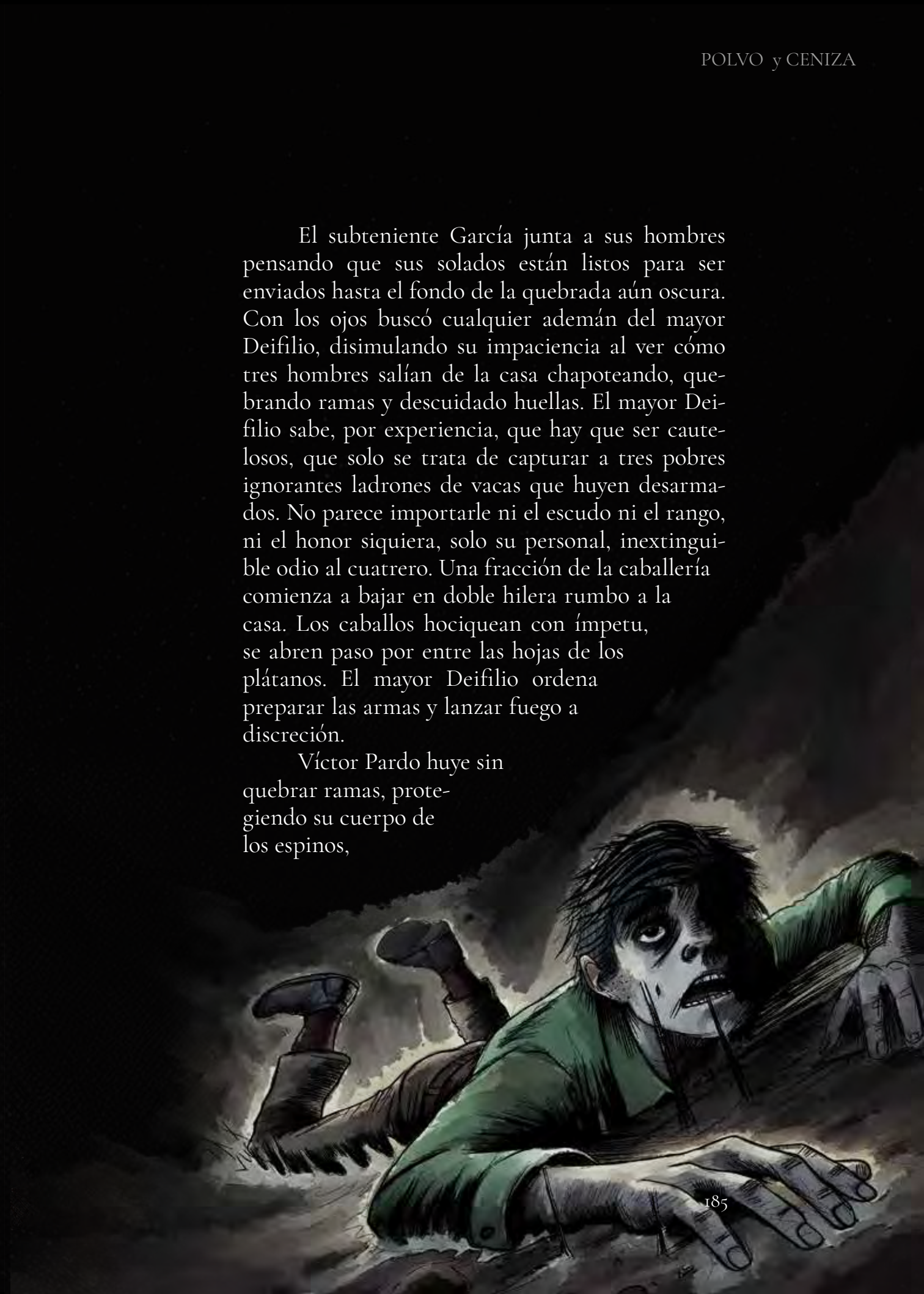
Adentro de la casa, los hombres comienzan a escuchar el lejano retumbar de un galope. Naún enciende sus ojos, aprieta sus músculos y de un salto deja caer de su mano la guitarra. Voltea la vela, la sofoca en el aire y exclama aireado:

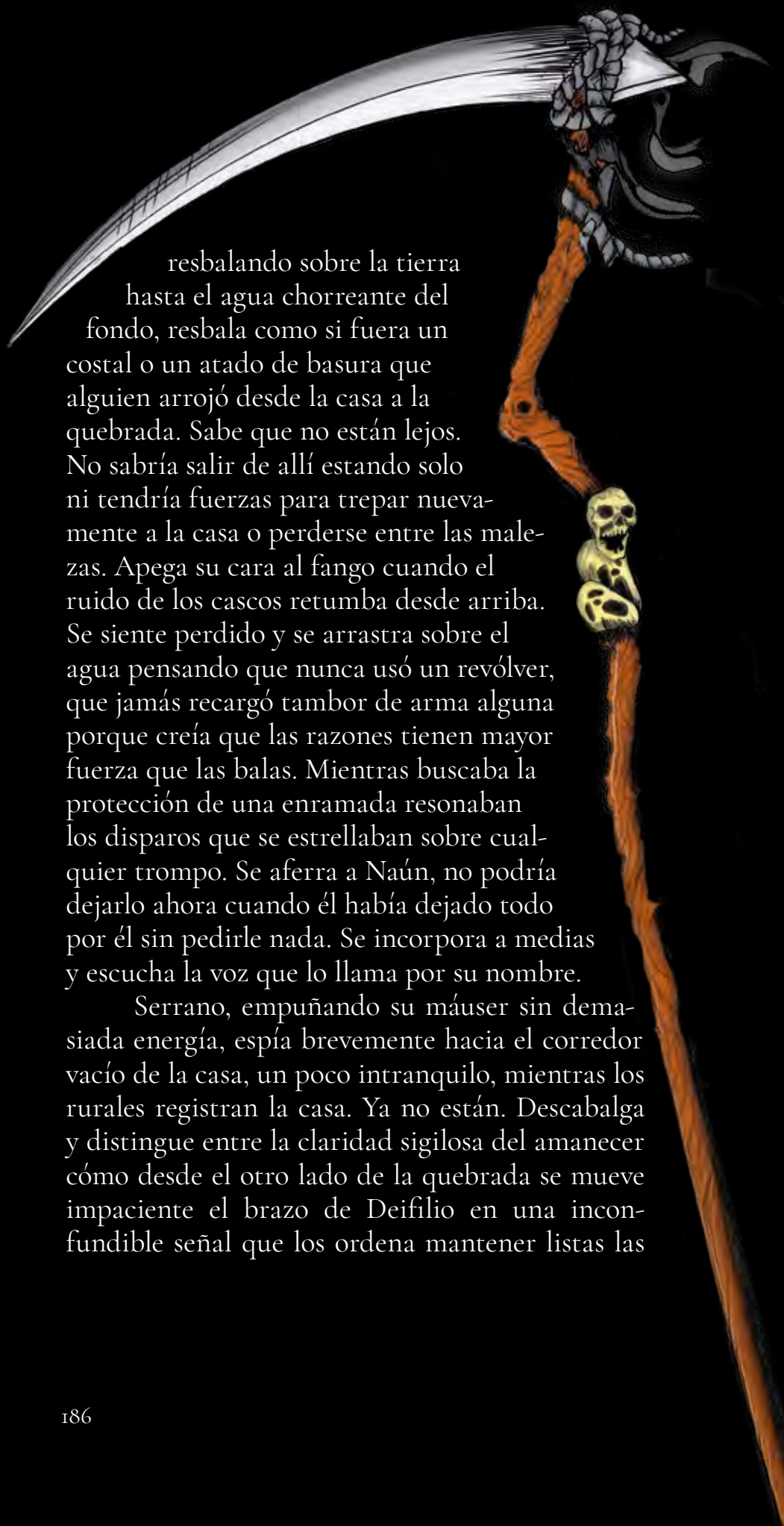
—Hay hombres al otro lado.

Rindolfo siente cómo el alma le desciende, como empequeñecida en el fondo de su pecho, y cómo su corazón se ensancha para latir de prisa, busca la puerta, la abre de un puntapié, sin ruido se desliza hacia el fondo oscuro y desconocido de la quebrada sin pensar en nada más que en su vida.

El subteniente García junta a sus hombres pensando que sus solados están listos para ser enviados hasta el fondo de la quebrada aún oscura. Con los ojos buscó cualquier ademán del mayor Deifilio, disimulando su impaciencia al ver cómo tres hombres salían de la casa chapoteando, quebrando ramas y descuidado huellas. El mayor Deifilio sabe, por experiencia, que hay que ser cautelosos, que solo se trata de capturar a tres pobres ignorantes ladrones de vacas que huyen desarmados. No parece importarle ni el escudo ni el rango, ni el honor siquiera, solo su personal, inextinguible odio al cuatrero. Una fracción de la caballería comienza a bajar en doble hilera rumbo a la casa. Los caballos hociquean con ímpetu, se abren paso por entre las hojas de los plátanos. El mayor Deifilio ordena preparar las armas y lanzar fuego a discreción.

Víctor Pardo huye sin quebrar ramas, protegiendo su cuerpo de los espinos,





resbalando sobre la tierra hasta el agua chorreante del fondo, resbala como si fuera un costal o un atado de basura que alguien arrojó desde la casa a la quebrada. Sabe que no están lejos. No sabría salir de allí estando solo ni tendría fuerzas para trepar nuevamente a la casa o perderse entre las malezas. Apega su cara al fango cuando el ruido de los cascos retumba desde arriba. Se siente perdido y se arrastra sobre el agua pensando que nunca usó un revólver, que jamás recargó tambor de arma alguna porque creía que las razones tienen mayor fuerza que las balas. Mientras buscaba la protección de una enramada resonaban los disparos que se estrellaban sobre cualquier trompo. Se aferra a Naún, no podría dejarlo ahora cuando él había dejado todo por él sin pedirle nada. Se incorpora a medias y escucha la voz que lo llama por su nombre.

Serrano, empuñando su máuser sin demasiada energía, espía brevemente hacia el corredor vacío de la casa, un poco intranquilo, mientras los rurales registran la casa. Ya no están. Descabalga y distingue entre la claridad sigilosa del amanecer cómo desde el otro lado de la quebrada se mueve impaciente el brazo de Deifilio en una inconfundible señal que los ordena mantener listas las

armas. El cabo Serrano creía que los bandidos no deben ser tan tontos como para esperar tendidos en el fondo las descargas. El ruido de los disparos se aplacó y una pequeña y desvaída humareda brotó desde las matas disolviéndose en el viento. ¡Qué van a responder si ya no están aquí!, pensó. El mayor Deifilio ordenó una tercera descarga, que se estrelló gratuita sobre los matorrales ya claros.

Naún, acompañado por un bulto encorvado que se escondía detrás de una gran piedra, preguntó a su amigo:

—¿Tienes miedo, poeta?

—Es solo un poco de vergüenza por no haber vivido lo suficiente, vergüenza por dejar el mundo cuando hubo tanto que hacer.

Luego se vuelve hacia Pardo para decirle:

—¡Sálvate vos, siquiera, poeta, aguaita, corre, espínate, desbarráncate, quiébrate un brazo, pero sobrevive, no me regales tu vida por nada! Vuelve a Cariamanga, hazte viejo, y entonces podrías morir sin que te pese. Vuela, piérdete en la maleza.

Pardo, incorporado a medias, flojo, asustado, se acerca como humillado, a rastras, y le dice que no puede dejarlo ahora, en esa quebrada, con un montón de milicos que quieren matarlo.

—Ya no me necesitas ni te necesito ahora, ellos te matarán solo porque estuviste a mi lado, huye, enciérrate en tu cuarto, moja la pluma y escribe cómo me mataron.

—Si me fuera de aquí, no dejaría que te maten. Con mis palabras convencería a los carceleros de

estos lados que no permitan tu muerte, reuniría una gran poblada y vendríamos con azadones, picos, machetes o simples piedras y moriríamos muchos por salvarte.

—No podría, poeta. Solo te pido que cuentes mi historia, que así me salves.

Contento lo mira gatear junto a la orilla, chapotear sobre el agua, enturbiándola, perderse quebrada abajo. Escucha también la voz rasposa del tercer furtivo oculto tras las matas cercanas que le dice cómo huye el cobarde, cómo voló su amigo.

Me descubriste, mayor Deifilio, se dice para sí Naún. ¡Al fin diste conmigo! Tu paciencia tuvo galardón, tu mano sana estará ahora moviéndose feliz para señalar el sitio al que tus guardias deben disparar. ¿Estás contento?, ¿no estás pensando que es mío ese temible cuerpo de bandido que tanto trabajo te dio durante años? Mayor Deifilio, no te demores. No dejes correr el tiempo, puedo arrepentirme y creer entonces que el camino que llaman vida aún puede encaminarse. Ahora, solamente ahora, puedes disponer de mi vida, puedes robarte los años que me quedan. Imagina ahora su propia suerte, siente como si la vida ya le hubiera dejado porque no sabría hacer nada después de ahora, ni huir ni asaltar ni amar a una mujer. Es como tener abiertos los ojos sin que haya que mirar, como mover las piernas sin que existan caminos, como comer sin hambre o dormir despierto.

Un estallido distante sacude de imprevisto las hojas de los matorrales, agita el agua de las quebradas, remece sus piedras.

—Es dinamita –dice entre exaltado y tétrico Rindolfo volviendo a elevar fugazmente la copa de su negro y viejo sombrero.

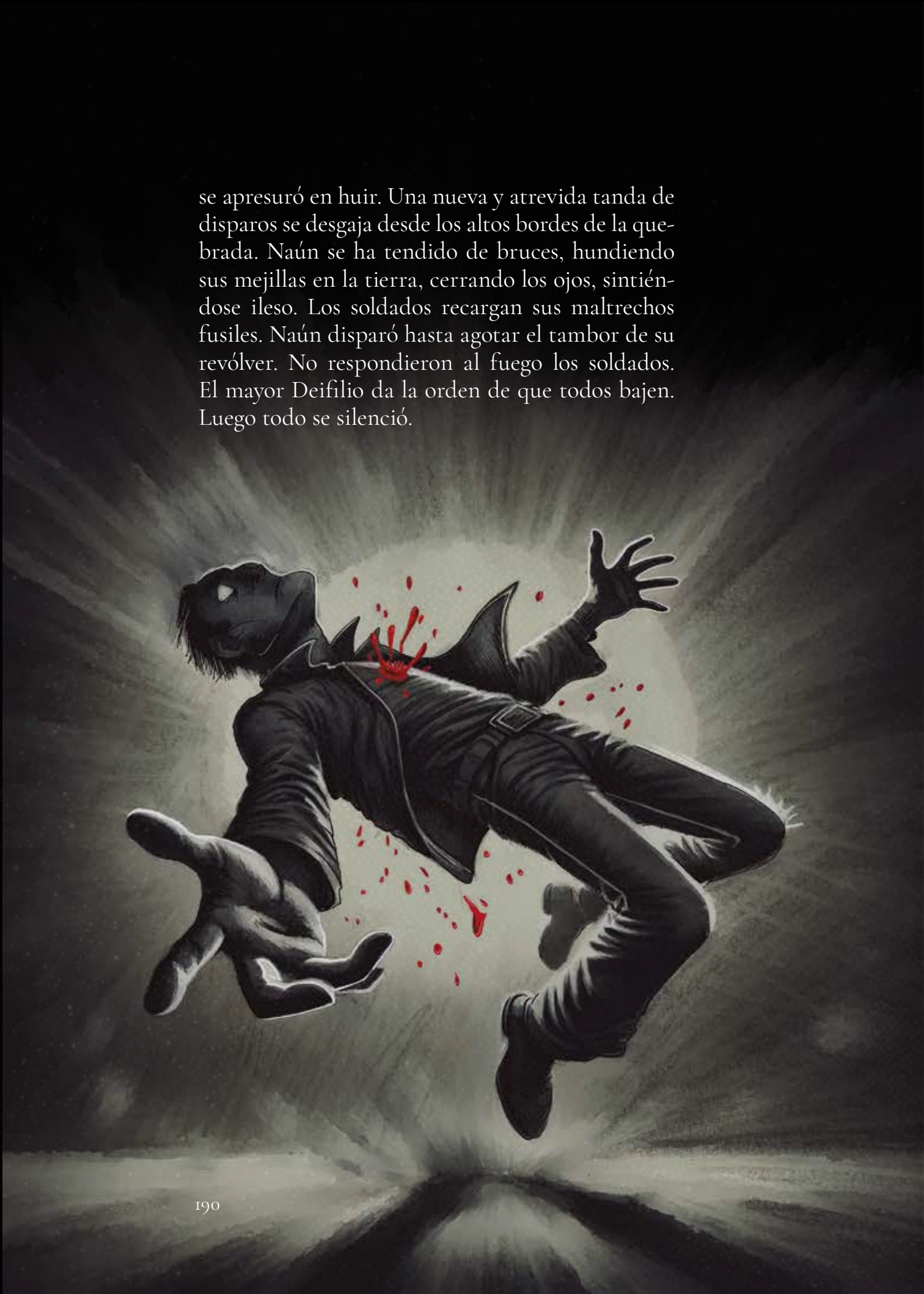
—Quieren volarme a dinamitazos, ¿ese es tu plan, mayor Deifilio?, ¿volverme humo, tierra, gotas de sangre, pedazos de carne que manchen el suelo? Entonces no tendrías mi cuerpo ni podrías conocer de cerca el rostro de tu muerto y nadie querrá creer que un pedacito de carne, unos pelos chamuscados, unos dedos rotos eran míos. No te creerán.

—Psssssst –le advierte Rindolfo– tres milicos van a bajarse.

Casi instantáneamente suenan dos disparos. Naún también empieza a disparar orientado únicamente por el ruido que trazaron los tiros del fusil. Solo tiene un cartucho, una carga completa. Presiente lo que viene. Se consuela convencido de que jamás podrán matar su nombre, porque ya dejó su cuerpo y corre sin necesitarlo, porque los guitarristas ya le han compuesto canciones que lo nombran, porque los periódicos ya han imprimieron su nombre y lo han llevado por todas partes.

Los soldados adivinan los disparos, se tienden sobre la tierra y disparan sus fusiles. A los lejos se advierten las apuradas huellas del hombre que

se apresuró en huir. Una nueva y atrevida tanda de disparos se desgaja desde los altos bordes de la quebrada. Naún se ha tendido de bruces, hundiendo sus mejillas en la tierra, cerrando los ojos, sintiéndose ileso. Los soldados recargan sus maltrechos fusiles. Naún disparó hasta agotar el tambor de su revólver. No respondieron al fuego los soldados. El mayor Deifilio da la orden de que todos bajen. Luego todo se silenció.



Naún observó a un soldado, a uno solo, muy cerca de él. Iba a sacar su arma para apuntarlo, pero, entonces, una voz gruesa cruzó los matorrales y le pidió que se rindiera y que nada le pasaría. Levantó la cabeza sorprendido y miró esa cara morena, fea, envejecida, para gritarle con una rabia solemne:

—A vos quiero matarte, mayor Deifilio.

Apenas acabó de cerrar la boca escuchó admirado, incrédulo, aquel estruendo, y sintió una tibia quemazón que le horadaba encogiéndole el brazo que sostenía el revólver. Ya sin mirar nada escuchó el nuevo estruendo, más breve y más lejano, y sintió en el pecho ese calor fugaz, profundo, mientras todo el cielo, todo el verdor de las hojas, toda la luz y todo el aire se sumían dentro de sus ojos, inconmensurables, luminosos como nunca.

El mayor Deifilio, mientras desciende, colérico advierte que fue demasiado imbécil el modo en que destrozaron a ese hombre de levita negra que intentaba fugarse gateando en las malezas del fondo y recordó con desagrado cómo la carga de dinamita lanzada por uno de los rurales del grupo del cabo Serrano se hundió en las malezas donde boquiabierto se agazapaba un hombre pálido. No se sabe si su decisión de bajar solo hasta la inmensa piedra fue un acto de valentía o



solo la prisa anhelante por enfrentarse al hombre que inutilizó su brazo izquierdo.

Deifilio contempla minucioso esa boca abierta, esa nariz roma, esas mejillas erizadas por una barba sucia, ese mentón ancho y enérgico, esos ojos opacos, ese pecho voluminoso y sangrante. Fue solo la suerte, dijo, con un satisfecho cansancio, al primer rural que se acercó a mirar el cuerpo. Luego recogió su arma, una Smith calibre treinta y ocho bastante usada. No permitió que fotografiaran el cadáver que sus hombres acomodaron en una mula para que la gente no hiciera de él un héroe ni vendiera su imagen para relicarios, advertido por las historias, canciones, poemas que le componían por los pueblos y que parecían no recordar sus muertos. Para él, se trataba solo de un asesino, un salteador de caminos al que más le hubiera valido no nacer. Así seguiría pensando hasta muchos años después, cada vez que abría el cajón de su escritorio y contemplaba el arma que no fue suya y aquella condecoración de valor que recibió del presidente de la República por su acción en Piedra Lisa, por el polvo y la ceniza.



MILAGROS

A dónde fuiste, Naún,
a dónde te han escondido,
dónde entierran al amigo
de la frontera del sur.
Dónde te pondré la cruz,
si tu cuerpo anda perdido.
(Anónimo, Macará)



No es verdad. En Piedra Lisa no pudieron matarlo. Se dice que él vivió muchos años después y que murió de viejo, tranquilo, en su cama, rodeado por sus hijos y sus nietos, en algún lugar del Perú.

Dicen que cuando el mayor Deifilio lo acorraló con su ejército en Piedra Lisa, él, sin balas, con sus compañeros acribillados, apretó un escapulario de la Virgen que siempre llevaba consigo y rogó a Dios y a los santos que no lo dejaran morir así, como un perro. Tanto fue el fervor de su rezo, que Jesucristo, que todo lo mira desde el cielo, lo escuchó y tuvo pena de ese pobre pecador. La Virgen María también se compadeció y pidió a su hijo que lo salvara. Jesús se acercó a Dios, que se hacía el sordo para no llenar el mundo de milagros, y le pidió por Naún. Con comprensiva sorpresa, permitió que se salvara.

Entonces el reo se sintió subir por los aires. Con incredulidad miraba al suelo y veía cómo los soldados lo andaban buscando. Vio al mayor Deifilio caminar impaciente juntos a los guardias. Entonces sentiría una ráfaga de viento que lo empujó al sur, más allá de las fronteras. Descendió en un pueblo lejano, donde nadie sabía quién era. Allí se casó, hizo negocios, tuvo muchos hijos, se cambió de nombre, se volvió rico, iba a las romerías para agradecer el milagro.

Eso cuenta la gente que no quiere creer que al hombre lo mataron en Piedra Lisa.



VOCES

Solo, sobre el erial de Catacocha,
Naún Briones ama el infinito,
y en las laderas donde el peón trasnocha
su desnuda inocencia es todo un mito.

Ama al pobre como él, al ser minúsculo,
al que lo debe todo sin tierra ni sustento,
en él los hombres piensan cuando el músculo
de tanto fatigarse es puro sentimiento.



Naún es la leyenda que al rico empavorece
cuando el hombre del campo descansa con su nombre
es la justicia ciega que injusta favorece
cuando la ley olvida lo que se debe al hombre.

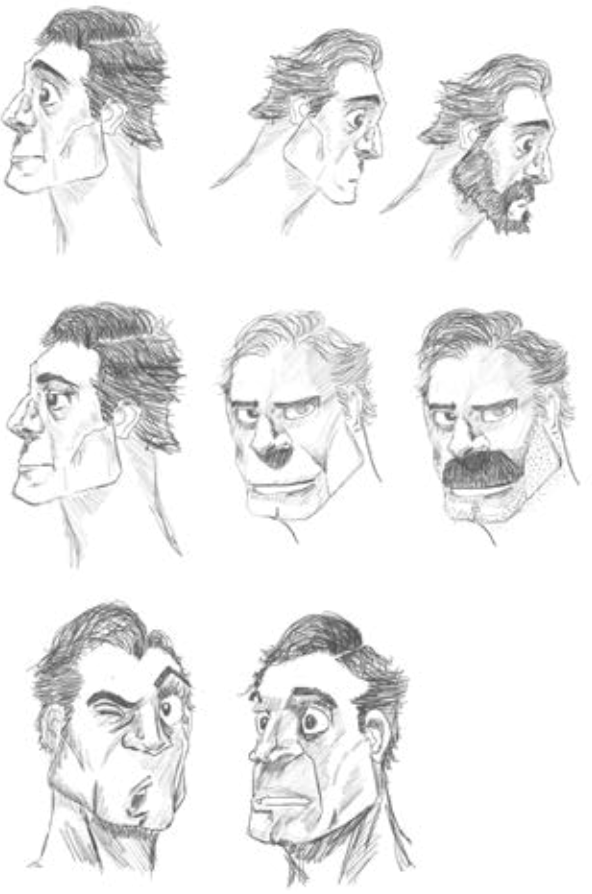
Es victoria y derrota, es rabia y esperanza
en el más fiero sitio donde el oro relumbra,
y, aunque el rico reniegue, el pobre ve confianza
en el lugar más negro donde su risa alumbra.

(Poema hallado entre los despojos de Víctor Pardo, 13, enero, 1935)



Índice

Presentación	9
El principio	25
Retrato	33
Pajarito	39
Los primeros pasos	45
Los robos	51
Víctor Pardo	57
Rindolfo	71
El trato	77
Los impostores	85
Llamadas y viajes	91
Los Quiroz	101
El Águila	107
La desgracia	117
El panóptico	125
Quebrantos y muertes	137
Apoyos y rebeliones	147
El matrimonio	159
La emboscada	169
La desesperanza	177
Polvo y ceniza	183
Milagros	193













SE BUSCA



PAJARITO

$5,000,000,00

VIVO O MUERTO

RECOMPENSA

SE BUSCA POR ROBO A MANO ARMADA

SE BUSCA



NAÚN BRIONES

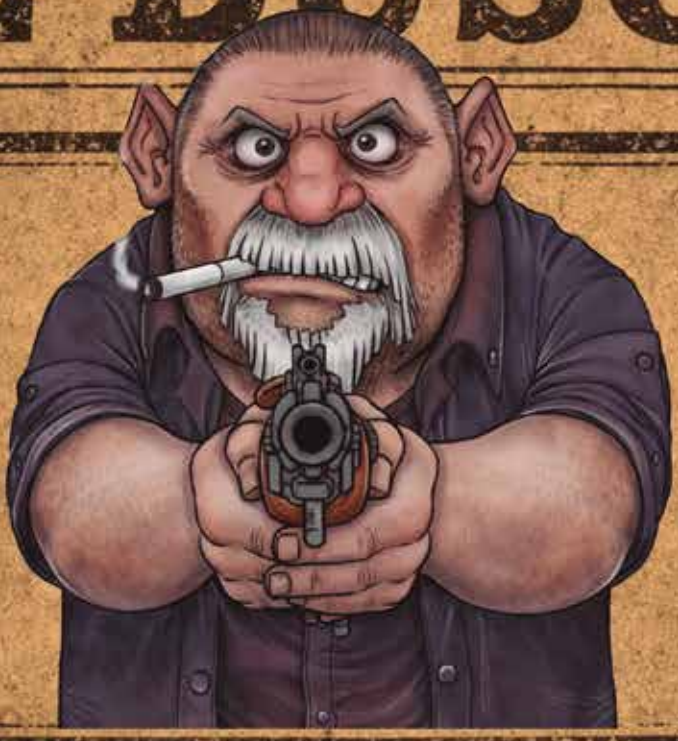
$5.756.608,20

VIVO o MUERTO

RECOMPENSA

SE BUSCA POR ROBO A MANO ARMADA

SE BUSCA



CHIVO BLANCO

$2.000.000,00$

RECOMPENSA

VIVO O MUERTO

SE BUSCA POR ROBO DE GANADO

SE BUSCA



RINDOLFO

$3.000.000,00$

RECOMPENSA

VIVO O MUERTO

SE BUSCA POR ASESINATO

SE BUSCA



QUIROZ

$1,000.000,00

RECOMPENSA

SE BUSCA POR ROBO

ANDA CON UNA PANDILLA

Este libro se terminó de imprimir y encuadernar
en enero de 2026 en el PrintLab de
la Universidad del Azuay
Cuenca del Ecuador

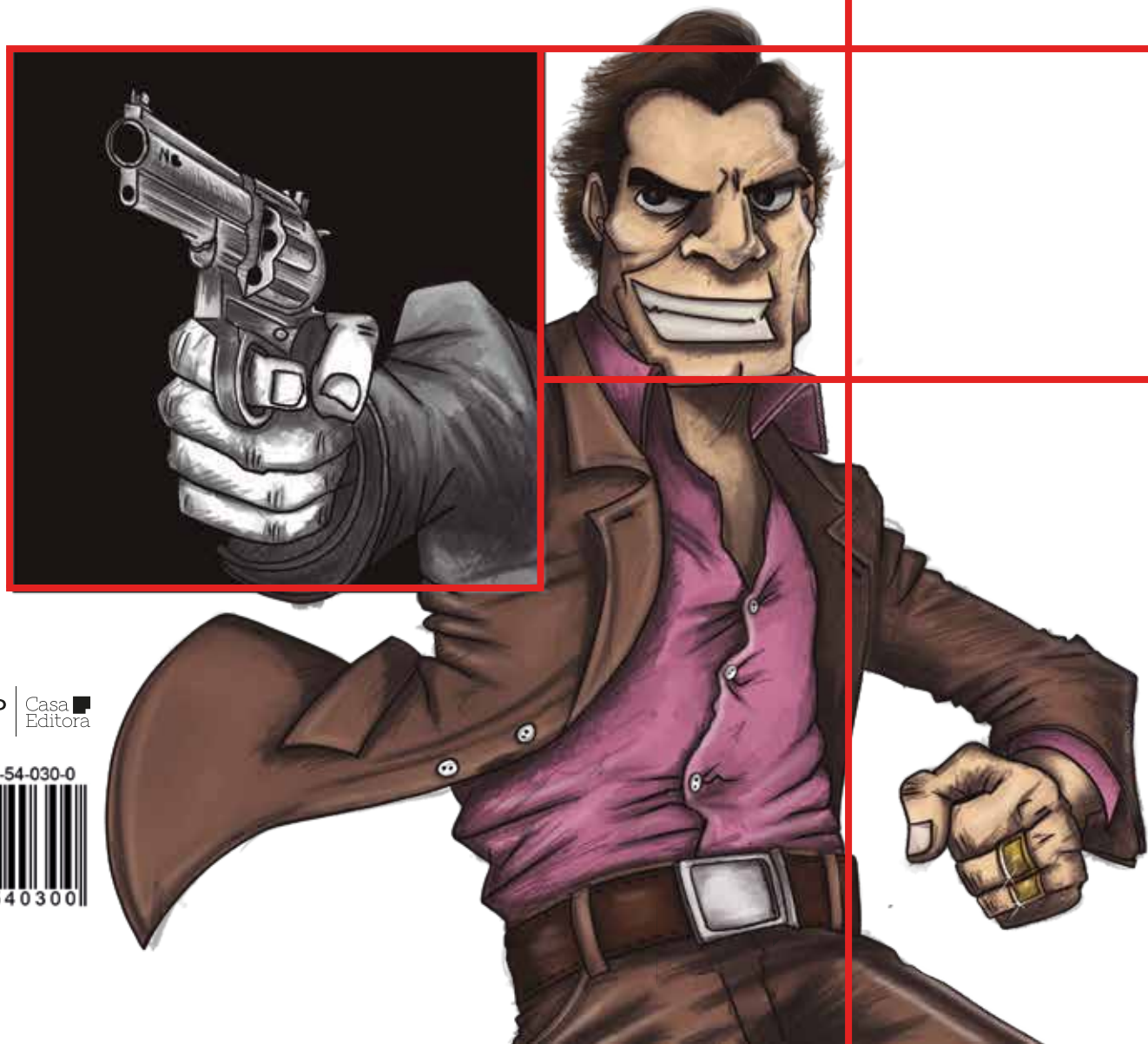




Polvo y ceniza es la historia de un hombre partido en dos: un bandido temido por la ley, y al mismo tiempo, un símbolo de justicia para los olvidados. En los caminos del sur ecuatoriano, Naún huye, resiste, ama y se cuestiona, atravesando una geografía áspera donde la violencia y la ternura conviven en el mismo disparo.

La propuesta gráfica que acompaña esta edición, desarrollada por Diego Larriva Calle, no solo ilustra la historia de Naún: la potencia. Desde una estética de fuerte contraste —blancos crudos, negros intensos y detalles en color—, cada imagen articula el conflicto esencial de la novela: la lucha entre justicia y violencia, redención y condena, día y noche.

Este libro —adaptado por Gloria Riera Rodríguez— preserva la belleza literaria de *Polvo y ceniza* —clásico de nuestra narrativa, escrito por Eliécer Cárdenas— para convertirlo en una intensa y hermosa experiencia visual.



UNIVERSIDAD DEL AZUAY | Casa Editora

ISBN: 978-9942-54-030-0